

# YO TAMBIÉN SÉ MATAR

*Xabier Amuriza*

Título original: *Nik ere badakit hiltzaile izaten*  
Traducción del autor, revisada por Karlos Cid Abasolo

A algunas personas que sé que  
recibirán un gran placer

## ÍNDICE

Agripina .....	3
Julio César.....	9
Cleopatra.....	24
Alejandro Magno.....	32
Carlomagno.....	46
El Papa Inocencio IV.....	52
Isabel I de Castilla.....	57
Luis XIV de Francia.....	63
Catalina II de Rusia.....	70
Arthur Ingel.....	78
Historiadores, pensadores y demás artífices....	84

## AGRIPINA

- Yo, Agripina.
- Tú eres, entonces...
- La mujer más importante del Imperio Romano.
- Bien está serlo, ¡pero que lo diga una misma! –exclamo.
- ¿Qué es lo que está mal? El problema sería lo contrario.
- ¿Cuál es el fundamento de ese tu ser?
- Biznieta de Augusto, nieta de Tiberio, hija de Germánico, hermano de Calígula, sobrina y esposa de Claudio, madre de Nerón.
- ¿No faltan algunos en la lista, como, por ejemplo, Galba?
- No sé por qué tenía que mencionar a ese –se irrita Agripina.
- ¿Acaso no intentaste enredarte con él? Y con bastante descaro, por cierto.
- ¡Nada perdí! –responde Agripina con una mueca de gato.
- Algo debiste de barruntar, pues luego iba a ser emperador, durante siete meses.
- ¿Durante siete meses solamente? –se sorprendió, sincera, entre aspavientos.
- Porque lo asesinaron.
- ¡Oh! ¡Menos mal que morí antes! –se alivia Agripina–. De lo contrario, también aquello me lo habrían atribuido a mí.
- Tampoco has nombrado a Mesalina –la tiento.
- Esposa de Claudio, antes de mí.
- ¿Antes de ti o eliminada por ti?  
¡Oh, bella Mesalina! –continúa Agripina–. Quienes estaban acostumbrados a culparme a mí de todo quisieron también culparme de lo tuyo, pero, para desgracia tuya, no necesitabas a nadie para ganarte tu destino. Reconozco que tuviste una influencia enorme en las decisiones de tu esposo Claudio, desde objetivos personales hasta todo tipo de caprichos, incluidas las ejecuciones. ¡Pobre! ¡Eras tan hermosa! Claudio estaba ciego por ti.
- ¡Perdón, Agripina! ¿Eres tú la que dice todo eso?
- ¡Déjame seguir, por favor!  
Si a la belleza le añades –habla Agripina– una incontinenencia que supera cierto nivel –hablando claramente, la ninfomanía–, te mezclarás con nobles, soldados, actores, gladiadores y todos los que se presenten a tu vista. ¡Piensa hasta qué punto, lastimosa Mesalina! Orgullosa de tu lascivia, lanzaste al gremio de prostitutas de Roma un desafío inaudito: a ver quién tomaba a más hombres en una noche. La contienda fue organizada en tu palacio, y fuiste tú misma la que llamó a participar.  
Agripina se ha callado, pero sé lo que pasa por su cabeza. Las prostitutas aceptaron el desafío y enviaron a una representante: una siciliana llamada Escila, la prostituta más famosa de Roma. Su propio nombre pertenecía a un monstruo femenino mencionado por Homero en la Odisea. Aquella noche, Escila, después de haber recibido a 25 hombres, se rindió. Y Mesalina se proclamó ganadora, habiendo superado al amanecer dicha cantidad y siguiendo aún dispuesta. Se dice que no se saciaba ni tomando a 70 hombres, y que llegaba incluso a la increíble cifra de 200.
- ¿Tantos hombres había en Roma con tal necesidad? –pregunto a Escila.
- En Roma –asegura Escila– tal necesidad era virtud, y la virtud, una variedad del vicio.
- ¿Cómo conseguiste ser la prostituta más famosa de Roma?
- Más que yo conseguirlo, me apremiaron a ello –argumenta Escila, resignada–. El destino actúa en todos los niveles.
- ¡Pero, Escila! –intento aclararme–. ¡Competías nada más y nada menos que con Mesalina!
- Mesalina no era prostituta. Mesalina era emperatriz.

– ¿Y cómo encajaste la derrota?

– Como una constatación. Aquella desdichada mujer tenía entrañas de acero.

.Lo peor que tú hiciste, Mesalina sin límites –habla una doncella suya– fue que, estando Claudio fuera de Roma, te casaste con tu amante, el cónsul Cayo Silio. Fácil es adivinar cuál era tu intención: quitar de en medio al emperador y entronizar a tu nuevo marido. Pero Claudio fue informado de la bigamia de su esposa y de la trama contra él, y el emperador condenó a los dos amantes, a ti y a Cayo Silio, a suicidaros.

–¡Vaya tipo de condena! –digo yo.

Tú, Mesalina –continúa la doncella– no tuviste valor para clavarte el puñal, y el centurión a tu cargo te decapitó con su espada. Y yo, tu desdichada doncella, me quedé sin nadie a quien servir. Y la puñalada que tu corazón no pudo recibir penetró en mi corazón. Porque tú y yo, Mesalina –esto no lo supo nadie– disfrutamos en secreto de inmensas ternuras. ¡Eras una delicia!

– Como ves –añade Agripina–, para nada se necesitaba mi mediación.

–¡Qué casualidad –digo– que tú fueras la siguiente esposa de Claudio!

– Yo era sobrina de Claudio y estaba casada con el cónsul Cayo Salustio.

– Ese Cayo, al poco tiempo, murió envenenado. ¿Otra casualidad?

Se dice que las casualidades encadenadas conforman una certeza. Agripina era sobrina de Claudio e hija de Germánico, que era hermano de Claudio. Con apenas trece años, se casó con el cónsul romano Cneo Domicio. Fue tan raro el casamiento que Cneo Domicio dijo: «De la unión de Agripina y yo solo puede salir un monstruo». A los nueve años de tal vaticinio, nació Lucio Domicio, que sería el emperador Nerón. Agripina, con 25 años, enviudó. Como excepción, su esposo Cneo falleció de muerte natural, por un edema.

– Calígula me acusó de traición –cuenta Agripina– y me condenó a muerte, pero, para dicha mía, murió antes él.

Y Agripina –digo yo– se libró de la ejecución. Pero, como ya se ha dicho, de allí a poco, y como excepción de lo habitual, Cneo Domicio murió de un edema. Seguramente, Agripina sí sabrá algo sobre aquel edema, pero no se lo voy a preguntar porque está bien que las contadas excepciones que ocurrían en aquel sistema se guarden como tales.

– Y tu hermano Calígula –la provoco– se convirtió en emperador.

– ¡Sí! –asiente Agripina con una sonrisa no muy sincera–. Mis dos hermanas, Julia Drusila y Julia Livia, y yo empezamos a gozar de ciertos privilegios. Pero la hermana predilecta de mi hermano era Drusila. Esta estaba desposada con Longino, pero a los tres años se separó, por mediación del emperador Calígula. Eso se decía, y estoy segura de ello, de que Drusila era la amante favorita de Calígula.

– ¿De Calígula? ¿Una hermana amante favorita de su hermano? –digo perplejo.

– ¡Sí! –dice Agripina–. Y tres años después, se casó de nuevo, esta vez con su primo Marco Lépidio, sobre el que se decía que era amante de Calígula y que se casó con Drusila a petición del propio emperador.

– ¡Ángeles míos, ayudadme, por favor! ¡Me estoy perdiendo! –exclamo sin falsedad alguna.

– ¿Perdiéndote? ¿Dónde? También yo tuve, estando casada, relaciones sexuales con mi hermano. Y con otros cortesanos, igual que mis dos hermanas, casadas también ellas.

– ¡Alto! Vayamos por partes. No es fácil seguir todo ese tejido según se va contando.

– ¡Pero si en Roma era archiconocido! –dice Agripina–. De lo más habitual. Lo peor fue que la pobre Drusila, hermana predilecta de Calígula, falleció. Entonces, el emperador comenzó a padecer una enfermedad mental y yo a perder el favor de mi hermano.

– ¿Empezaste a perder su favor y te casaste con Claudio?

He notado en Agripina que la alusión a ese deslizamiento le ha producido una especie de dentera. Voy a ayudarle. Agripina quiso seguir disfrutando de privilegios que ahora no le concedía su hermano Calígula. Así, con su amante Tigelino, con Lantulo Getúlico, con su

hermana pequeña Livila y con el amante de ambas y cuñado viudo Marco Lépido, planeó derrocar a Calígula. Para desgracia de todos ellos, la conspiración fue descubierta, y el emperador ordenó, tras un juicio, el destierro de sus dos hermanas y la muerte de Lépido y Getúlico. Agripina tuvo que dejar en Roma a su hijo, aún chiquillo, a cargo de una tía.

Agripina –cuenta su hermana Livila– comenzó su exilio con una humillación pública: tuvo que ir a Pandataria (hoy Ventetone), una pequeña isla de un kilómetro cuadrado y medio, en el mar Tirreno, con las cenizas de uno de sus amantes en las manos. Para suerte suya, Calígula sería pronto asesinado, con treinta puñaladas asestadas por un grupo de conspiradores.

– ¡Agripina! –la llamo, pareciendo ella dormida–. ¿No tendrías tú algo que ver con el asesinato de tu hermano?

La pregunta no le ha gustado nada.

La historia es que –tendré que seguir por mi cuenta–, muerto Calígula, Agripina volvió a Roma, convocada por su tío Claudio. Empeñada en luchar a favor de su hijo Nerón, Agripina se casó de nuevo porque necesitaba dinero para mantenerse en la corte imperial. ¿Casarse con quién? Con un millonario llamado Pasiene Crispo, tan rico como burdo, que falleció pronto. No es difícil sospechar el motivo: según se rumoreaba, envenenado por su esposa.

A Calígula le sucedió Claudio como emperador. Agripina, que había enviudado de nuevo, comenzó a acercarse a Claudio –dice otra doncella suya– de una forma cada vez más íntima. «¿Adónde vas, Agripina?», pensé atemorizada –dice la doncella–. Y cuando Claudio supo de la infidelidad de su esposa Mesalina que habéis mencionado antes, es decir, cuando Agripina preparó el camino para que lo supiera, él decidió ejecutar a Mesalina y casarse con Agripina. No sé cómo Agripina –continúa la doncella– terminaba siempre victoriosa en todas las operaciones peligrosas.

– ¡Pero tú, Agripina –me sorprende–, eras sobrina de Claudio! ¡Tu padre Germánico era hermano de Claudio!

– ¿Qué podía hacer yo ante la petición de un emperador?

– ¿Petición o seducción tuya?

– ¿Dónde está la incompatibilidad? –pregunta Agripina.

– El matrimonio entre tíos y sobrinos –le recuerdo– es ilegal e incestuoso según la ley romana.

– ¡Oh! Eso se arregló enseguida con un acuerdo especial del Senado.

– ¿Con tu sutil influencia?

– También eso entra en los elementos jurídicos. En Roma, sabiendo entregar el cuerpo de forma inteligente, podías conseguir cualquier cosa.

Pues así parece, porque Agripina se casó con su tío emperador. Tal logro trajo otro gran logro, mediante su destreza seductora. Claudio había tenido dos hijos con Mesalina: Octavia y Británico. Por consiguiente, el emperador que sucedería a Claudio era Británico, muy bien considerado en Roma. Pero Agripina consiguió que su hijo Nerón se casara con su hermanastra Octavia. Ello no era muy legal en Roma, pero la argucia de Agripina tuvo éxito. También logró el título de «Emperatriz Augusta», y otros muchos honores y privilegios. Así, poco a poco y taimadamente, consiguió que su hijo Nerón fuera reconocido como sucesor por parte de Claudio, en lugar de su hijo biológico Británico. Obtenido todo ello, faltaba la guinda del pastel: liquidar a Claudio. En una cena ordenó que a este le dieran un plato de setas, algunas de ellas muy venenosas. ¡Descanse en paz! Algunos dicen que no hay prueba fehaciente, pero todo es posible en el historial de Agripina. Cuando se lo he preguntado, simplemente ha respondido:

– Ocurrió como si lo hubiera hecho.

– ¿Y cómo era Claudio en ese asunto que has mencionado antes de «entregar el cuerpo de forma inteligente»?

– ¡Oh! No daba mucho trabajo –dice Agripina, inflando su risa–. Lo que a él le gustaba era comer y beber, y por ahí le saciaba yo primero. Luego en la cama, era de una flacidez inoperante. Bastaban unos vulgares restregones para que comenzase a roncar. También eyaculaba, pero sin darse cuenta. A veces intentaba yo que funcionase en sobria lucidez para que pensara que lo amaba: era como si te cayera encima una tortuga.

Muerto Claudio, Nerón, con apenas dieciséis años, fue nombrado emperador. Agripina se valió de su hijo, aún demasiado joven, para gobernar Roma.

– Se dice que también mantuviste relaciones sexuales con tu hijo –le lanzo.

– Quería que estuviese preparado para todo –asiente tranquilamente Agripina.

– Se dice que «manejaste» también a tu hijastro Británico.

– También él necesitaba igual preparación. ¡Era un chico noble y sabroso!

– ¿Chico o chiquillo? Porque murió la víspera de cumplir catorce años.

– ¡Pues sí, el pobre!

– El pobre... murió envenenado. Sabes cómo, ¿verdad?

– ...

– ¿Qué te dice el nombre de Locusta?

– Una pobre esclava.

– ¿O una «envenenadora» que obedecía órdenes tuyas? Igual que a tu esposo Claudio, ella envenenó a tu «sabroso» hijastro, en un banquete. Y unos días antes, a Sosidio, tutor del chiquillo.

– Hay cosas que no las debe hacer una misma directamente –admite con tono de suficiencia.

– ¡Agripina! ¿Serías capaz de enumerar los individuos que fueron envenenados por orden tuya?

– Incluso los que no lo fueron se me atribuyeron a mí.

– Para tener tal fama, ¡hace falta también una base real importante!

– Me dolió mucho lo de Británico.

– ¡No, Agripina! –salta su hermana Livila–. Tu arrepentimiento no fue moral. Ocurrió que, tras el asesinato de Británico, tu influencia decayó notablemente. Y, sobre todo, porque tu hijo Nerón, que cada vez te odiaba más, te echó del palacio imperial.

Entre otros muchos motivos, Nerón asesinó al amante de su madre, Aulo Plaucio, porque sospechó que Agripina pretendía sustituirle por aquel joven. Nerón al hoyo y Aulo al trono. En Roma era un secreto a voces que Nerón, antes de acabar con la vida de Aulo, le forzó a que le hiciera una felación, diciendo: «Que venga ahora mi madre y que le dé un beso a mi sucesor».

– ¡Agripina! ¿Hasta ese punto de depravación vivíais en Roma?

Su cara se aparta un poco hacia atrás, como en una estatua suya. Las estatuas no hablan.

– ¡Agripina! –casi grito–. Ni esforzándome en penetrar hasta el fondo de una mente soy capaz de entender cómo un hijo puede decidir asesinar a su madre.

– ¡Ay, mi hijo! –suspira Agripina–. Le atacó el mal de las obsesiones. Comenzó a tener pesadillas, y...

– ¿Y?

– ¡Popea Sabina! No sé si lo sabes, pero si yo era mala, ella era satánica.

Sí, algo sé. Popea Sabina heredó la belleza de su madre. Era una de las más espectaculares de Roma. Y consiguió ser emperatriz y Augusta. Primero se casó con Rufrio Crispino, con el que tuvo un hijo. Luego con Otón, el cual –¡asombroso!– no solo consintió que ella fuera amante del emperador Nerón, sino que él mismo la incitó a serlo, para interés de los tres. Nerón, en una cena en casa de su amigo Otón, se enamoró ciegamente de Popea y decidió que fuera su amante. Popea fue adquiriendo una influencia cada vez mayor sobre el emperador, hasta el punto de que lo convenció para que ordenase el asesinato de Agripina.

Pero Popea tenía otra rival: la esposa de Nerón, Claudia Octavia. Popea propuso al emperador que se divorciara, que desterrase a Octavia y ordenase su ejecución. Y lo consiguió también. Así, Nerón y Popea se casaron, y ella fue la nueva emperatriz de Roma. Popea, tan bella y tan amante de la belleza, implantó nuevos métodos de belleza, tales como bañarse en leche de burra. Como todas las anteriores emperatrices, abusó de su poder, realizando tareas soterradas, por ejemplo, contra Séneca, que había sido tutor del niño Nerón, quien luego obligaría a Séneca a suicidarse.

– ¿Obligarle a «suicidarse»? –me horrorizo.

– Era una forma habitual en Roma –dice Agripina–. El acusado, para evitar que alguien apareciera como responsable del asesinato, era condenado al suicidio. En caso de que el sujeto no tuviera valor para ello, lo ejecutaba la espada del guardián.

Popea y Nerón tuvieron una niña llamada Claudia, que falleció con cuatro meses. Popea volvió a quedarse embarazada. En una ocasión, Nerón, totalmente borracho, le dio una patada en el vientre y Popea murió en el aborto. El emperador, arrepentido, tanto se obsesionó que se fascinó del esclavo Esporo, y ordenó que lo castraran y lo vistieran de mujer. En resumen, la llegada de Popea Sabina fue el fin de Agripina.

– ¡Vaya trío! Mesalina, Agripina y Popea Sabina.

– ¡No me compares! –se enfurece Agripina.

– Pero puedes consolarte contando tu final.

– ¿Quieres ese capricho?

En primer lugar –habla Agripina–, Popea Sabina intentó envenenarme más de una vez. No lo logró porque yo, sospechando de las intenciones de mi hijo y de mi nuera, tomaba diariamente una pequeña dosis de veneno para mantenerme inmunizada. Luego, Nerón planeó demoler mi dormitorio conmigo durmiendo dentro, pero también lo descubrí. Luego, valiéndose de la mala relación que teníamos, me invitó a un barco, «para hacer las paces». Acepté, pero con mucha cautela. Nuevamente descubrí sus intenciones: en este caso, hundir el barco conmigo dentro. Yo estaba en el barco, sí, pero logré escapar a nado. Desesperado, Nerón me acusó de una falsa conjuración, y me ejecutó.

– ¡Agripina! –exclamo temblando–, ni en lo más alto del mal puedo negarte una brizna de compasión.

– ¡A mí no me interesa la compasión! –se irrita Agripina.

– ¡Gracias! Me ayudas mucho a mantener la previa posición de mis sentimientos. ¿Es cierto que un astrólogo, consultado sobre tu hijo Nerón, te anunció: «Será rey, pero ¿matará a su madre?».

– Y yo le respondí: «Que me mate, si es para mandar».

– ¡Pues, acertaste!

– Porque venía marcada en la sangre –dice Agripina–. Tiberio mató a mi padre, el prestigioso y honrado general Germánico, y provocó la muerte de mi madre, haciéndola morir de hambre en el destierro de la isla Pandataria. Mi madre también se llamaba Agripina.

– ¡Mujer! ¿En Roma nadie sabía morir de forma natural?

– Conocí algunas excepciones. La mayoría, de poca importancia.

– ¿Me permites hacer una pequeña semblanza tuya?

– ¿Acaso crees que algo me importa ya?

– Así puede conformarse tu descripción: personalidad cruel, mujer ambiciosa en extremo, traidora, libertina hasta rebosar, astuta, estafadora, inclinación obsesiva hacia hombres «malignos», supina sorbedora de todos los placeres circundantes, destacada al máximo en conspiraciones e intereses propios, y que haría todo lo posible de todas las maneras posibles para conseguir sus objetivos. Así lo resumiría benévolamente el escritor romano Tácito: «Tenía todas las capacidades menos la honradez».

– No me has ofendido demasiado –se burla Agripina.

Algunos dicen que fue la belleza heredada de su madre la que produjo su fatal personalidad. Su madre, también llamada Agripina, fue el ideal de la belleza. También la hija, nuestra Agripina, era comparable, con sus grandes ojos y su pelo rizado en forma de columna. Tenía una nariz larga y aguileña que rebajaba un poco el canon ideal. Aun así, una vez confesó con sinceridad que su éxito principal se lo debía precisamente a aquella nariz. Asimismo, tenía una muela de más en la parte superior de la mandíbula derecha. Dicen que de niña le preocupaba, pero aprendió a disimularla. Cuando quería atemorizar a algún amante, le bastaba con enseñar aquella muela y decirle: «Esto lo tengo reservado para ti».

– ¡Agripina! –elevo el tono–. No puedo terminar este resumen demasiado breve de tu historia sin una pregunta delicada.

– Nada que me preguntes va a humillarme.

– Los escritores de tu época dicen que, cuando el verdugo de tu hijo Nerón levantó su espada para matarte, tú le dijiste: «Dame una patada en el vientre en el que se engendró él».

– De hecho, es así como él causó el aborto de su «adorada Popea». ¡Y su muerte! Puede que yo dijera eso, pero no puedo recordarlo porque morí del primer espadazo.

– Te equivocas, Agripina.

– Entonces, del segundo.

– Ni del segundo, ni del cuarto. ¡Te voy a matar yo!

– ¿Matarme tú a mí? ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¿Pero cómo? ¡Si estoy muerta desde hace tiempo! En la historia...

– ¡Agripina! Ya sé lo que vas a decir. Si en algo es distinguida tu memoria, te mato en ella. Desde hoy serás recordada como uno de los seres más criminales de la historia.

## JULIO CÉSAR

- Yo, Julio César.
- ¡Qué alegría! –me sale desde dentro–. Ya tenía ganas de tener un cara a cara contigo.
- Siempre me agradó encontrarme con un admirador más.
- Tampoco antes te habrán faltado admiradores.
- ¡Uno más siempre es mucho! –declara César, como ante un descubrimiento.
- Siempre me ha resultado llamativo tu nombre: ¡Julius! ¡Julio!
- ¡Vaya! –se sorprende César–. ¿Venías persiguiendo un nombre?
- Gayo o César, bueno. ¿Pero Julius?
- Nunca lo he pensado. Parece una razón potente.

Nuestros juegos solían dividirse en dos grupos. «¡Adelante el grupo A! ¡Adelante el grupo C!».

A era Aníbal, C era César. Los de la guardia de Aníbal contra los de la guardia de César. «¡Atentos los legionarios!».

Estos tenían que formar una valla para evitar que la pelota saliera del lateral del campo. La mayoría de las veces, el balón les pasaba por encima, y entonces había que traerlo. Yo no llegaba ni a legionario. «¿Cuándo conseguiré esa categoría?».

A veces el propio balón caía a mis manos, pero en vano: los legionarios se abalanzaban sobre mí como perros salvajes.

- ¿Por qué no puedo yo devolver el balón?
- ¡Porque te lo hemos quitado!

También las excursiones montaÑeras se organizaban en esos dos grupos. Si había que subir a una cima, el grupo de Aníbal tenía que intentar alcanzarla por el sur y el de César por el norte. Ganaba el grupo, perdía el grupo. La individualidad no puntuaba. Para ello, el número de participantes tenía que ser equilibrado.

Algunos querían competir siempre en el grupo de Aníbal. El de César no tenía partidarios fijos. «¡Pero soy yo el primero que alcanzó la cima!».

¡Ya os he dicho que no! Solo vale la media del grupo. Aplicación de un sistema educativo. «¡Tonterías! Está bien el trabajo en equipo, pero ganar, ¡he ganado yo!».

Gente como esa andaba «fuera de la formación».

A menudo, el vencedor individual pertenecía al grupo perdedor. Entonces tanto más ardientemente defendía el ganador su primacía.

- ¡Señor profesor! ¿En qué batalla se enfrentaron César y Aníbal?
- ¡Mira que eres cateto! Para cuando nació César, Aníbal había muerto hacía tiempo.
- A mí me gusta más Aníbal.
- Aquí no estamos hablando de gustos –protesta el profesor, pensando «a mí también».
- Y, además, era mejor.
- ¿Tú qué sabrás de guerras?
- ¿Hay que saber de guerras –salta otro alumno– para aprobar el curso?
- Sí para mejorar la nota –el profesor–. Pero aquí hablamos de textos. *Guerra de las Galias*, libro segundo.

En aquel tiempo, el castillo de Butrón estaba abandonado. Toda una comunidad lo «asaltábamos». Los del bando de Aníbal trepaban por el lado del mar, y los cesarianos por la parte de la tierra. Aquellos por Cartago, estos por Las Galias. En medio, el castillo de Butrón, resto de una maldición. También allí había siempre alguien que coronaba primero la última torre. Y el conflicto de siempre: ¿Gana el individuo o el grupo? Como el batallón de los torpes eran mayoría, predominaba siempre el valor del grupo. Ello no conseguía frenar la rabia de los ganadores individuales. La victoria de estos se desechaba siempre, pero nadie les quitaría su orgullo. Y tampoco la envidia de los perdedores. La fuerza del sistema educativo no llegó a dominar los sentimientos.

¡César! ¡Tú que eres un ser tan pétreo como para aplicarte un adjetivo! Yo creo que la mayoría de los que fuimos obligados a estudiar latín empezamos y terminamos contigo.

«Estilo conciso, elegante, preciso, práctico». ¿Para qué necesitamos el latín? Clásicos romanos. ¿Y para qué...? «Se acabó la pregunta». Al final, César, para cuando te cogimos gusto nos aburrimos del latín. «Los sentimientos no importan –dice el profesor–. Esto es una cuestión intelectual. Mañana seguiremos con el libro tercero de las Galias». Al cabo de tantos años solo nos ha quedado «veni, vidi, vici». Mereció la pena. ¿Me sigues, César? ¿Cómo no? ¡Soy Gaius Julius Caesar!

– De la familia de los patricios –nos explica el profesor.

– ¿Qué son los patricios? –me atreví a preguntar.

– *Pater, patris, patres*. La sangre de los que fundaron Roma.

– ¿Y a nosotros qué nos importan los fundadores de Roma?

– Porque luego fueron un gran imperio.

– ¡Pero si eso ocurrió hace 2.500 años! –el alumno.

– ¡Pues, seguimos estando en ese imperio! Vamos al libro cuarto.

¿Decís «conciso, preciso, elegante»? –pregunta César–. Mi padre fue senador pretoriano. También mi madre Aurelia pertenecía a una familia de la alta nobleza, aunque ella fuera plebeya. (¿«alta» y «plebeya» no se contradicen?). Los dos fueron mis grandes soportes. Y el más grande, tal vez, mi tío Gaius Marius, casado con Julia, mi tía por parte de padre. Gaius Marius, gran líder de su época. El fundador del «Partido Mariano». (¡Pero si aún no existía la Virgen María! Madre y virgen... No sé. Las cosas insólitas solo ocurren una vez). La fama de Gaius Marius me vino muy bien al principio para ganarme la simpatía del pueblo. La sangre me trajo suerte. Quiero decir que los dioses me apreciaban.

– ¿Los dioses y la suerte van de la mano? –pregunto.

– La suerte es tener a los dioses a favor –responde César.

– ¿Puede decirse que la suerte la dan los dioses?

– Sí, en la medida en que lo contrario es imposible.

– ¿Puede decirse entonces que los dioses reparten suerte de forma distinta? –lo tiento más.

– No exactamente –dice César–. Los dioses reparten suertes distintas.

– ¡Oh! No veo la diferencia, pero parece que has expuesto la naturaleza de los dioses.

Nos lo aclarará el dictador Cornelio Sila, quien pregunta: «¿Habéis visto a ese joven fanfarrón que anda diciendo que tiene a los dioses a su favor desde la niñez?». ¡Señor! ¡Tú debes saber cómo se llama ese joven! «¿Ese tal Julio César?». Ese mismo. «Ya sé quién y qué es. ¡Casado con la hija de Cornelio Cinna!». Esa pareja, señor, va por Roma sobre una intensa espuma. «También sé eso, y se me queman las entrañas». (Esto no lo dijo Sila en voz alta. Solamente lo pensó. Le gustaba «pensar», sin saber qué).

– Yo –habla ahora César–, que para entonces tenía bastante desarrollado el instinto militar, tenía la sospecha de que el dictador Sila había empezado a inquietarse, porque veía en mí a un peligroso rival. A Sila le bastaba la simple imaginación para poner en marcha toda su capacidad destructiva. Un lunes nos invitó a los recién casados a su palacio imperial. «Para felicitarnos» y para «ver con sus propios ojos» qué pareja más linda formábamos. También yo le miré con toda la amplitud de mis ojos, porque no era fácil mirar de frente a Sila. Pero si eras capaz de mantener fija la mirada, percibías muchas cosas en su rostro. Parecía muy complacido, pero yo sabía que «la verdadera complacencia» de Sila solía ser la premonición de trágicas decisiones.

César habría tomado aquella audiencia como una simple entrevista –esto lo digo yo– a no ser que Sila, al de una semana, le hubiera invitado a su villa privada del monte Palatino, «tú solo». Es decir, sin la esposa. Y en domingo. César envió un mensajero para comunicarle que no podía acudir. Que estaba indispuesto, que había pasado todo el día vomitando, y cosas así. En Roma, por aquel entonces, era muy habitual «vomitar». Algunos, no pocos, morían en ese preciso trance. Veneno. El mensajero, a la vuelta, contó a César que había observado en los

aledaños a un tipo de paisanos distintos a los guardias oficiales. Que los dichos paisanos le habían hecho preguntas sobre César, con un punto de enfado. Incluso con más que un punto.

– Pero, ¿cómo no ha venido él mismo, aunque fuera en un carro? –arremete Sila.

– Ya le he dicho, señor, que se halla indispuerto –el mensajero–. Ni siquiera es capaz de levantarse de la cama.

– ¡Puedes marcharte! –Sila al mensajero–. Dile a César que se reponga pronto y que ya nos veremos. –Y murmura al oído de su asistente y confidente principal: –No te habrás adelantado a «hacerle algo» al joven, ¿no?

– ¡No, señor! –también al oído el asistente–. ¿Cómo iba a atreverme a nada sin una orden tuya?

– Entiendo que una esposa recién casada no pueda levantarse de la cama, ¿pero un marido militar? –exclama en voz alta hacia toda la guardia circundante.

Todo el mundo guarda silencio. Si Sila no preguntaba algo claro, preciso, nadie se atrevía a responder. Incluso en preguntas claras y precisas –por ejemplo, «¿cómo te llamas?»–, daba miedo. ¡Qué decir si eran preguntas un tanto difusas!

Decidí andar con cuidado –dice César–. Tanto las invitaciones de Sila, que había que tomar como órdenes, como otras informaciones por debajo, las entendí como claras amenazas. Si Sila me atrapaba, sería mi fin. Sus numerosos sicarios perdieron un succulento premio y ganaron una enorme rabia cuando se verificó que yo, Julius Caesar, me movía por Asia y Silicia.

– Has dicho, César, que tenías «a los dioses a tu favor», pero Sila no los tuvo tan a su favor– puntualicé.

– Los dioses a veces saben hacer bien las cosas –responde César.

– El problema es que, si hubieran actuado al revés, habrían continuado siendo dioses.

– Los dioses no tienen problemas. Los problemas son de los hombres.

Para dejar las cosas más claras y completas –os contaré yo–, hay que decir que quien llegaría a ser el suegro de César, Lucio Cornelio Cinna, nombró anteriormente sacerdote de Júpiter a César. Flamen Dialis. Entonces había en Roma tres «flamines» o sacerdotes, y uno, el de Júpiter, era César, cuando solo tenía dieciséis años. El honor lo abrumaría algo, ¡pero también lo envanecería! Y lo reafirmaría en sus grandes planes.

Aquel título –habla César– conllevaba restricciones y privaciones severas contra mi juventud, tales como: no poder pasar ni una sola noche fuera de la ciudad; no poder dormir tres veces seguidas fuera de mi cama; no poder desnudarme en sitios abiertos; no poder andar en caminos cercados por viñedos; no poder tocar cadáveres ni entrar en las tumbas, a no ser para oficiar un entierro; no poder tocar a perros, ni a cabras, ni alubias, ni carnes crudas; tener que ser enterrados mis mechones de cabello y mis uñas cortadas bajo el árbol llamado *felix arbor*; que nadie más pudiera dormir en mi cama; etc. Piénsese cuántos impedimentos he señalado, y, encima, «etc.». Me costó no poco aprenderme aquel interminable reglamento.

¡Quietos un momento! No dejéis correr demasiado a la compasión. César, con dicho título, tenía también grandes ventajas que tensaban su espíritu joven, pero ambicioso. Era único entre todos los sacerdotes. Podía tocarse con el bonete llamado *apex*. Lo escoltaba un policía llamado *lictor*. Podía vestir la toga llamada *toga praetexta*. Podía sentarse en el sitial llamado *silla curul*. Y, sobre todo, lo más importante: gracias a su título podía sentarse en el Senado. Allí observaba todas las corrientes que corrían por encima en Roma y en el imperio, y husmeaba lo que corría por debajo, hasta que el dictador Sila, receloso de la peligrosa propulsión de César, lo destituyó.

¡Y me confiscó todos los bienes! –se enfada vivamente César–. Me quiso arrancar incluso de la vida. Y lo más doloroso, como luego supe, fue que puso a mi cabeza un precio irrisorio: dos talentos de oro. Gracias a ese estúpido precio, no me costó mucho sobornar a los sicarios que iban a ser mis asesinos. Tal vez tendría que decir que la protección de los dioses me salvó

milagrosamente de los sicarios. Por fortuna, porque luego, gracias a la intermediación de los parientes de mi madre, y con los dioses nuevamente a mi favor, fui perdonado y trasladado a Asia, a luchar en las batallas de aquel continente.

– Veo que diste mucho trabajo a los dioses –digo.

– El trabajo de los dioses es entretenerse –responde César riéndose–. También ellos tienen que pasar el tiempo, mucho más largo que el nuestro.

– Pero tú, a los 16 años, ya eras sacerdote.

– ¿Te extraña?

– Más me extraña ver a una cabeza tan claramente militar en la cima de la religión.

– Las cimas se ven bien entre ellas –dice César–. ¿Dónde está la contradicción?

– Las morales de los dioses y de las armas no parecen muy compatibles –intento atraparlo.

– ¿Por qué no? Las armas son los juguetes de los dioses.

– ¡Claro! Debía yo haber sabido que estaba hablando con César.

Pensé que algo se me había aclarado con la «explicación» de César, pero su muerte no me encajaba. Siempre me ha sorprendido que «los personajes más famosos de Roma», «los supremos militares de la historia», hubieran tenido ese final. Parece que también César pensó lo mismo en el último momento, pero que no tuvo tiempo para dejar aquel pensamiento en una frase. He tenido suerte, porque parece que está dispuesto a decir sin yo preguntarlo. «Veni, vidi, vici». ¡Y se muere al instante!

Soy Gaius. Soy Julius. Soy César. ¡Gaius Julius Caesar! Para la mayoría, *De bello gallico*. Todos los hablantes y aprendices del latín empiezan por ahí. Creen, les hacen creer, que el latín más fácil y elegante es el mío. De ahí deducen que así sometí a las Galias, de manera fácil y elegante. Pues, para mí, lo más importante fue Asia. Tuve la suerte de que me trasladaran a la ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos. Un favor de los dioses, sin duda.

Ya sé la razón de tal «favor» –lo aclararé yo–. El jefe de Mitilene era Marco Termo, y César se adjuntó como legado y general suyo. Allí fue la verdadera iniciación militar de César. La historia dice que Marco conquistó y saqueó la isla. De hecho, Marco era tan corto como voraz, y César asumió la dirección de las operaciones. Estaba ansioso por estrenar su pasión militar en el campo de batalla. Y para demostrarlo, porque la victoria fue modélica desde todos los puntos de vista. Al jefe Marco, a quien como resultado de aquella victoria esperaba un ascenso espectacular en la escala de Roma, le bastó con ser felicitado para quedar tan contento y orgulloso como si todo hubiera sido obra suya.

De hecho, lo que tú has contado –dice César– no es totalmente cierto. Marco Termo no era un estratega torpe. Simplemente, veneraba el rigor militar, tal vez demasiado crédulamente. Diseñó la conquista de Mitilene con absoluta precisión. Con su mano izquierda dibujó rápidamente los mapas y el callejero de la ciudad. Yo lo observaba con asombro. Incluso el calendario lo precisó al detalle, por escrito. «El primer día, tal cosa. La primera noche, tal cosa. Al clarear bien el segundo día, mover las embarcaciones, aparentando que ya se van. Por la tarde...».

Y así, un plan de cinco días. ¿Cuándo comenzar? «Dentro de quince días, en el idus de marzo. Mientras tanto, tú, César, organizarás los preparativos necesarios». Eso es lo que me ordenó. Y bien que me empeñé en hacer los preparativos, pero no en quince días, sino en una semana. ¿Y? Lancé el ataque de golpe. Lo que debía comenzarse en quince días estaba terminado en trece, mientras Marco Termo casi dormía sobre sus mapas.

¿Cómo lo hizo? –preguntaréis–. César tenía organizados por su cuenta unos comandos especiales, de los que uno se llamaba *Cazadores de hombres*, los cuales eran, en jerarquía, de rango militar bastante alto, capaces de adentrarse en terreno enemigo sin despertar sospechas. César les ordenó:

– Entrad en Mitilene y convenced a una pareja, suave y dulcemente. Secuestradlos, si es preciso, y traedlos ante mí.

- ¿Qué tipo de pareja? –le preguntaron.
- Dos hermanos, por ejemplo. O hermano y hermana, padre e hijo, padre e hija... Dos que tengan un vínculo sentimental más estrecho que para ser separados el uno del otro.
- ¿Pueden ser marido y mujer?
- Por supuesto, si son de los que se llevan bien.

Consiguieron traer a un padre y a su hijo, que fueron convencidos por miedo a ser secuestrados. Intentaron atrapar a una pareja de la que una fuera mujer, pero era muy difícil hacerlo limpiamente, porque las mujeres de Mitilene estaban obligadas a vivir apartadas del ámbito social. Con padre e hijo delante, César ordenó al padre:

- Lleva este documento al jefe de la ciudad.
- Mi hijo con ese jefe...
- ¡No, no! –le corta César-. Al hijo lo dejarás aquí.
- Pero, ¿cómo voy a ir yo solo?
- ¡Irás! –le ordena César-. Harás lo que tengas que hacer y traerás una prueba de que has cumplido la misión. Solo entonces volverás a reunirte con tu hijo. Y seréis premiados generosamente.
- ¿Y de lo contrario? –pregunta el padre.
- De lo contrario, lo que has pensado.
- ¿Qué he pensado? –pregunta el padre, haciéndose el tonto.
- Que a tu hijo no vas más a... ¡Ya sabes!

.....Eso fue justamente lo que había pensado, y lo único que había pensado, el padre mensajero. Así, entregaría al jefe de Mitilene una copia de la hoja de batalla –«sustraído milagrosamente» debía decir–, con las firmas de Marco Termo y de César, hoja en la que se precisaba que el ataque comenzaría tal día y a tal hora. El hombre cumplió su misión, y a la vuelta, padre e hijo fueron premiados con monedas de oro. Y César preparó el ataque para una semana antes de lo que decía la hoja de batalla. Ataque rápido y fulminante que dejó fascinada a toda Roma. A Marco Termo le correspondía alegrarse, pero le quedaron pendientes preguntas inquietantes.

La propia isla –habla César– no era muy próspera, pero Mitilene era una ciudad rica. Nuestros soldados estaban, como siempre, hambrientos, por necesidad y no menos por vicio. Los soldados romanos habían sido educados y habían actuado con ese carácter insaciable, y tuve la sensación de que Mitilene sería un augurio triunfal de mi futuro. La cuestión es que permití a los soldados que saquearan completamente la ciudad para que los vencidos supieran para siempre lo que supone que Roma pase por encima. Es decir, que después de pasar Roma por encima, solo quedaba Roma. Aunque yo no estaba muy acostumbrado a ello, también repartí compasión, no forzando a los supervivientes hasta el punto de morir de hambre. En cada lugar hacen falta trabajadores obedientes.

- Siendo comprensibles los vicios y necesidades, ¿hacía falta tanta destrucción –pregunto– para someter una minúscula isla?
- Había motivos para ello –responde César-. Mitrídates VI, al conquistar la parte occidental de la península de Anatolia, ordenó la matanza de 80.000 ciudadanos romanos que vivían allí, hombres, mujeres y niños.
- ¿Qué hacían allí 80.000 romanos?
- Cuando los romanos, en la batalla de Magnesia, vencieron a Antíoco III, era lógico que una gran población se quedara allí.
- Donde tú dices «vencer», en las crónicas yo he leído «masacrar».
- ¡Palabras! –se infla César-. ¿Cómo se vence militarmente sin masacrar?
- Pero tú no luchaste contra Mitrídates VI.

– Pero sabía lo que hizo y cómo era. Su padre murió envenenado. Él destronó a su madre Laódice y a su hermano Crestus y los hizo morir en la cárcel. Tomó por esposa a su hermana pequeña Laódice. Y, al final, su hijo Farnaces II lo forzó a que se suicidara. ¡Menuda pieza!

– Cambiando los nombres, parecen episodios de Roma –puntualizo.

– En el comportamiento de Julio César no cabe tanta depravación.

– Continuemos y ya se verá.

.....Como reconocimiento de las hazañas militares de Mitilene, obtuvo la más alta condecoración de Roma: la Corona Cívica. Tuvo el privilegio de llevar públicamente sobre su cabeza aquella condecoración y de colgar en el dintel de su casa otra igual a ella, hecha de hojas de roble y encina. «En Mitilene no iba yo a empezar con esas altivas demostraciones», dice. Pero cuando el dictador Sila, el dueño de vivos y muertos, pereció, César volvió a Roma.

– Pobre pero erguido, comencé a aprender abogacía en el Foro de Roma. Tenía 22 años y...

– Perdona, César, pero ¿no has soslayado algo en tu relato, como aquello del rey de Bitinia...?

– ¡Ya sé por dónde vas! –me interrumpe César–. Cobardes falsedades de senadores y gentes celosas de Roma. Una simple nadería para mi ardiente juventud.

– ¿Es una simple nadería prostituirse con un rey bárbaro?

– ¡Palabras y más palabras! –exclama César, ahora burlón–. Yo no fui solamente un simple copero de Nicomedes IV. Él, borracho con su copa, y yo, blanco de los admiradores, todos deseaban algún roce con el dionisiaco César. ¡Y sí! ¿Quieres escucharlo claramente? Me relacioné con todos los que yo quería y como yo quería, porque en aquel palacio se mezclaban gentes de todas las edades y vicios.

– ¿Sobre todo, «como tú querías»? Porque tengo oído que, en las grandes celebraciones romanas, tus soldados cantaban coplas sobre tus relaciones con Nicomedes, con el infamante sobrenombre de «Bithinica regina». Me cuesta unir esos dos conceptos: Julius Caesar = reina de Bitinia.

– ¡Marranadas inventadas por mis enemigos!

– ¿Fue también invención lo de las hijas y esposas del rey?

– No soy muy dado a acordarme de las gentes en particular. Me basta con recordar que fueron noches maravillosas.

Con 21 años, romano yo –habla César–, con una gran hazaña recién lograda, no había ni gatos que no quisieran algo de mí. Pero yo me movía siempre con cautela, porque en las cortes nunca se sabe en qué lazo puedes caer o en manos de qué fieras estás. Me divertí a gusto, pero solo los dioses saben cuántas veces me libré de trances mortales. Aprendí mucho a disfrutar y, al mismo tiempo, a protegerme. Y a captar las debilidades de los enemigos de turno. Un buen militar debe saber combinar aspiraciones muy opuestas.

Para ello, Julio César comenzó a estudiar abogacía. Quería destacar en Roma. Y también vengarse de las persecuciones sufridas en el período de Sila. Y, por supuesto, abrir el camino para recuperar y superar los bienes que le habían sido confiscados. La abogacía le daría la oportunidad de hablar ante los más altos ciudadanos y políticos de Roma. Metido en los casos más difíciles que nadie quería, perdió algunos juicios. Cobrando siempre muy bien, como en la causa contra el excónsul Cneo Cornelio Dolabela. Y ganando otros, como en la causa contra Gayo Antonio Hybrida, también esta con una jugosa cobranza. En suma, acumuló grandes dinerales en la abogacía, pero eran poca cosa para cubrir sus excesivos gastos. Siendo su valía natural suficiente para ganarse a la opinión pública, se entregó a una ostentación innecesaria, de lo que se infiere que tenía problemas de confianza consigo mismo o, simplemente, que le gustaba demasiado el vicio. Para suerte suya, el vicio no era un gran defecto en Roma. Sin embargo, por encima de todo, la abogacía le sirvió para desarrollar su precisa e implacable oratoria, que asombró y atemorizó a la alta audiencia romana.

– ¿Tú, César, ¿compartiste o disputaste algún caso con Cicerón, contemporáneo y colega o rival tuyo en el oficio?

– Lo habría agradecido e incluso lo anhelaba, pero Cicerón nunca coincidió conmigo.

Cicerón –habla César– caminaba hacia una gran fama en mi época de abogado. Yo creo que –dicho claramente, estoy seguro– me evitaba a propósito. En su interior daba por seguro que el competir contra mí solo serviría para aumentar mi reputación y debilitar la suya. Luego, incluso políticamente, hizo todo lo posible contra mí. Creo que era por miedo a ser considerado inferior a mí en la oratoria y ante la gente, sobre todo ante la amplia ciudadanía romana. Ya sabemos que en un público superior como el senado y demás, los intereses importan más que la elocuencia. Tenía razón en su miedo. Cicerón era un hombre ambicioso, pero bastante cobarde. Si se hubiese centrado en el cultivo del pensamiento y del derecho y en la oratoria, habría sido más grande de lo que fue. El querer destacar en política perturbó su carácter indeciso. La cuestión es que siempre evitó competir conmigo. Incluso una vez le pregunté:

– ¡Cicerón! ¿Por qué nos vemos siempre en lugares solitarios u oscuros, como si fuéramos cucarachas?

– Yo diría que vivimos tiempos en que la claridad asusta –respondió de una manera difusa.

– ¡No! –asegura César con rotundidad–. Cicerón solo desarrollaba su arte al sentirse seguro de estar en ventaja, pero no siempre calculó bien las situaciones.

– Y tú –pregunto a César–, ¿por qué dejaste la abogacía, habiendo llegado hasta tal fama que alguien como Cicerón te esquivase?

– ¿Quieres que te lo diga claramente? –replica César–. ¡Porque no tenía rivales! Por aquella vía no veía nada que superar.

– Creo en tu arrogancia, pero el sonido del dinero tendría también su parte, tal vez mayor.

– ¿Quieres que también eso te lo diga claramente? –se me encara César, removiendo todo su cuerpo–. En varias causas había atesorado grandes sumas de dinero, y pensé hacer un viaje de ocio por mar.

Lo pensó, y con la excusa de terminar Filosofía y Retórica, organizó un viaje a Rodas. En el camino, los piratas apresaron su barco y lo tuvieron cautivo durante 40 días. Los piratas no sospechaban a quién tenían secuestrado, y pidieron un rescate de 20 talentos. Siendo el talento 31 kilos de plata, el total era 620 kilos de plata. El precio no era pequeño. El orgullo medular de Julio se infló y exclamó:

– ¿Solo veinte talentos por mí? Pedid, como mínimo, cincuenta.

....Y así, la petición de rescate fue de 1.500 kilos de plata. César les lanzó la amenaza de que algún día se arrepentirían. «Cuando me liberéis, volveré para mataros y me haré con el doble de lo que pedisteis».

....Durante el secuestro, César escribía discursos y se los declamaba a los secuestradores. Estos, en lugar de alabarlos, los despreciaban, y César les injuriaba, llamándoles «bárbaros». Estos le tomaban todo a broma, como si estuviera chocheando. Una vez liberado y pagada aquella enorme cantidad de talentos, César marchó a Mileto, donde equipó rápidamente una flota de barcos mercenarios y volvió a la isla. Los secuestradores aún estaban allí. Apresó a la mayoría, recuperó el botín, aunque no todo, y dejó a los piratas en manos del gobernador de la región. Lo que le interesó al gobernador fue el dinero que César dejó sin conseguir, y devolvió a los piratas a manos de César, el cual, según el método que tenía bien aprendido, los crucificó.

– ¿Decidiste entonces –le digo con sonrisa bajo barbilla– presentarte al cargo de organizador de los Juegos de Roma?

– ¡Y lo conseguí! –responde ufano–. Había llegado ya al rango de temido por ser admitido en cualquier cosa a la que me presentase. Cuantos más contrarios tenía entre los senadores y demás jerarcas, más se fortalecía mi posición.

*Curullis aedilitas*. Edil curul. Entre los deberes y privilegios que conllevaba tal cargo, estaba el de organizar los Juegos Romanos. Es eso lo que César quería, porque presentía

que aquellas grandes celebraciones anuales (10 días, que él prolongaría hasta 15) engrandecerían mucho su prestigio y respeto, si es que cumplía bien su propósito. Y confiaba en ello, porque no sabía lo que era dudar de su capacidad. Los Juegos Romanos eran el acontecimiento más importante del año en Roma, y provocaban la máxima expectación y encanto entre todos los ciudadanos. Como unos carnavales nacionales. Religión, diversión, juegos, espectáculo, todo lo reunían los Juegos Romanos: gladiadores, cuadrigas, boxeo, pelota, luchas, animales exóticos. Todo tipo de competiciones. Y parece que los juegos organizados por César quedaron en el recuerdo de los asombrados romanos. Eso es lo que él quería, y consiguió su objetivo con creces. Y su nombre subió muchos puntos en la valoración de los romanos.

Yo mismo me sorprendí de un éxito como aquel –habla César–. Puestos a pensar, la razón no podía ser solamente que el espectáculo se hubiera organizado bien y minuciosamente. La minuciosidad puede acarrear un elogio sin reparos, pero para provocar un entusiasmo colectivo, tienen que suceder algunas sorpresas memorables. Yo creo que fueron algunas novedades exóticas que yo programé las que añadieron a las habituales grandezas un toque glamuroso. Por ejemplo, los barrenados de piedra («barreneros», oficio tan duro como necesario en las edificaciones romanas), que se imponían a los esclavos. El ver de pronto aquel trabajo convertido en deporte enardeció a los romanos.

Los esclavos eran quienes más competían. Y con tanta furia se empeñaban, dado que a los ganadores se les prometía el premio de convertirse en ciudadanos, que algunas palancas se desviaban hasta las caras. Otros se asfixiaban allí mismo, exhaustos, o se desangraban, con sus pies o pantorrillas agujereados por las puntas de las palancas. La norma era que nadie externo podía tocar la herida producida durante el juego, hasta que terminara el mismo. Muchas veces, como era de esperar, los competidores no llegaban hasta el límite del tiempo, lo cual era tal vez lo que enloquecía a los romanos más que el nuevo deporte.

Hablando de piedras, también programé su levantamiento, porque era bien sabido qué importancia tenía el acarreo de piedras en las conquistas romanas. Llegaron a levantar piedras de más 300 kilos. También ahí murieron algunos bajo sus piedras, o se les destrozaron los pies o las cinturas, porque debían competir desnudos de cintura para abajo. Cuando alguien caía reventado bajo su piedra, los romanos se acaloraban hasta salirse de sus casillas, gritando «¡Viva Julio César!». Mientras estaba en marcha aquel espectáculo, era inútil simultanear cualquier otra prueba, porque todos se agolpaban en el ruedo de las piedras. Y, por supuesto, la propuesta que hice de que, además de los ganadores, quienes se clasificaran mucho más abajo fueran también nombrados «civis romanus» (ciudadano romano) fue aplaudida por los espectadores con ardientes vivas, si bien muchos senadores se enojaron profundamente.

Aun así –explica César, cada vez más vehemente–, la novedad más espectacular que yo introduje fue el corte de troncos con hacha. No hace falta decir cuán importante era el hacha en Roma, sobre todo en incursiones e invasiones. Colocados los troncos en líneas a lo ancho del ruedo, miles de espectadores se apilaban en círculo, ansiosos de ver lo que iba a ocurrir. Lancé un silbido, y allí salieron esbeltos hacheros, con sus hachas al hombro, los cuales no eran esclavos, sino soldados romanos. Lancé otro silbido, y las hachas se elevaron. De pronto, se alzó un rugido general, como si hubiese aparecido de la nada una manada de leones. Cuando lancé el tercer silbido tuve que saltar rápidamente a la arena, gritando «¡Alto! ¡Alto!». Algunos hacheros habían comenzado a luchar con sus hachas, como los gladiadores con espadas. Para cuando escucharon mi orden, algunos ya habían abatido a sus rivales, partiéndoles la cabeza.

– ¡Eso no! ¿Qué hacéis? –reprendí a los hacheros.

– Yo creía que el juego era así –se excusó uno.

– ¿Para qué crees que tienes delante ese pedazo de tronco de tres varas?

– Yo creía que era para que el vencedor hiciera el ataúd del perdedor.

Cuando les expliqué que aquellos troncos eran para cortarlos, el público me abucheó decepcionado. Al final, el juego fue entendido y muy valorado, tal vez por el riesgo de alguna lucha sangrienta en cualquier momento. Aun después de que hubiera comenzado el corte, se necesitaba mucha atención para que el hacha no se desviase del tronco a la cabeza.

La cuestión es que, sea por el nivel de los juegos tradicionales, sea por las mencionadas novedades, en la memoria de los romanos quedaron grabados para siempre aquellos espectáculos. Y con los espectáculos, cómo no, Gaius Julius Caesar. Me hice más popular que todo el Senado.

Para que los jerarcas de la ciudad tuviesen tiempo para digerir el éxito de César –añado yo–, y para que el siguiente golpe suyo estuviese bien calculado, y, sobre todo, para que su nombre adquiriese más fuerza, César se trasladó al extremo occidente, como antes al este, para ejercer como propretor de Hispania. Estaba en Gades (Cádiz), donde se encontró con una escultura de Alejandro Magno. Quedó al mismo tiempo anonadado e irritado, cuando le asaltó un violento pensamiento: «Alejandro Magno murió a los 33 años, habiendo conformado el mayor imperio del mundo. Yo tengo 33 años y todavía no he hecho nada importante». Y me confiesa:

– Fue como si se me hubiera quedado clavado en el pecho el zarpazo de un león.

– ¿Quiere eso decir que tu ambición no era solamente la fama, sino la cima del poder?

– Yo no vine al mundo para divertir a los romanos, sino para proporcionar a Roma un imperio ilimitado. ¡Soy Julius Caesar!

También yo tengo un nombre, pero nunca se me ha ocurrido una misión planetaria como esa. Sea cada cual de la especie que sea, la cuestión es que César, en diversos ataques, sometió a toda Hispania, incluidas las fuerzas de Pompeyo y de otros jefes romanos que eran sus rivales bélicos. Uniformó bajo su espada a los numerosos bandos y etnias de Hispania. Incluso parece que dio inicio a una prosperidad anteriormente imposible. Pero siendo el objetivo principal la pura conquista, todas las demás consideraciones agonizaron ante dicho propósito.

Gracias –habla César– al gran éxito conseguido en la península de Iberia (grande ciertamente entonces, puesto que llegó hasta el extremo del mundo), allí me enteré de que, con el apoyo de Pompeyo y de Craso, me habían nombrado cónsul de Roma.

El que era mi colega en el consulado, Marco Calpurnio Bibulo, se retiró, pensando que así impediría que yo alcanzara el grado de cónsul. Para mí, el quedarme solo fue una excelente oportunidad para sacar adelante mis medidas legales. Pero, con todo, yo quería ser más que cónsul, y propuse a Pompeyo y Craso formar un triunvirato. Ellos también querían la cima, y así se formó el llamado «Primer Triunvirato» de Roma. Pero yo, dicho claramente, no me encontraba cómodo en el trío. Me fui a las Galias como procónsul, porque sabía que, para alcanzar la cima, aún me faltaba la hazaña más importante.

– Y así llega –le digo– tu querido *De bello gallico*.

– ¡Sí! –responde convencido–. En mi mente, las Galias hervían desde tiempo atrás.

– Siendo una autoridad casi absoluta de un imperio que iba desde Anatolia hasta el extremo de Iberia, ¿qué necesidad tenías de aventurarte al oscuro y conflictivo Norte?

– El Imperio de Roma tiene que ir siempre creciendo –responde rotundo César.

– Ya era el mayor imperio.

– He dicho «siempre creciendo».

– ¿Y ese es un bello ideal? –pregunto burlón.

– ¡Soy Julio César! –responde levantándose con el puño en alto y blandiendo una espada invisible.

– ¡Está bien! –pensé–. Parece una razón total.

La campaña de las Galias –habla César– no fue «veni, vidi, vici». ¡Qué mundo aquel! ¡Qué laberinto de etnias! ¡Qué profusión de tribus! Galos y germanos, helvecios, suevos, celtas, secuanos, heduos, boyos, arrauracos, tulingos, latovicos, alóbroges, ámbarros, tiburinos, verbigernos, avernos, belgas, usipetes, téncteros, britanos, catuvelaunos, carnutes, belovacos, vituriges, atrebates, atuaticos, caletes, eburones, menapios, morinos, nervios, sociates, suesones, venetos, veliocasas, virimandos, aduáticos, harudes, marcomanos, tribocos, vangios, nemetes, sicambrios, ubios ... Y entre los jefes, Orgétorix, Divicón, Ariovisto, Ambiórix, Vercingétorix, Comio, Casivelauno, Dúmmorix, Vercasivelauno, Boduognato, y otros cientos cuyas caras no vi.

La única posibilidad era combinar dos estrategias: hacer alianzas con diversas tribus y atacar a terceros. –César cuenta con entusiasmo sus acciones–. Y atacar con la máxima ferocidad, para que el eco del escarmiento fuese siempre por delante. No hay nada como mandar a una familia de hienas destrozadas a espantar a otras familias de hienas. No sé si entre las hienas ocurre así, pero entre los humanos comprobé que sí, aunque fueran los más bárbaros. La generosidad y la suavidad –lo que alguien denominó «clemencia cesariana»– eran a veces tácticas muy valiosas. Pero, en el fondo, la violenta impiedad y el saqueo total eran siempre los únicos procedimientos válidos.

¡No fue poco lo que costó! Necesité siete años en someter a las Galias. Siete años para que por fin Vercingétorix, el general supremo de las tribus galas aliadas, entregara las armas. Calcula unas 300.000 personas al año, entre muertos y esclavos, y tienes una media aproximada. Multiplícala por siete, y tienes el total. En el bando de los romanos, las pérdidas fueron inferiores, pero nunca tuve ganas de ponerme a contarlas. La cuenta de los caídos no ayuda a avanzar.

– Tú, César, estás considerado como un escritor y pensador admirable. ¿Qué pensamiento te incitó a obstinarte en aquella enorme conquista?

– Al Imperio Romano se le debe todo. También a la voluntad de los dioses.

– ¿Estás seguro de que el Imperio Romano es razón suficiente para cualquier cosa?

– Si no, ¿cómo crees que iba a arriesgarme a una tarea como aquella?

– Pues, por ejemplo, para aumentar infinitamente tu patrimonio y favorecer paralelamente a los jefes a tu mando.

– Ese es otro objetivo, si bien secundario, de la guerra. O pierdes todo o lo ganas todo.

– Eso lo entiendo, pero esa idea del imperio que has formulado no sé para llegar hasta dónde puede ser razón.

– A decir verdad, también yo lo dudé cuando supe que en el senado romano corrían planes de quitarme el mando de las Galias y, en general, todos los poderes. Me hirvió la sangre y enterré mis dudas inmediatamente.

Aunque las Galias reportaron una grandeza y riqueza extraordinarias a Roma, Julio César seguía siendo impopular en las altas esferas, que temían mucho su ambición, y, sobre todo, su mente. La conspiración había arrancado y se había organizado enseguida para quitarle el mando de las Galias y cortarle todas las vías de ascenso. Sabedor de ello, César reunió a una legión y, con su convincente oratoria, persuadió a todos para que le siguieran. Los soldados le apoyaron, y César atravesó el mítico río Rubicón, exclamando «alea jacta est» («el dado está echado»). La guerra civil estaba en marcha. Derrotó a los contrarios y fue nombrado dictador en cuatro ocasiones. La cuarta, para toda su vida.

He preguntado a Tácito y solo he podido sacarle un gesto de silencio. Asqueado, al parecer, de Tiberio y compañía, no quiere utilizar en nada más su ácida pluma. Sé lo que habría escrito. Más o menos, lo siguiente:

«Para resumir la vida política de César, basta con decir que se dedicó a una guerra ininterrumpida. Incluso en vísperas de su muerte, tenía pensadas dos campañas militares. Una contra Partia y otra contra Dacia. Un plan de conquista de tales dimensiones no podía ser más

que la voluntad de conquistar el mundo. César se consideraba invencible, y ahora quería conquistar el Este, para igualar a Alejandro Magno. Sus grandes logros no los vivió como una meta, sino como ensayo general para operaciones de mayor calibre. Las glorias terminadas solo le servían para avivarle el ansia de mayores glorias».

La guerra definida por Tácito como «ininterrumpida» significa la disputa de batallas en serie. Alguna que otra la perdió, como, por ejemplo, la denominada Dirraquium, pero ganó todas las demás: Alesia, Carteya, Curicta, Farsalia, Hipona, Ilerda (Lleida), Lauro, Munda, Nilo, Bragada, Ruspina, Apamea, Brindisi, Corduba, Corfino, Gonfos, Massilia, Tapso, Útica, Cela, y las que quedaron sin contar. César difícilmente podía cumplir el famoso dicho latino «si vis pacem, para bellum» (si quieres la paz, prepara la guerra), porque nunca tuvo un momento de paz a lo largo de toda su vida militar. Su preparación de la guerra era la guerra anterior. Y no pocas veces, guerras simultáneas.

Así, no era difícil que tuviera dentro de su propio mando tantos amigos como enemigos, como lo demostró la muerte que le sobrevino demasiado pronto para su ambición. A decir verdad, en Roma era habitual que nadie importante viviera largamente. Es decir, que no muriera de muerte natural.

– Los cronistas dicen, César, que tu insaciabilidad militar era producida por tus grandes deudas.

– Yo no sabía hacer cosas pequeñas –dice altivo.

– ¿Deudas incluso?

– Deudas ... ¡Sí! Deudas incluso.

– ¿De qué? ¿A quién? –le aprieto.

– En Roma, para tener un gran renombre, había que ser un gran depredador o un gran deudor. Yo elegí las deudas, porque sabía que no solo las cubriría, sino que las superaría, militarmente.

– ¿Así llegaste a ser el más rico de Roma, para convertirte nuevamente en el mayor deudor?

– Me ha parecido una buena pregunta –dice César, aparentando sutileza.

– ¿Cómo conseguías ese incomprensible contraste?

– «Haz clemencia y reparte miedo». Eso es lo que yo hacía. No infundía miedo directamente. Me tenían miedo porque me veían capaz. Y el que es capaz puede hacer cualquier cosa.

– Ese razonamiento me parece más la evasiva de un orador que el argumento de un hacedor.

– No tengo otra razón. Mi explicación soy yo –exclama César golpeándose el pecho.

– ¿Esa fue la explicación que le diste a Cleopatra? Porque no hemos mencionado ese nombre.

Nunca he ocultado –habla César con ternura– el nombre de Cleopatra en los confines del imperio. De hecho, la presenté en la misma Roma, con todos los honores. Residió durante más de un año en Roma, con su familia y parte de la corte, en la villa que yo poseía junto al río Tíber. A algunos nobles no les gustó aquella exhibición, pero todos padecieron el corrosivo gusano de la envidia. Llegaban muchas visitas distinguidas curioseando, con la excusa de ofrecer regalos a Cleopatra y, seguramente, con la esperanza de ganarse mis favores. Incluso Cicerón hizo acto de presencia como un perrito fiel, aunque luego en sus escritos leeríais que le pareció una mujer altiva y aborrecible.

– Para ti parece que fue adorable. Dicen que te fascinó.

– Sí y no. Adorable ciertamente, porque era bella sin par. Y joven, para uno como César que empezaba a lucir calva. ¿Pero quieres probar el hueso de la verdad? Yo no necesitaba ninguna belleza sin par, pues anteriormente, desde antaño, ya había atraído a las más altas bellezas de Roma.

– Para un líder que andaba con su tercera esposa «conocida», parece una jactancia creíble –le acepto.

– Para mí Cleopatra fue una amante más, aunque muy singular.

- Singularidad creíble también esa, como lo demuestra el dulce viaje que hicisteis a través del río Nilo.
- ¡Pues, sí! En mi larga y laboriosa milicia, y en una gabarra real de lujo, fue un descanso maravilloso.
- Sería una delicia militar, si es cierto que os protegieron 400 embarcaciones.
- No las conté, pero podían ser más.
- Te veo muy generoso en tus confesiones –le provocho.
- ¿Quieres una confesión esencial?
- ¡Vaya! ¡Qué más quisiera yo!
- La clave principal de mi relación con Cleopatra fue la conquista de Egipto. A poder ser, sin armas. El Imperio Romano necesitaba todo el entorno del mar, desde Mauritania hasta Britania y desde Hispania hasta Partia.

César se empeña en dar al amor un sentido militar, tal vez porque es esa su única forma de hablar, pero no le creáis todo, porque también en el amor caminó por las cimas. Sedujo a Postumia (esposa de Servio Sulpicio), Lolia (esposa de Aulo Gabinio), Tértula (esposa de Marco Licinio), Mucia (esposa de Pompeyo), Servilia (esposa de Junio Bruto), Eunoe (esposa del rey de Mauritania), y cómo no, a Cleopatra. Estas son las que nombra Suetonio. ¡A saber cuántas más!

- ¿De dónde provenía –le pregunto– tu incontinencia para con las mujeres casadas?
- Las otras no entran en el relato amoroso.
- Entonces, completando la cuenta, ¿todas cuantas quisiste?
- Cuantas el tiempo libre permitía.

No le salió del todo gratis. Cuando celebró en Roma la victoria en las campañas de las Galias, sus soldados cantaban las siguientes coplas:

*¡Ciudadanos! Vigilad a vuestras mujeres.  
Traemos a un adúltero calvo.  
Has fornicado en la Galia  
con el oro que tomaste  
prestado en Roma.*

Como en la mente, sin embargo, nada ocurre en balde, lo que César gozó despierto lo padeció durmiendo. Anduvo trastornado por un sueño donde él aparecía violando a su madre. Acudió a los adivinos, que le cantaron buenos augurios, interpretando que la madre simbolizaba a la Tierra, madre de todos, y que eso significaba que él se adueñaría del mundo. Y en cierta medida, así sucedió. También a los cuentos les gusta ir junto a las historias canónicas.

Necesitaba aire fresco y salí al jardín de la villa de César. No podía sacar de mi cabeza los pensamientos «imperiales» y no acertaba dónde colocarlos. Una ventana emparrada me pareció ser la cabeza de una mujer. Parecía el peinado de Cleopatra.

- Tú debes de ser Cleopatra –le digo.
- No es una necesidad, pero lo soy –responde la parra.
- Habrás escuchado lo que decía César. ¿Qué te parece?
- Una verdad amañada. Yo necesitaba a César. César me necesitaba a mí. Pero César se cegó por mí más de lo que yo le necesitaba a él.
- ¿Y tú por él?
- No hasta ese punto –dice Cleopatra–. Yo estaba muy ejercitada en el oficio.
- Es de creer, porque luego te juntaste con Marco Antonio.
- ¡Porque asesinaron a César!
- Pero tú no te suicidaste como Marco Antonio.

- En Roma no quedaba nadie que mereciese la pena.
- Pero tú conoces bien todo lo anterior.
- ¡Cómo no voy a conocerlo!

Julio César –habla Cleopatra– se hallaba en guerra contra Pompeyo el Grande. Este, sintiéndose perdedor, se cobijó en Egipto. Y a Pompeyo lo mataron allí. Pero también en Egipto estábamos en guerra mi hermano Ptolomeo XIII y yo. Cuando César se asentó en Alejandría, una de sus primeras iniciativas fue llamarnos a los dos ante él para que compartiéramos el trono en paz, según la voluntad de nuestro padre Ptolomeo XII. En principio, mi hermano estaba en mejor situación, porque había sido él quien asesinó a Pompeyo. César se alegró de la muerte de Pompeyo –yo también un poco–, pero no le gustó nada que aquello lo hiciera un Ptolomeo. Yo, atenta por si acaso, estaba en la Palestina de Siria. Nada más conocer la llamada de César, dejé mis tropas, me dirigí rápida y secretamente a Alejandría y me presenté ante César de la manera más mágica que pude. Causé en César un asombro cautivador, y para cuando llegó mi hermano, el pensamiento de César ya se había inclinado hacia mí. Y sí. Para cuando en Egipto se restableció el poder compartido entre los dos hermanos, César y yo éramos amantes. Habiendo sido Pompeyo derrotado y muerto, celebramos y disfrutamos la nueva situación en el río Nilo. Luego César me llevó a Roma. Su deseo último, la conquista pacífica de Egipto, estaba bien encaminada. César dirá lo que quiera, pero, en aquel caso, el deseo militar y el amoroso estaban en el mismo caldo.

- ¿También por tu parte?
- ¿Quién me creería si dijera que no?
- Pero César estaba casada con Calpurnia.
- ¡Oh! En Roma los casamientos eran pistas de hielo.

Lo siguiente voy a preguntárselo al propio César, porque me encuentro a punto de perderme un poco.

- ¡Oye, Julio! Cleopatra, Calpurnia ... ¿El divorcio de tu esposa Pompeya entra también en las operaciones amorosas?
- ¡Alto ahí, alto! –Parece que he tocado algún nervio profundo, porque ha levantado el brazo agarrando fuertemente el borde bajo de su capa–. Has dado con una pista sagrada.
- ¡Perdona, César! Nunca te he visto tan enfadado.

Mi esposa Pompeya –habla César– merece una memoria justa. Te diré por qué y cómo. Teníamos una diosa llamada *Bona Dea*, a la que amábamos mucho y la respetábamos aún más. La Diosa Buena. Diosa de la fertilidad. Una vez al año, las mujeres nobles de Roma se reunían en un rito secreto, en honor a la diosa y en agradecimiento a ella. Tal rito, siendo secreto, no se realizaba en el templo de la diosa del Monte Aventino, sino en la casa privada de uno de los magistrados supremos. Aquel año se pensó que fuese en mi casa. En casa de César, pero sin César, porque el acto era exclusivo para mujeres. La norma era tan severa que las puertas y ventanas debían estar completamente cerradas, para que ningún hombre pudiera ver nada. Ni siquiera podía estar dentro de la casa un animal macho. En principio, como anfitriona, la responsabilidad recaía en mi esposa Pompeya. Pero mi madre Aurelia, muy estricta ella, también se encargó de la organización. Fue tarea de ambas.

Cuando el acto avanzaba, he ahí que descubren a un varón infiltrado. Vestido como una gran señora de Roma, y con el pelo y la cara cubiertos. ¿Quién podía ser aquella misteriosa figura? Publio Clodio, un joven romano muy rico, gamberro, casquivano y derrochador. En realidad, era Claudio, cambiado a Clodio, que era una variante popular de Claudio. Así se ganó su popularidad, porque, por lo demás, llevaba la fama más viciosa de Roma. Decían los rumores que el tal Clodio tenía una relación adúltera con mi esposa. Yo lo sabía, pero no le di importancia, porque era lo normal en las altas esferas de Roma.

¿Para qué hizo eso Clodio? –pregunto–. ¿Una simple gamberrada? ¿Un alarde de impunidad? ¿Relaciones sexuales con Pompeya? Una profanación tan grande, uno de los

sacrilegios más graves para los romanos, no podía quedar sin expiación. Clodio fue juzgado. Pero la familia de Clodio, aparte de ser muy rica, tenía grandes conexiones con los tribunales. Aunque incluso Cicerón había declarado en su contra, Clodio fue absuelto de todos los cargos. Eso también era normal en Roma.

La esposa de César juró y perjuró que aquel día no tuvo ninguna relación con Clodio. Y César la creyó, pero decidió divorciarse de la joven Pompeya, diciendo: «La mujer de César no solo debe serlo. También debe parecerlo».

– Tu querida Cleopatra parece que ni lo era, ni lo parecía.

– Pues no en vano le hice una estatua de oro en el templo de Venus Genetrix, al lado mismo de la diosa. ¿Por qué has dicho eso?

– En medio de toda la confusión que produjo tu muerte en Roma, Cleopatra se fue inmediatamente de Roma a Egipto.

– Eso no lo puedo saber, pero me parece lo más razonable.

Razonable o no, Cleopatra logró huir de Roma a Alejandría. Aquí asesinó a su hermano y cogobernante Ptolomeo XIV, para entronizar a su hijo Ptolomeo XV. Se casó con Marco Antonio, que andaba por el Este, y tuvo tres hijos con él. Resumiendo muchos conflictos cruzados, Antonio quedó a merced de Augusto. Cleopatra, encontrándose medio oculta en una emergencia, difundió falsamente que se había suicidado. Antonio lo creyó, y sintiéndose militarmente perdido, se suicidó. Al poco de enterarse, Cleopatra hizo lo mismo, esta vez de verdad, tomando el veneno de la serpiente llamada *aspidistra*. Y entre todo ello, para cerrar el círculo, el adolescente Cesarión, hijo de César, el cual no quiso reconocer su paternidad, y de Cleopatra, fue apresado y asesinado por orden de Augusto. Y finalmente, Egipto se convirtió en provincia romana.

– Yo no pude conocer todo eso –dice César–, pero mi objetivo último, Egipto, se cumplió.

– Sí tu objetivo último, pero no cumplido por ti.

– En verdad, eso me da rabia. El imperio se hizo grande, pero César, no tan grande como debía.

– ¡Me conmueve ver tan abatido a aquel famoso militar omnipotente!

– La omnipotencia tiene también puntos débiles. Tú has tocado la campana, pero no sabes a cuento de qué.

Un grupo de senadores me envió la petición de ir al Senado, diciendo que querían hacerme una propuesta. –El tono de César parece de otro mundo–. ¿Cómo empecé a subir las escaleras del Senado, yo solo? Marco Antonio ya me había advertido que no fuera. Mi honrada esposa Calpurnia trató de disuadirme, diciendo que en un sueño había tenido malos augurios. Por otro lado, a mí me habían llegado algunos rumores. Pero mi orgullo había crecido hasta crearme intocable. Al parecer, unos sesenta senadores tramaron la conspiración para acabar con el «tirano». Cayo Casio y Junio Bruto eran los cabecillas. ¡Bruto! El que siempre había sido de mi confianza y cuya madre fue mi fiel amante. Las ideas e intereses de los conspiradores en nada eran iguales, pero todos coincidían en la fechoría de aquel día. En el idus de marzo, 15, un grupo de senadores, cuando me dirigía al Teatro de Pompeyo, me paró y me condujo a una habitación junto al pórtico, donde me entregaron una propuesta. Cuando comencé a leerla, el que me la entregó, Tulio Cimber, me agarró de la túnica. Exclamé con cólera: *Ista quidem vis est?* (¿Qué tipo de violencia es esta?). Porque yo, por mi grado, era intocable. Entonces, el senador Casca sacó la espada y me hizo un corte en el cuello. Me giré en el acto y, golpeando el brazo del agresor con la punta de la pluma, le dije: «¿Qué haces, vil Casca?». Puesto que era un sacrilegio llevar arma alguna en las reuniones del Senado, Casca, atemorizado, gritó: «¡Ayudadme, hermanos!». Todos se abalanzaron sobre mí. Recibí veintitrés tajos, de los cuales solamente uno fue mortal: el que recibí en el pecho. Largo yo en el suelo en mi charco de sangre, fui capaz de abrir los ojos, y ahí veo a Marco Junio Bruto. «Tu quoque, Brute, fili mi?». ¿Tú también, Bruto, hijo mío?

- ¡Quieto, Bruto! ¡Esto déjame a mí! –grito.
- ¿Dejar qué? –se sorprende César.
- Voy a matarte yo.
- ¿Por qué?
- Porque yo también sé matar.
- ¡Estás loco! ¡Hace dos mil cien años que se consumó mi asesinato!
- Aquello está anulado.
- ¿Y yo qué? –salta Bruto.
- Tú aprende por qué tiene que morir César.
- ¡Psiquiatras del mundo! ¡Venid al espectáculo! –clama César.
- ¡Sí, César! Vengan todos los psiquiatras del mundo a atestiguar cómo mato tu memoria.
- ¡Loco, más que loco! ¿Vas a aniquilar a todos los artistas?
- El arte ha colaborado mucho en el crimen, pero esto no es cuestión de arte, sino de memoria.
- ¿Cómo vas a hacer eso sin matar a toda la historia?
- Muy sencillo. Hasta hoy has sido uno de los personajes más admirados de la historia. En adelante, serás uno de los mayores criminales. Y, gracias a ti y a figuras como tú, la *Historia de la Humanidad* se llamará *Historia Criminal de la Humanidad*.

## CLEOPATRA

- Yo, Cleopatra Filopator.
  - He oído, sí, tus gracias: reina-faraona de Egipto, amante de Julio César, esposa de Marco Antonio.
  - Olvidaste la gracia más grande.
  - ¿Más grande que las mencionadas? –me asusto.
  - La mujer más bella de la antigüedad. –Ha quedado como un hinchable vaciado.
  - ¡Oh! No eres la única vindicadora de la suprema belleza, pero sí. Tienes a la historia de tu lado.
  - ¡Pues sí que hemos empezado bien! –se deleita Cleopatra.
  - No tan bien. Yo creía que, por encima de la belleza, destacarías otro tipo de gracias.
  - ¿Como por ejemplo?
  - Tu figura me perturba. No tengo demasiado claro por qué te he elegido.
  - Pues no sé cómo puedo ayudarte.
  - ¡Cleo! –subo el tono. Tú fuiste alumna particular del famoso Filóstrato, escritora de tratados médicos, lingüista y conocedora de muchas lenguas. Además de tu griego koiné, hablabas etíope, troglodita, hebreo, árabe, siríaco, medo, parto y latín. Siendo tan lista e instruida, ¿cómo se explica tu historia?
  - Ahora diría que hemos empezado mal –se resiente Cleopatra.
  - No tan mal. Tú fuiste la última faraona de una dinastía y la primera en aprender el egipcio.
  - Por algo era hija de Ptolomeo XII.
  - ¡Vaya! ¡Mal hemos empezado!
  - ¿Qué de malo he dicho?
  - Ptolomeo I fue general y amigo íntimo de Alejandro Magno. Piensa cómo era este, y deduce cómo sería aquel.
- Ptolomeo II repudió a Arsínoe I y se casó con la hermana Arsínoe II. Y los dos juntos, hermano y hermana casados, establecieron el culto de su divinidad. «Dioses filadelfos». «Amantes mutuos».
- Ptolomeo III. Digamos primero que Antíoco II fue asesinado por su esposa Laódice I, envenendo. A continuación, Laódice hizo matar a Berenice, al hijo de ésta y a toda la corte egipcia. Ptolomeo III, como venganza, conquistó Siria y la destruyó totalmente.
- Ptolomeo IV asesinó a su hermano Magas y a todos los partidarios de este, para apropiarse del trono más fácilmente, y se casó con su hermana Arsínoe III.
- Ptolomeo V fue rey de Egipto desde que tenía cinco años, y perdió la mayoría de los territorios del reino ptolemaico.
- Ptolomeo VI se estableció en el poder desde niño, y de joven se casó con su hermana Cleopatra II. Antíoco IV lo apresó en una invasión, y tras caerse y levantarse muchas veces, murió en la batalla de Enoparo.
- Ptolomeo VII no parece que gobernara jamás en solitario. ¿Por qué? Porque lo asesinó Ptolomeo VIII. Este, por su gordura, era apodado Fiscón («barrigudo»). Se casó con la hija de su esposa, sin separarse de la madre. Esta puso a su hijo de gobernante, pero Fiscón atrapó al niño y lo asesinó.
  - ¡Uf! Temía perderme, y ahora estoy totalmente perdido. No entiendo lo que escribo. Es igual. Escribo para los demás.
- Ptolomeo IX gobernó al principio junto con su madre Cleopatra III. Primero se casó con su hermana Cleopatra IV, y luego con la otra hermana, Cleopatra Selene.

Ptolomeo X alternó el mando con el anterior. Mató a su madre, para lo cual envió a su hermano. Este, Ptolomeo XI, logró volver y, habiendo asesinado a su hermano Ptolomeo X, gobernó hasta su muerte.

A Ptolomeo XI le pidieron que se casara con su madrastra Berenice III, y al poco de casarse, asesinó a su madre. El pueblo de Alejandría, encolerizado, lo linchó.

Ptolomeo XII se apodaba Aulettes («el flautista») por ser más dado a la música, a las fiestas y banquetes, a emborracharse y tocar la flauta que al mando. Temiendo que le quitaran el poder, tras haber organizado otros muchos asesinatos, ordenó que asesinaran a su hija Berenice.

– ¡Cleo! –digo en tono confidencial–. ¡Ese era tu padre! Ptolomeo XII, «el flautista». Borracho. Asesino de su hija. Mira de qué cadena de ascendientes viniste al mundo.

– No sé dónde está el fallo –dice Cleopatra–. El matrimonio de hermanos o de madres e hijos o de padres e hijas era habitual en Egipto.

– ¿También asesinatos en serie entre familiares? –pregunto tembloroso.

– ¿Acaso existe otra forma natural de conseguir el trono?

– ¿Natural? ¡Me dejas de piedra!

A Cleopatra le parecerá natural que Marco Antonio se valiera de su autoridad como triunviro para ejecutar a Arsínoe IV, hermana de Cleopatra, por deseo de ella misma. El padre de esta, el mencionado borracho «flautista», estuvo exiliado durante un tiempo. En ese intervalo, pasó un año en la villa del triunviro Pompeyo, en las afueras de Roma. Y Cleopatra estuvo con él cuando tenía 11 años.

Berenice IV, otra hermana de Cleopatra, envió una embajada a Roma para defender su derecho al trono y oponerse a la vuelta al poder de su padre, pero el padre de Cleopatra, Ptolomeo XII, el «flautista» borracho, asesinó a todos los componentes de la embajada, ayudado por romanos poderosos decantados a su favor.

– ¡Borracho pero muy efectivo tu padre, eh! –la acometo.

– Yo era una niña y quería defender mis derechos. Ya te he dicho que esos procedimientos eran naturales.

– ¿Habitual y natural eran sinónimos en Egipto? –pregunto.

– ¿Qué quieres que distinguiera yo? ¡Tenía once años!

Vamos entonces a los 14 años. Había un joven oficial de caballería, Marco Antonio, el cual impidió que, a las órdenes de Gabinio, Ptolomeo XII, el «flautista» borracho, masacrara a los habitantes de Perlusio. Y ayudó al rescate del cadáver de Arquelao, marido de Berenice IV, muerto en batalla. Le hicieron un digno funeral real, y nuestra Cleopatra, con 14 años, viajó a Egipto con una expedición romana. También resultó estar allí Marco Antonio, el cual, años después, confesó que fue en aquella ocasión cuando se enamoró de Cleopatra.

– No me extraña –dice Cleopatra–. Con catorce años ya era yo consciente de mi belleza.

– ¿Captaste también la mirada de Marco Antonio?

– No especialmente. Entonces todos los ojos volaban sobre mí.

– Tu padre mandó ejecutar a Berenice IV y a todos sus ricos partidarios, y se apropió de sus bienes.

– ¿Tengo que repetirte la misma razón de antes?

– Si es con las mismas palabras, no merece la pena.

Marco Calpurnio, procónsul romano de Siria, envió a Egipto a sus dos hijos. ¿A qué? Seguramente, a negociar con los «gabinianos» (legionarios del militar romano Aulo Gabinio) y a reclutar soldados para la defensa de Siria contra los partos. Los gabinianos torturaron y asesinaron a los dos jóvenes.

– ¿Las torturas y asesinatos de aquellos dos hijos de Marco Calpurnio se produjeron con tu conocimiento e intervención o sin que supieras nada?

– Podía ser de las dos maneras –dice Cleopatra con frialdad–. No puedo recordar todos los detalles.

– ¿Las torturas y asesinatos de dos chicos son «detalles»?

Cuando tenía 24 años, Cleopatra y su colega de gobierno, su joven hermano Ptolomeo XIV, visitaron Roma. Fueron alojados en la villa de Julio César, llamada *Hortus Caesaris*. Lo mismo que a su padre Ptolomeo, César concedió a Cleopatra y a Ptolomeo XIV el estatus legal de «socio y amigo del pueblo romano». *Socius et amicus populi romani*. En realidad, no eran más que gobernantes leales, subordinados a Roma. Entre los que visitaron a Cleopatra en la villa de César estuvo el senador y famoso escritor Cicerón, al cual Cleopatra le pareció arrogante.

– ¿Recuerdas la visita de Cicerón?

– Algo recuerdo, sí. –dice Cleopatra difusamente–. Un anciano con cierta fama de orador.

– ¿Hablaste con él?

– Cruzamos algunos cumplidos. Para ser buen orador, me pareció huraño y desconfiado.

– Tampoco él sacó de ti una opinión muy favorable –le lanzo.

– Yo creo que vino más a fisgar que a visitarme. Como luego supe, le tenía ojeriza al propio César.

– Mucho más a tu futuro amado Antonio. Sabrás que a Cicerón lo mató Antonio, ¿no?

– ¿Sí? –Parece un falso asombro.

– ¿Y que exhibió en el Foro Romano su cabeza cortada, lanzando los insultos más descarnados?

– No recuerdo haber oído nada de eso.

– ¿Y que Fulvia, la esposa de Antonio anterior a ti, abrió la boca de la cabeza cortada, extrajo la lengua y la pinchó con la aguja de su cabellera?

– ¡Madre mía! –se espanta Cleopatra–. Parece una canción de cuna. De verdad que no recuerdo nada.

– ¿Y que liquidó a Quinto, hermano de Cicerón, y al nieto de este, y que solo se salvó su hijo Marco Tulio?

– Esos no sabía ni que existieran.

– No me extraña. «Detalles». Cuenta algo más grueso y que sepas.

Al morir mi padre Ptolomeo XII –se suelta Cleopatra–, mi hermano más joven, Ptolomeo XIII y yo ascendimos al trono como cogobernantes. Pero la ruptura entre ambos desencadenó enseguida una guerra civil en Egipto. Cuando en la segunda guerra civil romana, Julio César derrotó a Pompeyo en la batalla de Farsalia, este huyó a Egipto. Pompeyo fue aliado político de mi padre, pero mi hermano Ptolomeo XIII ordenó que tendieran una emboscada a Pompeyo y lo matasen, y eso es lo que sucedió. César, mientras tanto, persiguiendo a su enemigo ya muerto, ocupó Alejandría.

Como cónsul de la República Romana –continúa Cleopatra–, César quiso reconciliarnos a mi hermano y a mí, pero el principal consejero de mi hermano, el eunuco Potino, creyó que los términos de César eran más bien en mi beneficio. Y las tropas de mi hermano nos sitiaron a César y a mí en Alejandría. El sitio terminó con la llegada de los aliados de César, y mi hermano, el tal Ptolomeo XIII, murió al cabo de poco en la batalla del Nilo. Arsínoe IV, mi hermanastra, que lideró el sitio, se exilió en Éfeso.

Ahora continuaré yo –le digo–. Cleopatra tenía otro hermano más joven, Ptolomeo XIV. César, que de cónsul había pasado a ser dictador, nombró cogobernantes de Egipto a Cleopatra y al mencionado hermano más joven. «César nombró», digo, porque entonces Egipto era un «fiel subordinado» de Roma, o estaba forzado a serlo. Así llegó Cleopatra a ser reina-faraona de Egipto. No fue un dulce comienzo, porque Egipto sufría una gran hambruna a causa de la sequía. La crecida anual del río Nilo había sido muy pequeña. Además, el padre

de Cleopatra, Ptolomeo XII, dejó a su hija grandes deudas con la República Romana. Y es que fue más hábil en endeudarse que en gobernar.

- ¡Cleo! Has referido bien los pormenores bélicos, pero no has contado todo lo de César.
- ¿Qué más faltaba?
- Emprendisteis juntos una relación sentimental.
- ¡Oh! Para ser más exactos, él conmigo.
- ¿Como resultado de tu seducción?
- No lo sé. Mi belleza, entonces, era la envidia de todos.
- ¿Quieres decir que aceptaste por mero interés, para aprovecharte del poder de César?
- De todo un poco –admite Cleopatra–. Pero sé que cuando fui a Alejandría a verlo en persona, se quedó deslumbrado.
- ¿Como tú con él?
- No tanto. Estaba ya un poco aviejado.
- ¿Es por eso por lo que procuraste aparecer más bella de lo que eras?
- También eso es una propiedad de la belleza.

Por cálculo o por amor, César realizó con Cleopatra un crucero a través del Nilo, con el pretexto de ver los monumentos de Egipto. Según los profusos detalles que ofrece el historiador Suetonio, el viaje debió de ser bastante romántico. Era un barco de ocio llamado Thamalegos, enormemente grande para aquella época.

Construido por Ptolomeo IV, debía de tener 91 metros de eslora y 24 de alto. Como para causar asombro incluso según las dimensiones actuales. Equipado de comedores, camarotes de lujo, santuarios sagrados y lugares para pasear. A lo largo de sus dos cubiertas, un auténtico palacio flotante. Un mundo entre el cielo y la tierra. El viaje resultó fructífero, porque Cleopatra tuvo un hijo con César, conocido con el nombre de Cesarión.

- ¡Cleo! La relación con César, además de ese hijo, te trajo un gran poder. Pero César fue asesinado.
- No estarás sospechando de mí, ¿verdad?
- Ese pensamiento te ha venido a ti.
- ¡Pues, no! ¡De ninguna manera! No era necesaria mi intervención. El asesinato era un método corriente en las altas esferas de Roma.
- Parece que en Egipto también, según lo que estamos contando.
- En Roma, en Egipto y en cualquier parte.
- ¡Pues vaya historia más edificante la nuestra! –exclamo sombríamente.
- A la historia hay que ir desde la historia, no desde la filosofía.
- En eso me fío de tu palabra. ¡Cleo! He mencionado el asesinato de César, pero yo querría escuchar algo de tu propia boca.

Si a César lo asesinaron –habla Cleopatra–, está claro que no estaba bien visto por parte de todos. Yo misma como reina de Egipto, cuando estaba alojada en su villa, no era demasiado querida por los romanos. Pero yo tenía un hijo de él, Cesarión, y creía que él iba a ser nombrado sucesor. Craso error, porque César, prescindiendo de mi hijo, redactó su testamento a favor de su sobrino-nieto Octavio. Así subió al poder aquel Octavio que luego sería emperador, en su triunvirato con Marco Antonio y Lépido. Entonces yo, viendo que no tenía nada que hacer en Roma, ordené asesinar a mi hermano Ptolomeo XIV y coloqué a mi hijo Cesarión como cogobernante de Egipto, con el nombre de Ptolomeo XV. Me alié con el mencionado triunvirato, comencé una relación con Marco Antonio y tuve tres hijos de él.

- ¡Alto, Cleo! Eso es mejor que lo explique Antonio. ¿Tú, Antonio, podrías dar tu punto de vista?

Con el poder que yo tenía –habla Antonio–, Cleopatra veía seguro como heredero a un hombre de su sangre. Yo había estado casado con la hermana de Octavio. Me divorcié y me casé con Cleopatra. Esta se alegró porque los planes iban bien. También yo, ¿cómo no? Pero

Octavio se tomó muy a mal que me divorciase de su hermana, porque veía en peligro su sucesión. De ahí arrancó la cuarta guerra civil de la República Romana. Yo estaba seguro de que la ganaría, que la ganaríamos, porque tenía a Cleopatra a mi favor. Octavio obligó a mis aliados a huir de Roma y declaró la guerra a Cleopatra, y la flota de guerra de Cleopatra y la mía no fueron capaces de hacer frente a Octavio. El lugarteniente de Octavio, el general Agripa, nos derrotó en la batalla de Accio. A continuación, las tropas romanas invadieron Egipto y aniquilaron nuestras tropas. Vi perdida no solo la guerra, sino mi propia cabeza. Y en mi cabeza estaba Cleopatra.

Yo sabía –habla Cleopatra– que la intención de Octavio era llevarme a Roma para exhibirme en su desfile de la victoria. Mis entrañas no podían soportar la mera imagen de semejante espectáculo. Y para ocultarme, difundí que me había suicidado. Marco Antonio, sabedor de las graves consecuencias personales de su derrota, cuando oyó que me había suicidado, hizo lo propio. Y al enterarme, me suicidé, esta vez de veras. Di a morder mis pechos a unas víboras aspis, y los ojos y la belleza de Cleopatra se cerraron en el acto, para siempre.

– Has relatado muy bien el resumen trágico, pero tu relación con Antonio –quiero sacarle más información– fue larga y compleja.

– ¿Por qué compleja? –pregunta Cleopatra.

– Porque tus intenciones lo eran.

– ¡Yo no tenía en mi cabeza más que a Egipto!

– ¡Claro! ¿Acaso no se cruzaban en tu cabeza demasiadas curvas?

A ver si aclaramos algo más, arrancando desde más atrás. Es evidente que Cleopatra amaba a Antonio. Y Antonio a Cleopatra. Pero entra dentro de un sentido mínimo suponer componentes paralelos en el amor de una faraona-reina y de un triunviro romano. En un momento, Marco Antonio, que dominaba el Este del Mediterráneo, instaló su cuartel general en Tarso de Anatolia. Desde allí escribió algunas cartas a Cleopatra, proponiéndole un encuentro. Cleopatra responde que no. ¿De veras o queriendo ganar importancia? Por fin, el enviado de Marco Antonio, Quinto Delio, convenció a Cleopatra para que fuera a ver a Marco Antonio. Cleopatra habría sospechado que este buscaba también una relación personal y romántica con la reina, la cual navegó por el río Cidno hasta Tarso, en su colosal embarcación Thamalegos. En ella alojó durante dos noches a Marco Antonio y a sus oficiales, con banquetes de lujo. Allí lo convenció de que ella actuó siempre a favor de él en los conflictos entre los líderes romanos. Marco Antonio la creyó o decidió creerla. También allí lo convenció Cleopatra, como se ha dicho más arriba, para que ejecutara a su hermana Arsínoe IV. Una rival menos. Y que trajeran al *estratego* de Chipre de Cleopatra, para ejecutarlo.

– Y a cambio, Cleo, invitaste a Marco Antonio a visitar Egipto.

– Más bien por cortesía –dice Cleopatra con indolencia.

– Y le llevaste a visitar Alejandría.

– El pueblo de Alejandría le recibió muy bien.

– Y en tu cara se notó un contento especial –la incito.

– ¿Acaso el ser agradable no es una de las funciones de una reina anfitriona?

– Yo diría que elegiste a Marco Antonio con toda la intención.

– ¿Intención? –pregunta Cleopatra, haciéndose la tonta.

– Porque era la figura romana más poderosa después de la muerte de César.

– Cierto que era poderoso. ¡Muy poderoso! –como dándose cuenta en el momento.

Y Antonio siguió allí, en Egipto, disfrutando de la lujosa vida que había probado en el barco. Y Cleopatra, gracias a los poderes del triunviro Antonio, esperaba recuperar los antiguos territorios ptolemaicos, que estaban entonces bajo el dominio de Roma. También ello iba dentro del romance.

– Y la prueba clara de que fue una relación cálida y sincera –dice Cleopatra como acusando– es que tuve con Antonio dos hijos gemelos: Alejandro Helios y Cleopatra Selene. Marco Antonio los reconoció inmediatamente como hijos suyos.

– Pero no has dicho que en tu cabeza, a lo lejos, estaba asegurada la llegada de unos herederos.

– Solo digo que les pusimos como apellidos Helios y Selene. ¿Sabes lo que significan?

– Bonitos apellidos, sin duda. Sol y Luna.

– Que simbolizaban el rejuvenecimiento de la sociedad.

– ¡Ciertamente! –admito en tono de guasa–. Los símbolos son adorables, pero lo que tú esperabas de Marco Antonio fue que repitiese las hazañas de Alejandro Magno, conquistando a los partos y demás.

– Y luego –como si no hubiese oído nada–, tuve también otro hijo de Marco Antonio. Ptolomeo Filadelfo.

La campaña de Partia por parte de Marco Antonio resultó desastrosa. Perdió 30.000 hombres y se presentó borracho ante Cleopatra, para evitar el sonrojo de volver a Roma. Le dijo que había ido por el deseo de ver a su hijo recién nacido, lo cual podría tener algo de cierto, pero el motivo principal era ocultarse de Roma y buscar un atenuante de la derrota. Y para complicarlo todo aún más, antes de juntarse con Cleopatra, estaba casado con la romana Fulvia, con la que tuvo dos hijas.

– ¿También eso formaba parte del romance? –pregunto.

– A decir verdad –dice Cleopatra– no me hizo ninguna gracia.

– Pero tú estabas al tanto de ello.

– Pero mi posición era sólida en Egipto. Y gracias a Marco Antonio, mis dominios en el Este del Mediterráneo habían aumentado mucho.

¡Ay, pobre Cleo! Algunas cosas no te las puedo decir a la cara, pero es justo y saludable ofrecer una explicación más completa a tu fatal desenlace. No tienes por qué escucharla. La diré para mí mismo. Vuelve un momento al mausoleo.

Tú, Cleo, cometiste errores tan grandes como tus ambiciones. Y diría que Marco Antonio cometió otros aún mayores, influido, seguramente, por tus halagos. Componían el triunvirato Marco Antonio, Octavio y Lépido. A este último lo podemos descartar desde el principio, porque no era nadie. El Imperio Romano lo gobernaban dos fuerzas: Octavio el Oeste y Antonio el Este. Tú y todos creíais que Marco Antonio era más poderoso en cuanto a ejércitos. Y todos creíais, y en eso teníais razón, que uno de los dos iba a ser César, como Julio César. Tú, claro está, dabas por vencedor a Marco Antonio.

Un gran error tuyo y de Marco Antonio fue comenzar una relación como aquella, estando él casado con Fulvia, una mujer tan ambiciosa como tú y tal vez más temible. ¿Sabes cómo era ella? Igual que tú, consideraba ganador a Antonio. Pero contigo en la esquina. Y Octavio estaba en Roma. Y aunque Marco Antonio tenía más prestigio y mayores apoyos entre los senadores y potentados de Roma, la fuerza militar de Octavio era más hábil y mejor preparada. Fulvia, como tú, y como esposa de Marco Antonio, tenía planes, pero murió tras la batalla de Perugia. Y sus planes murieron con ella. Hay aquí muchos «peros», Cleo.

La muerte de Fulvia acarreó una galerna entre Octavio y Marco Antonio. Este estaba casado con Octavia, hermana de Octavio, con la que llegó a tener dos hijas. Otro gran error fue pensar que Octavia y tú seríais compatibles. Octavio comenzó a difundir en Roma que Marco Antonio arrinconaba a su esposa romana, la honesta Octavia. Y empezó a conceder honores especiales y privilegios sagrados a su hermana Octavia y a su esposa Livia Drusila, erigiendo estatuas monumentales en el llamado Foro de César, justamente a lado de tus estatuas y rivalizando con ellas, porque también tú estabas allí, colocada por Julio César.

Mientras tanto, Marco Antonio había querido negociar con el rey de Armenia para que vuestro hijo Alejandro Helios se casara con su hija. El rey de Armenia no aceptó. Marco

Antonio invadió Armenia, apresó al rey y a la familia real y los llevó a Alejandría, reproduciendo allí, en un desfile militar, la Victoria Romana. Marco Antonio, vestido de Dionisio, entró en la ciudad en una espectacular carroza, para entregarte los reales prisioneros. Tú estabas sentada en un trono de oro, sobre un tablado de plata. Y luego, en el Gimnasio de la ciudad, te vestiste como Isis y nombraste a Cesarión, hijo tuyo y de César, «rey de reyes», y a los otros dos (tuyos y de Marco Antonio), Helios y Filadelfo (este de apenas 2 años), al uno rey de Armenia y al otro, rey de Siria y de Silicia. Todas estas noticias fueron muy mal recibidas en Roma. Octavio, que llegaría a convertirse en el emperador Octavio Augusto, conocía muy bien el ambiente de Roma, porque él estaba allí.

No hay duda de que por parte de Cleopatra y Marco Antonio –habla ahora Octavio– fue un claro desafío hacia mí, fiados totalmente en sus fuerzas. Por ello, Marco Antonio y yo comenzamos una guerra de propaganda a muerte que al final, forzosamente, iba a dirimirse por las armas. El culmen de dicha guerra llegó cuando yo saqué el testamento de Antonio del templo sagrado de Vesta. Eso no se podía hacer de ninguna manera. Nadie podía llevarse nada de aquel templo sagrado, sacrilegio que yo cometí con plena conciencia. Aquel testamento decía que Cesarión, el hijo más o menos secreto de Julio César y Cleopatra, sería el heredero de César, que Alejandría se convertiría en la capital del Imperio, y otras cosas más.

Cuando se publicaron todas esas noticias, Roma montó en cólera. Yo, Octavio, vi en todo ello un claro *cassus belli*, y Roma, bajo mi mando, declaró la guerra, directamente a Cleopatra e indirectamente a Antonio, porque este tenía que ayudarle a ella. Resultado: la batalla de Accio. La flota de ellos era mucho mayor, pero la mía mucho más profesional. Su error fue haber calculado todas las operaciones como para no ganar. Eso es lo que hacen todos los perdedores.

– ¿Estás escuchando, Cleo?

– ¡Termina, por favor!

– El final fue que Antonio y tú preferisteis suicidaros antes que caer bajo el nuevo gobernante de Roma.

– ¡He dicho que termines!

– ¡Pero, Cleo! –la hostigo apuntándole con un dedo–. Tras la muerte de Antonio, dicen que intentaste seducir a Octavio, para continuar siendo quien eras. ¿Es cierto eso?

– ¡Es cierto, sí! –confiesa Cleopatra–. Pero Octavio era frío, y mis dones empezaban a decaer–. Se le cae la cabeza, como suele verse en una capilla ardiente.

– Octavio volvió a Roma y tomó el nombre de César Augusto, e inauguró el Imperio Romano, que se prolongaría durante 500 años.

– ¡Está bien! ¡Está bien! –gime Cleopatra–. Ya dijiste todo eso antes.

– Todo no. No te he dicho la mayor parte. Cuántas conspiraciones, cuántas traiciones, cuántos asesinatos, cuántas masacres ...

– ¡Los sé sin que tú me los digas!–. El mausoleo se ha resquebrajado como en una explosión.

– ¿Sabes lo que dicen sobre ti los famosos poetas romanos, tales como Horacio?

– ¿Ese poeta misántropo que –*Beatus ille!*– se retiró al campo, asqueado de Roma?

– No lo conozco tanto, pero dice lo siguiente: «Una banda de hombres viciosos la mantenía en su locura, y ella (tú), embriagada por la fortuna, creyó que la tendría siempre a su favor». Dice que celebró tu muerte con el mejor vino del tonel más viejo, porque, según él, tu existencia había consistido en encadenar funerales y carcomer los cimientos del Imperio Romano.

– ¡Y tú feliz, divulgando infundios tan burdos!

– ¡No, Cleo! Yo no estoy a favor de los ganadores, y mucho menos de Roma. Ganadores y perdedores erais elementos del mismo cuerpo.

Ahora voy a hablar susurrando, para que no te sientas más diosa de lo que tú creíste ser. Siempre me ha sorprendido la maravillosa imagen que la historia ha construido sobre ti: monedas, relieves, pinturas, bustos, estatuas ... En todas las partes del mundo conocido se

extendió tu imagen. Todo eso lo conociste tú mismo, y no voy a alargarme más. Lo que tú no sabes es cómo te convertiste luego en leyenda, durante dos mil años, hasta nuestros tiempos. Has sido protagonista de todas las artes, pinturas, literaturas, músicas, esculturas, teatros ... ¡Todos! Pensarás que estamos locos, pero es así.

Tu belleza se convirtió en un mito, aunque yo, en las reproducciones de tu época, en esas que debe suponerse que eran más verdaderas que las posteriores, no encuentro tanto milagro. También el cine ha utilizado tu figura, para realizar tantas películas malas como buenas. La más famosa, tal vez, *Cleopatra*, protagonizada por Elizabeth Taylor y Richard Burton. Por efecto de este film, en la década de 1960, las revistas femeninas comenzaron a publicitar cómo llevar maquillaje, vestidos, joyas, peinados al estilo «egipcio», como tú y Nefertiti. De paso, te diré que Nefertiti me parece más bella que tú, o al menos más elegante. ¿Que no? Da igual. No voy a entretenerme en cosas secundarias. En resumen, tu memoria ha sido, y es, una leyenda que ha entusiasmado a una gran parte de la humanidad. Incluidos tus detractores.

– ¿Qué tengo que ver yo con toda esa historia? –pregunta Cleopatra, dolida.

– ¡Vaya! ¿Estabas escuchando?

– En tu cara y en tus gestos se podía leer todo. ¡Te habrás quedado consolado!

– No del todo. Falta lo más fuerte.

– ¿Que falta lo más fuerte, después de oír todo lo que he oído? –con sus ojos convertidos en búhos–. ¿Para qué has abierto este mausoleo?

– ¡Para matarte! –prorrumpo señalando su frente.

– ¡Pero sí ya lo hice yo misma!

– No basta. Tengo que matarte yo.

– ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¿Cómo vas a matar a alguien ya muerta? –se burla Cleopatra.

– Mataré tu memoria.

– ¡Eso sí que es de risa! Mi memoria no está en mi mano.

– Pero sí en la mía.

– ¿Acaso no acabas de decir que soy una leyenda?

– ¡Lo eras! En adelante serás una memoria maldita.

– ¿Qué significa eso exactamente?

– Que en adelante serás una de las figuras más criminales de la historia.

– ¡Antonio querido! ¿También esto tenía que sucedernos?

## ALEJANDRO MAGNO

- Yo, Alejandro Magno.
- ¿Qué es esa «magnitud»?
- Rey de Macedonia, Hegemón de Grecia, Faraón de Egipto, Gran Rey de Media y Persia, Hijo de Zeus.
- Larga y diversa relación. ¿Cuál es el resultado de todos esos títulos?
- El imperio más grande que jamás existió y que podía existir hasta el presente.
- ¿Y el más efímero?
- No sé a qué te refieres.
- Después de tu muerte, el imperio se rompió. Grande sí, pero no sólido, al parecer.
- No sé lo que pasó después de mi muerte.
- Siendo hijo de Zeus, podías haber previsto algo.

Alejandro agacha la cabeza, como queriendo ver algo dentro de sí. No parece que haya encontrado nada inesperado.

Para empezar, Alejandro –quiero recordarle–, en los siguientes 20 años de tu muerte, se desarrollaron graves luchas entre tus generales, en pos del poder. Por ejemplo, Casandro, tu amigo y general de confianza, asesinó a todos tus familiares y herederos: a tu madre Olimpia, a tu esposa Roxana, a tu hijo Alejandro, a tu amante Barsine, y a tu otro hijo, Heracles. Casandro quería mandar en el reino de Macedonia, pero también a él le arrebató todo el hijo de Antígono Demetrio, fundando la dinastía antigónida. Ahí se acabó la dinastía argéada de Casandro.

Tu general preferido, Ptolomeo, desde el primer momento, se adueñó de Egipto, creando la dinastía ptolemaica. El goloso Seleuko se apoderó de Asia Mayor, fundando la dinastía seléucida. Por último, el astuto Lisímaco conquistó Tracia y Asia Menor, aunque no logró crear dinastía. Así quedó tu inmenso legado, que iría partiéndose cada vez más. Solamente quedó entera tu fama, que, eso sí, iría agrandándose cada vez más.

– ¿Te parece poco? Piensa que morí en Babilonia con 33 años, de vuelta de la campaña de Asia.

– ¡Vaya! ¡Treintatres años! Me has inspirado un llamativo paralelismo. Pues, te diré que, en nuestro calendario, se cuentan los años y los siglos como «antes de Cristo» y «después de Cristo». Tú no puedes haber oído ese nombre, porque nació tres siglos y medio después de ti, en la Judea que tú dominaste por completo. También él murió a los 33 años. Quisiste conquistar el mundo. Tú militarmente, él moralmente. Y lo más curioso: él era «hijo de Dios», y tú «hijo de Zeus», ambos mediante un nacimiento «virginal».

– ¡Pues sí que parecen grandes semejanzas! –exclama Alejandro, moviendo la cabeza, como ofendido.

–¿Tú creías de verdad que eras hijo de Zeus o de Dios?

– ¿Cómo no lo iba a creer, si lo era?

Alejandro llevaba siempre en su mente el nudo gordiano. Pasó un invierno en la ciudad llamada Gordión, capital de la antigua Frigia, a la espera de refuerzos. Había allí un famoso carro real, atado a un nudo muy difícil de desasir. Según el oráculo de Gordión, «quien acertase a desatar aquel nudo conquistaría Asia». Alejandro, con toda paciencia, lo consiguió. O perdida la paciencia, lo cortó con su espada. Sea como fuere, tras aquel hecho estalló una terrible tormenta, que se tomó como señal de que Zeus daba su aprobación. Alejandro asumió dicha interpretación con sumo agrado, tanto por la relación con Zeus como, en igual medida, por aquella excitante «conquista de Asia».

– Mis éxitos y victorias –habla Alejandro– solo podían ser tan predeterminados por deberse a las órdenes de las fuerzas divinas. De hecho, nunca sufrí derrota alguna. No tenía más remedio que llamarme a mí mismo «hijo de Zeus».

– ¿Por eso reclamabas el estatus de un ser divino?

¡Pues, sí! –habla Alejandro–. Mi linaje estaba unido a mis dos héroes favoritos de la antigüedad, Aquiles y Hércules. Mi creencia no se debía a un delirio. Mi propia madre me concedió la divinidad, porque ella me dijo que mi nacimiento había sido «virginal», fecundado milagrosamente por el propio Zeus mediante un rayo. Mi nacimiento se vio rodeado de grandes señales y milagros, y aquella noche una brillante estrella lució sobre Macedonia. Mi madre, antes de quedar embarazada, soñó que un rayo caía sobre su vientre. Filippo II, que creía ser mi padre, se enfadó mucho, hasta el punto de acusar a mi madre de adulterio, porque soñó que el vientre de su esposa estaba sellado con la cara de un león.

– ¿Todos esos acontecimientos acaso no se parecen más a un cuento?

– Puestos así, toda la vida es un sueño.

Treintatrés años. Hijo de Dios, hijo de Zeus. Ambas concepciones, virginales. En una, la paloma; en la otra, un rayo. Una estrella en Judea, una estrella en Macedonia. Demasiadas coincidencias para ser una casualidad.

– Hay también una historia sobre tu origen que no se parece a las anteriores.

– Podría ser. Todo el mundo quiere hablar de mí.

– Pero esta no parece un cuento.

– ¡Suéltalo! Escucharlo no cambiará el hecho.

Un faraón de Egipto, Nectanebo II, llegó a Grecia huyendo, cuando los persas volvieron a invadir su país. Fue admitido en la corte de Filippo como «mago». Personificado como el dios Amón de Egipto, convenció a Olimpia para que engendrara un hijo, el cual salvaría ambos países. Y Olimpia consintió. El faraón mago pasó unos años en aquella corte, hasta que murió en un paseo nocturno. ¿Cómo murió? Alejandro supo aquella misma noche que su verdadero padre era Nectanebo II. Filippo II se tomó muy a mal la noticia, lanzó a Nectanebo a un pozo, y así murió el mago.

– ¿Qué dices de todo eso? –pregunto.

– Era yo muy joven o un niño. Identificar a personajes o clases de personaje que pasaban por nuestra corte es más difícil que contar las burbujas que deja una ola.

– Pero, ¿quién era tu verdadero padre? ¿Filippo o Nectanebo?

– Me basta con ser hijo de Zeus.

La historia dificulta bastante creer que su verdadero padre fuera Filippo, porque la llegada al trono de Alejandro no fue nada fácil. Filippo desterró a madre e hijo, al considerar a Alejandro hijo adúltero. Los amigos de Alejandro fueron también desterrados por una posible conspiración. Filippo muere asesinado y Alejandro se hace con el poder, liquidando a todos los rivales que pudieran reclamar el trono.

– ¡Caramba! –me agito–. ¡Tampoco tú comenzaste con más benevolencia que tu supuesto padre!

– Los comienzos y los finales necesariamente tienen que ser duros. En medio puedes permitir cierta flexibilidad.

– ¿Dónde se sitúan tus comienzos? Tus cronistas nos han dejado pocas noticias sobre tu infancia.

– Mi infancia fue rigurosa, pero también bonita.

Leónidas de Epiro –habla Alejandro– fue un maestro macedonio austero y duro. Daba clases a los hijos de la nobleza más alta. Y mi padre Filippo –diga yo de una vez «padre»– me puso en sus manos. Al principio, el maestro me obligaba a ir en ayunas. Yo aguantaba por orgullo, pero luego pensé: «¿Acaso un hijo de Zeus debe andar así?». Una vez le dije: «¡No puedo!». Y él: «Pues empieza a venir comido». Pero venir comido era venir quitando al

hambre una cuarta parte. Yo venía quitándole la mitad, y no me pidió cuentas. Yo creo que él no lo notaba, porque, poco a poco, iba bien comido. Seguramente, quería meterme miedo, pero yo le pillé el truco. Me di cuenta de que los maestros no son capaces de controlar las condiciones y temas que ellos mismos quieren imponer. Enseñan para lucirse como enseñantes. Me obligó también a hacer ejercicio corporal, y eso me serviría luego. Por algo gané en los Juegos Olímpicos, siendo aún adolescente, algunas carreras de carros. Se ocupó también de mi educación, pero ahí no recibí más allá de lo que daba mi instinto. Menos mal que apareció Lisímaco, el adorable maestro de las letras. Me llamaba Aquiles, y a mi padre, Peleo. Aprendí de memoria los poemas de Homero y tenía la *Ilíada* debajo de mi cama, todas las noches. Leía también con ganas al historiador Heródoto y al poeta Píndaro.

– Pues serías el primer militar culto.

– Como tú digas, pero en la milicia la cultura solo sirve durante el descanso.

– Tú, incluso en la guerra, tuviste como fiel biógrafo a Calístenes, sobrino de Aristóteles.

– Así era, en efecto. Los dioses actuaron generosamente conmigo.

Se suelen contar muchas anécdotas sobre la infancia de Alejandro –habla Calístenes–. La más famosa, tal vez, la del caballo. Filipo II compró un caballo grande al que nadie podía montar, ni domesticar. Alejandro, siendo aún niño, se percató de que al caballo le asustaba su propia sombra, y lo montó dirigiendo su mirada al sol. El caballo no veía su sombra, y Alejandro pudo domesticarlo sin problemas, hasta conseguir que al animal no le diera ningún miedo su sombra. El caballo se llamaba Bucéfalo («cabeza de buey»), y le dijo el padre: «¡Hijo! Busca un reino que corresponda a tu grandeza, porque Macedonia se te queda pequeña». Alejandro tomó al animal para sí por siempre, y murió en la batalla de Hidaspes, cuando el chico tenía ya treinta años. Es más probable que muriera de agotamiento y de viejo, justo donde Alejandro, en honor al caballo, fundó la ciudad de Alejandría Bucéfala.

– ¡Aquel caballo –suspira Alejandro entre lágrimas– fue tres cuartos de mi alma!

– No voy a preguntarte –digo yo– cuál o qué era la otra cuarta parte, porque esas metáforas irregulares no son propias de un militar rematadamente guerrero.

– ¡Pues, mira! Cuando comencé a ir a las clases particulares de Aristóteles montando a Bucéfalo ...

– ¡Alto! ¿Has dicho Aristóteles? –me sorprende.

– Aristóteles de Estagira. Mi padre me encomendó a él desde los 13 hasta los 16 años.

– Pero Aristóteles, para entonces, tenía terminada la mayor parte de su obra.

– No lo sé. Yo, retirado él en la ciudad de Mieza, acudía cada mañana a su estancia, aunque no creo que aprendiera todo lo que quiso enseñarme.

– ¡Increíble! –me asombro de nuevo y más–. Después de haber desarrollado todo su inmenso saber, ¿el estagirita se dedicó a preparar a un militar esencialmente guerrero?

– Cuando yo tenía 16 años, me dijo: «Eres demasiado joven. Espera un poco para participar en las batallas». Yo le respondí: «Si espero, perderé la osadía de la juventud». Y él me dijo: «¡Adelante entonces! Poner límites a los jóvenes y ampliárselos a los viejos no es camino para agrandar un reino».

Me he quedado estupefacto. ¿Aquel célebre Aristóteles, que aparecía en casi todas las asignaturas, fue educador de un militar esencialmente guerrero? No voy a anular todo, pero tengo que resituar su figura. Sea como fuere, la cuestión es que Alejandro Magno fue influido por Aristóteles en sus expediciones militares, sobre todo en las de Asia, porque llevó consigo a un amplio grupo de expertos tales como zoólogos, botánicos, investigadores y demás. Aprendió mucho de su maestro sobre las costumbres y tradiciones de los persas. Con el tiempo, sin embargo, disminuyó su consideración hacia él, porque vio en sus viajes que, en la geografía del maestro, la mayor parte era errónea. Por fin, el viejo filósofo difundió sus obras al público, y Alejandro se quejó, diciendo:

– No has hecho bien publicando tus doctrinas acromáticas (ocultas). ¿Cómo voy a superar a otros hombres si esas doctrinas en las que he sido entrenado van a ser propiedad común de todos?

– ¡Pero Alejandro! –se enfada Aristóteles–. ¿Quieres conquistar militarmente el mundo entero, y quieres el conocimiento para ti solo?

– Algunos conocimientos tienen que ser de una minoría –insiste Alejandro–. Si los pones a disposición de todos los humanos, ¿cómo quieres que estos puedan ser conquistados?

– Entiendo el argumento, pero estate tranquilo –dice Aristóteles–. Mis obras llegarán a muy poca gente. Y en las tierras que tú quieres conquistar no conocen a Aristóteles más que los cordones de sus propios zapatos.

– Pero el peligro sigue ahí, y yo no puedo permitir que ningún peligro me preceda.

– ¡Mira que eres terco! –solía ser al final el único argumento de Aristóteles.

El dominio del saber y aquella ansia infinita de conquista solo podían encajar en alguien que se creía hijo de Zeus. Sin negar la influencia del maestro, hay que suponer en él un instinto natural, si es que el «universal» de Aristóteles no lo entendió sobre sí mismo. De hecho, esa seguridad en sí mismo comenzó a practicarla claramente cuando su padre lo asoció, a los 16 años, a las tareas de gobierno. Recibía personalmente a los representantes persas, deseosos de que Macedonia pagara los grandes tributos que pedía Darío. Alejandro les hablaba amable y dulcemente, y así, sin ellos percatarse, conseguía información de los caminos terrestres y marítimos, y de la preparación del ejército persa. Todo muy valioso para las acciones que desarrollaría en el futuro. Con solo 18 años, comandó la caballería macedonia en la batalla de Queronea. Aquel mismo año fue nombrado gobernador de Tracia.

La carrera de Alejandro ascendía fulgurante, hasta que en su casa ocurrió una inquietante novedad. Su padre, Filipo II, volvió a casarse. Ello podía poner en peligro el derecho al trono de su hijo, por lo que este se enfadó vivamente con su padre. En la boda se produjo un grave enfrentamiento entre padre e hijo.

– Tú, Alejandro –le acometo–, casi reventaste aquella boda. ¿Fue a propósito o a consecuencia de la bebida?

– La bebida me daría valor, pero mi conciencia estaba plenamente lúcida. Ya te dije antes que no permito que el peligro vaya por delante de mí.

– ¿Y se te quedó en la memoria para siempre?

– ¿Cómo no iba a quedármeme, si mi padre me mandó al extranjero?

El nuevo suegro de mi padre –habla Alejandro–, poderoso noble macedonio llamado Átalo, pidió que el nuevo matrimonio diera un heredero legítimo, porque mi madre era una princesa de Epiro. Y la nueva esposa de Filipo, siendo ella macedonia, daría un heredero enteramente macedonio, y no uno medio macedonio y medio epiense, como decían que era yo. Vi que podía ser apartado de la sucesión de Filipo, me encolericé y lancé una copa a la cara de Átalo, diciéndole: «¿Y yo qué soy? ¿Un bastardo?».

En aquel momento, mi padre Filipo se acercó a poner orden, pero como estaba totalmente ebrio, tropezó y se fue al suelo, y yo no pude resistirme a la burla: «Quiere atravesar Asia y no es capaz de pasar de una cama a otra sin caerse». Mi padre, encolerizado, nos desterró a Olimpia y a mí a Epiro. Para evitar una conjuración, ordenó también el destierro de todos mis amigos. Por suerte, me perdonó más tarde, o se sintió obligado a perdonarme. Al parecer, se dio cuenta de que yo, su hijo, no podía quedarme apartado.

– ¿Arrepentido, tal vez, por una muerte cercana? –pregunto.

– ¡Qué va! –dice Alejandro con aire de total desprecio–. Mi padre fue asesinado por el capitán de su guardia, Pausanias. Sospeché que fue una conspiración tramada por mi madre Olimpia, a la que, por si acaso, no le pregunté nada.

La cuestión no quedó solo en sospecha. Alejandro mandó matar a un numeroso grupo de la familia de su madrastra Cleopatra, para que no quedase vivo nadie que pudiera reclamar el trono.

– ¿Ese método te lo enseñó Aristóteles? –pregunto con verdadera curiosidad.

– ¿Qué otro método existe para que quede uno entre tantos?

– ¡Y ese uno, con 20 años, se sienta en el trono de su padre! –le digo, enfatizando mi asombro.

– Poco tiempo estuve sentado en el trono.

Eso me lo creo. Muchos pueblos bajo el mando macedonio se aprovecharon de la muerte –o asesinato– de Filipo II, para comenzar a sublevarse. Alejandro Magno utilizó los primeros años del mandato para implantar su autoridad en dichos pueblos. Al poco de ser entronizado en Macedonia, lleva a cabo una exitosa campaña en los Balcanes, confirmando el control sobre Tracia e Iliria, hasta las inmediaciones del río Danubio. Cuando está saboreando las mieles de la victoria, recibe el aviso de que la ciudad de Tebas se ha sublevado, apoderándose de una guarnición de Macedonia. Alejandro reacciona a la velocidad del rayo, emprendiendo un viaje de casi 600 kilómetros hasta Tesalia y consolidando en el camino el dominio de todos los territorios. Seguidamente, se dirige hacia Ática y aplasta la sublevación de Tebas, que opuso una resistencia salvaje. Mató a miles de personas y destruyó y redujo a escombros la ciudad, excepto la que había sido la casa del poeta Píndaro. Incluso en la destrucción hay un espacio para la poesía. Tras ejecutar a los sublevados, entrevistó a un gran número de ciudadanos, y más tarde ordenó la reconstrucción de la ciudad.

Tras la devastación de Tebas, se erigió en líder de la llamada Liga de Corinto, en la cual las ciudades de Grecia habían acordado unos objetivos de defensa y ataque. Alejandro, como hegemon de toda Grecia, empleó su nueva autoridad para poner en marcha el proyecto panhelénico soñado por su padre, a saber, la conquista del extenso imperio de Persia. Así, asumió el liderazgo de todos los griegos para aquella conquista.

– Pero los griegos te hicieron un recibimiento muy extraño, por no decir despectivo. Te cerraron las puertas.

– ¡Alto ahí! –exclama Alejandro, sacudiendo la mano–. No me cerraron las puertas como muestra de sublevación, sino por miedo a lo sucedido en Tebas.

Yo les tenía mucho respeto –habla Alejandro– a los filósofos, al arte y a la cultura de la ciudad. Así, como era mi costumbre en situaciones similares, les envié una carta, a la que respondieron: «Estamos discutiendo si presentar batalla o dejarte entrar». Entonces, en otra carta, les propuse dejar mi ejército fuera y entrar yo solo. No me respondieron, y entendí que aceptaban. Así pues, entré en Atenas acompañado de un pequeño grupo. Una vez dentro, Atenas reconoció mi autoridad, en un gesto de tomarme como hegemon de toda Grecia. Una vez confirmada la hegemonía de Macedonia, fui proclamado jefe de todos los generales. Numerosos políticos e intelectuales, tanto desde la lejanía como de la cercanía, se acercaron a mí para felicitarme.

– ¿Solamente ellos? –pregunto con malicia.

– ¡Ellos y muchos más!

– ¿Acaso no hubo alguien muy especial?

– ¿Hm? –duda Alejandro.

– ¿No andaba por allí, en los Juegos Ístmicos de Corinto, un tal Diógenes de Sinope?

– ¡Ah, sí!

– ¿Y?

– Me avergüenza contarlo.

Alejandro creía –habla Diógenes de Sinope– que también yo acudiría a él para felicitarle, pero no le di ese gustazo. El propio Alejandro vino a visitarme, y me encontró en el barrio de Cranio, tumbado al sol. Al ver un gentío que se me aproximaba, me incorporé un poco, y

Alejandro me miró a la cara. Tras habernos saludado, me preguntó si necesitaba algo. Respondí: «Solo una minucia: apártate un poco, que me tapas el sol». Alejandro, como luego él mismo confesaría, «quedó tan afectado y maravillado del espíritu de altivez, desprecio e independencia de aquel hombre», que dijo a sus acompañantes: «De no ser Alejandro, estaría encantado de ser Diógenes». No hay duda de que, con esa contraironía, Alejandro intentó superar las risas y mofas de sus acompañantes.

– Te volvió a decir algo con un propósito más profundo que el de avergonzarte.

– No lo recuerdo –dice Alejandro.

Pues lo contaré yo. Encontró a Diógenes revolviendo un montón de basura. Cuando Alejandro le preguntó qué buscaba, él respondió: «¡Pues, mira! Busco huesos de esclavos, pero no encuentro diferencias entre estos y los de tu padre». Estaba claro que Diógenes despreciaba a Alejandro, pero este nunca se atrevió a tomar represalias contra él. Dejo el sarcástico paréntesis de Diógenes y le digo:

– Estabas ansioso por cruzar el Helesponto (estrecho de Dardanelos). ¡Lo que hace el deseo de venganza!

– No te negaré –dice Alejandro– que tenía el ardiente deseo de vengar los daños que durante siglos infligieron a los griegos las inmensas regiones de Persia. Pero tengo que aclararte que el objetivo principal era recuperar todas las ciudades costeras de Asia Menor y las islas del mar Egeo.

– Pues yo diría que tu deseo –insisto– iba claramente más allá.

– Eso es secreto militar.

¡Y se ha quedado tan ancho! Como si el «secreto militar» fuera una razón ontológica. Pues, no solo «yo diría» sino que es cosa sabida que Alejandro iba a por el imperio de Persia. Formó un ejército de 40.000 hombres con macedonios y aliados griegos, cruzó el Helesponto, y ya en tierra asiática, en la batalla de Gránico, se lanzó sobre el ejército persa, también de 40.000 hombres. Alejandro sometió con facilidad al enemigo, aunque también él mismo estuvo cerca de la muerte, cuando un persa le alcanzó por la espalda. Menos mal que Clito, su hombre de confianza, se percató a tiempo y mató al enemigo persa. A pesar de tal percance, Alejandro pensó: «¡Qué comienzo más fácil!». Por algo hizo anteriormente una pequeña parada en Troya, para honrar la sepultura de su ídolo Aquiles. Todo pintaba bien, y la victoria trajo matrimonios masivos entre soldados macedonios y mujeres de las ciudades liberadas.

– Y a esos soldados recién casados –afirma orgulloso Alejandro– los envié a Macedonia, para que pasasen el invierno con sus esposas.

– ¿Esa mezcla fue un premio o una táctica muy meditada?

– ¿Dónde está la contradicción? –pregunta Alejandro, abriendo sus manos en gesto de evidencia–. Yo era el caudillo de Grecia y el portador de la mayor cultura del mundo.

Dicho pensamiento lo corroboró en la batalla de Isos, una pequeña llanada cerca de Siria, entre montes y mar. El rey de Persia Darío dispuso de 600.000 soldados frente a los 50.000 de Alejandro. Y Darío sufrió un desastre tal que huyó al amparo de la noche, abandonando en el campo de batalla sus tesoros, armas y el manto de púrpura. Su madre Sigisambis, su esposa Estatira y sus dos hijas, Dripetis y Barsine, fueron confinadas en una tienda de lujo. Precisamente, Alejandro se casó con Barsine, y su íntimo amigo y comandante Hefestión con Dripetis. Como si hubiera sido una romería de la nueva juventud.

– Es difícil creer –le digo amohinado– que toda esa devastadora operación hubiera sucedido con la «entera» voluntad de todos.

– ¡Pues, sucedió! –afirma rotundo–. Mi plan no era solo militar, sino que, además, buscaba la fusión de etnias y culturas diferentes.

– ¡Ah! –me caigo del guindo–. Creo que voy entendiendo algo.

– Mi matrimonio fue del agrado de Zeus, porque la siguiente batalla, la de Gaugamela, mi batalla más importante, la gané sin despeinarme.

Los expertos aún no se explican cómo un ejército de entre 40.000 y 50.000 hombres pudo destrozarse al de Darío, entre cinco y diez veces más grande, de 200.000 a 500.000 hombres. La mitad de estos murieron en batalla. Por parte de los macedonios y aliados griegos, solo hubo 5.000 bajas, incluidos los heridos. Después de tal desastre, Darío huyó de nuevo, dejando Babilonia en manos de Alejandro. El macedonio estaba a las puertas del territorio de Persia. No en el mismo momento, pero también conquistó Egipto.

– Lo de Egipto, más que conquista, fue un recibimiento triunfal. Me tomaron como un libertador, pues también ellos estaban hartos del dominio persa.

– ¿O sin fuerzas para enfrentarse a ti?

– De todo un poco, pero, sobre todo, asqueados de Persia. Incluso, por decisión de los ciudadanos, y sin que yo lo hubiera pedido, me nombraron faraón en Menfis.

– ¿No habría habido en todo eso «un poco de todo»? Por algo dice tu cronista Calístenes que, antes de entrar, pronunciaste una exhortación, gritando: «¡Abrid, si no queréis provocar la cólera de Ares!». Ares, el dios griego de la guerra.

– Piensa lo que quieras, pero el antiguo Egipto me emocionó. Si se me hubieran enfrentado, no sé si me habría atrevido a destrozarse una cultura como aquella.

Aunque el primer principio operativo sea no creer totalmente a un militar, los egipcios han dejado numerosos testimonios grabados en piedra, sobre la estancia, sucesos y deseos de Alejandro. Fue honrado como rey-dios a la manera de los antiguos faraones, y ese tratamiento le llenó de autocomplacencia, pues creía que era lo que le correspondía. Y en ese ambiente de optimismo, fundó la famosa ciudad de Alejandría.

– Poniéndole justamente tu nombre.

– Lógico, ¿no? –pregunta envanecido Alejandro.

– Una o dos no están mal, pero tus cronistas dicen que fundaste 50 ciudades con tu nombre. Por ejemplo, Alejandría de Oxiana y Alejandría de Aria.

– ¿50? No son muchas para haberlas hecho yo, ¡pero tantas! –se sorprende él mismo de su grandeza.

– Repasa tus memorias. A veces te llevarás un buen susto.

– Yo no miro atrás. Ya es bastante grande lo que hay delante para verlo entero.

– Y todo listo para invadir el imperio de Persia.

– ¡Con toda la furia!

Acabamos de indicar que, en la importante batalla de Gaugamela –habla Alejandro–, comenzaron la fulminante decadencia del imperio persa y la caída del rey Darío III. Casi no tuve más remedio que seguir avanzando. Entré en la ciudad de Susa, ocupando en el camino algunas ciudades y asegurando líneas de abastecimiento. De Susa pasé a Persépolis, que es la capital del imperio aqueménida. Allí no encontré mucha resistencia, pero, por si acaso, quemé el palacio de la ciudad, para que vieran hasta dónde podía llegar mi ánimo. Se rindieron hasta el punto de pedirme permiso para tumbarse a la sombra. Me puse en marcha persiguiendo a Darío, de quien sospechaba que estaba preparando un ejército nuevo. Y he ahí que lo encuentro asesinado por sus propios nobles, al mando del general Bessos. Honré a mi rival y enemigo Darío, cubriéndolo con el manto de púrpura que había abandonado en la batalla de Isos. Celebré en su honor funerales reales y prometí a su familia que perseguiría a sus asesinos, a Bessos y a los que iban a su mando. Pronto y bien que los cacé.

– Los cazaste, ¿y?

– ¡Al otro mundo!

– Y te veneraron como la nueva autoridad de Persia.

– Nueva autoridad y rey de reyes –confirma un Alejandro crecido.

– Y para mezclar élites macedonias y persas, promoviste matrimonios mixtos masivos.

– No hubo necesidad de obligar. Los hombres macedonios estaban ansiosos por las bellezas del lugar, y ellas buscaban el cariño de los macedonios.

– ¡Mira, Alejandro! Dentro de todo ese poderío, hay algo que me produce risa, si me lo permites.

– Te costará superarme en humor.

– Desde que era niño, al oír tu epíteto –Magno, Grande–, imaginaba siempre a alguien monumental. Caballo Grande, Gorila Grande ... Pero tú –no puedo aguantar una pequeña risa– no eras más que ¡«uno sesenta»!

– Pero todos te dirán que era de bella presencia.

– ¡Ya, ya! Cutis blanco, nariz aguileña hacia la izquierda, cabello amarillo medio ondulado, la cabeza algo caída hacia el hombro derecho ...

– ¿Acaso son desfavorables esas características?

– Muy favorables, dado que eras zurdo. –Me giro hacia el sol y suelto un estornudo. «Dominus tecum». El Señor esté contigo. –Digo muy favorables, porque, entre tantas sangrientas batallas, tuviste un encuentro incluso con las Amazonas.

– Fue ciertamente bonito.

– ¿Solo bonito? Tus biógrafos dicen que anduviste embobado.

– ¡No era para menos!

Las Amazonas –habla Alejandro– eran un pueblo de mujeres guerreras, cuya deidad principal era Diana, y su fundador, el dios olímpico Ares. Desarrollaron una sociedad matriarcal hacia el norte del mar Caspio, en Asia. Un día, menuda sorpresa cuando me visitó la reina amazónica Talestris, acompañada de 300 mujeres guerreras. Mayor sorpresa fue que me propusieran tener hijas con ellas, para conseguir así mujeres herederas de ascendencia guerrera y noble. Como puedes imaginar, no opuse mucha resistencia.

– ¿Nacieron niñas «nuevas»?

– No puedo asegurártelo. A los nueve meses andaba yo metido en una dura batalla, lejos de allí. Había estado trece días encerrado con las Amazonas, y algo debió de salir de ello.

– ¿Te amancebaste con 300 amazonas, incluida la reina Talestris?

– No tuve tiempo para andar contando. Desde luego que sí con la reina Talestris, porque fue la primera.

– ¡Pero, Alejandro! ¿Es verdad lo que estás contando?

– ¿Cómo no? Un suceso como ese no puede recordarse ni olvidarse de no haber sido verdad.

– Podía haber sido un delirio, puesto que caíste herido más de una vez, incluso de gravedad en alguna ocasión.

– ¿Acaso estás tomando por loco al militar más victorioso de la historia?

– ¡Pero, Alejandro! Jamás ha existido un pueblo así. ¿Cómo puede creer tal fantasía alguien que ha sido un alumno educado por Aristóteles?

– Aristóteles me enseñó ideas más imposibles que esa.

– Eso me lo creo, pero lo otro es imposible. Y, además, no está claro ...

Esto no se lo puedo decir directamente a él. Es decir, que ni siquiera está claro que tuviera inclinación hacia las mujeres. He consultado mis suposiciones a una sexóloga. Más que más, las que vienen de la historia. La sexualidad de Alejandro –dice la sexóloga– sigue siendo un misterio. El filósofo, historiador y geógrafo Dicearco de Mesina, contemporáneo suyo, dice: «Era demasiado aficionado a los chicos jóvenes». Dice también que besaba en público al eunuco Bagoas. Diógenes debió de darle el siguiente consejo: «Si quieres ser bello y bueno, tira ese trapo que llevas en la cabeza y ven con nosotros. Pero no vas a ser capaz de ello, mientras te dominen los muslos de Hefestión».

Hefestión, el segundo mando del ejército –continúa la sexóloga–, fue su mejor y más querido amigo. Y una mala fiebre lo mató, aunque, como dicen algunos, puede que muriera envenenado. La cuestión es que Alejandro vivió aquella pérdida con una aflicción casi mortal, tanto que masacró la tribu *Kossaei* de un pueblo cercano, como sacrificio por su amigo. (Bonito detalle, ¿verdad?). Y según el escritor romano Arriano, ordenó ejecutar al médico de

Hefestión, por haber fallado en la curación. En el caso del mencionado Diógenes, hay que decir que este despreciaba a todos, pero fue Alejandro el principal blanco de sus ironías y burlas.

Por otra parte –añado yo–, el escritor romano Quinto Curcio dice: «Alejandro despreciaba tanto los placeres sexuales que su madre estaba angustiada por miedo a que su hijo no le dejara ningún heredero». El mismo Filippo, su padre, recriminó a su hijo por cantar con voz demasiado aguda, cuando no era más que un chiquillo.

Más tarde, Filippo y Olimpia le trajeron a su hijo una cortesana muy cara, para fijar sus inclinaciones o algo así, cuando el adolescente Alejandro andaba fascinado con las enseñanzas de Aristóteles.

– Todo eso, Alejandro –le digo como si él hubiera escuchado todo–, parece que concuerda con tu naturaleza.

– Concuerda y es del todo natural. ¿Dónde está el problema, a no ser que estés deformado?

– En mi caso, puede que sea una deformación, pero en el tuyo, esa forma de ser no se ajusta mucho al hecho de ser hijo de Zeus.

– Soy yo quien interpreta a Zeus.

– ¡Oh, claro! Cosas de esas las he oído también en bocas de otros.

– ¿Y no has oído que fui esposo de tres mujeres?

Alejandro Magno, a lo largo de su no larga vida, se casó con varias princesas de las tierras persas. Al menos, tres. Roxana, hija del sátrapa Oxiartes de Baktria, Barsine-Estatira, hija de Darío III, y Parisátide, hija de Artajerjes III. Y tuvo al menos dos hijos. Uno con la princesa Barsine y otro con la princesa Roxana, el cual nació a los seis meses de haber muerto su padre. A todo ello hay que añadir que aparecen otras mujeres en la vida de Alejandro Magno.

– ¿Esas tres esposas y otras –pregunto– no habrían sido más tratos militares que relaciones amorosas? Porque es curioso que todas fueran princesas persas.

– ¡Ay, infeliz! ¿Aún no has reparado en que andábamos en lejanas tierras extranjeras? En mi ejército no había mujeres, y mucho menos macedonias.

– ¿Por eso eras tan aficionado a organizar matrimonios masivos en todas las zonas conquistadas, mezclando a tus soldados con mujeres de aquellas tierras?

– ¡Cierto! Y tenía que dar ejemplo yo mismo.

– ¿Para lograr qué, en la mente de un consumado militar?

– Aquel militar había sido discípulo de Aristóteles. Y la fusión, ya de etnias, ya de culturas, era un gran valor.

– ¡Claro! La cultura es un objetivo militar. Algo entiendo.

– Entre tanta confusión y recelo, no has mencionado a Campaspe de Tesalia, mi amante más famosa y querida.

No la había olvidado, no, siguiendo el criterio no demasiado sabio de dejar lo mejor para el final. Campaspe fue una mujer de enorme belleza, a quien el pintor predilecto de Alejandro, el famoso Apeles, había pintado tantas veces. La tomó incluso como modelo para pintar, entre otros muchos cuadros, la *Venus saliendo del mar*. Plinio el Viejo dice que, cuando Alejandro vio acabado el desnudo de Campaspe, dedujo que Apeles, seguramente, amaba más a aquella chica joven que a su propia obra. Así pues, le dio a Campaspe como esposa y, a cambio, se quedó con el cuadro. «La mayor hazaña de Alejandro Magno», escribió un famoso escritor español.

– ¡Bien, Alejandro! Me he convencido de la indistinción de tu eros, solamente a medias.

– ¿Que es una indistinción a medias?

– Creo que viviste enamorado de ti mismo y que pensabas que los demás debían imitarte.

– ¡Vaya! Jamás se me ocurrió tal razón. Querría conocer el argumento.

Alejandro solo permitió a tres artistas la reproducción de su imagen: al famoso escultor Lisipo, a un orfebre, y al pintor Apeles. ¿Mala elección? Por supuesto que no. Muy buena.

Pero también buenísimo el control. Un hijo de Zeus no podía dejar su imagen en manos de cualquier mediocre. Además, le pareció justo dar instrucciones a los artistas sobre cómo debían trabajar su imagen. Por algo creía que era el conquistador más grande que había dado el mundo.

– ¡Entendido, Alejandro! De otra forma, es difícil imaginar a «un hombrecito de uno sesenta» luchando contra leones y demás.

– Hubo leones que se dieron la vuelta ante mí.

– Está claro que antes no te he definido bien. Más que «enamorado de ti mismo», debía haber dicho «admirador de ti mismo». O, más exactamente, «fascinado de ti mismo».

– No sé si esa gradación va hacia arriba o hacia abajo.

– Tal vez hacia abajo. Te imagino agachando tu cabeza y bebiendo toda el agua de un hermoso recipiente, para engullir tu imagen que se ve en ella.

– También eso lo he probado. Te empeñas, pero no vas a encontrar nada de mí que no sepa yo. Ni inventarás nada de mí que no haya pasado por mi cabeza.

Vamos a la India, a ver si nos aclaramos un poco. Cuando Alejandro sometió al gigantesco imperio persa, toda su atención estaba en la India. Valiéndose de su fama y fiándose de su destreza dialéctica, en la antigua satrapía llamada Gandhara, al norte del actual Paquistán, invitó a los jefes de aquellas tribus a rendirse ante él y a aceptar pacíficamente su autoridad. No le falló el cálculo. El rey Ambhi de Taxila, que mandaba en el amplio territorio desde el Indo hasta Hidaspe, aceptó rendirse a cambio de las ventajas y garantías que le ofrecía Alejandro. En cambio, algunos rajás de los clanes montañoses se negaron. Alejandro, tomando en sus manos todo el poder de las diversas secciones del ejército, atacó a las subtribus Aspasioi y Assakenoi de la tribu Camboja, cuya respuesta fue violenta. Él mismo resultó herido en batalla, alcanzado por un dardo en el hombro.

Tras feroces luchas, salió vencedor, y las consecuencias fueron aterradoras: 40.000 *Aspasioi* cayeron prisioneros. A continuación, los Assakenois se enfrentaron a Alejandro con un ejército de 80.000 hombres y 30 elefantes. En las batallas de Ora, Bazira y Masaga, opusieron gran resistencia al invasor, resultando Alejandro nuevamente herido grave en el tobillo. Cuando el rajá de Masaga murió en combate, su madre Cleofis tomó el control del ejército, y numerosas mujeres del lugar se sumaron a la lucha, dispuestas a defender su tierra hasta la muerte. Al final, para desgracia de ellas, resultó vencedor Alejandro, por luchas directas y traiciones indirectas. La consecuencia para los perdedores fue catastrófica. Alejandro masacró a todas las tribus que logró someter, y destruyó las tierras.

– ¡Alejandro! ¡Alej! ¡Al! ¿No basta ya? Vuelve a Macedonia y vive y muere en la olímpica paz de Zeus.

– No es solamente cuestión mía. Llevo a cuestas a Macedonia y a Grecia entera. Y a la voluntad de Zeus.

– ¿Qué quieres? Con 50.000 hombres y 10.000 caballos detrás de ti, ¿recorrer todo el mundo, como si fueras buscando manzanillas?

– Mi destino es agrandar el imperio.

– ¿Hasta dónde? Tú eres hombre culto. No puedes ser el artefacto de un destino ciego.

– Precisamente por ser culto, sé que el imperio necesita un crecimiento permanente.

– ¡Vaya! –me sorprende en una dirección inesperada–. Eso me recuerda un concepto similar. Tú no puedes haberlo oído, pero en nuestra época se proclamó la llamada «revolución permanente».

– ¡Interesante idea! –se asombra también Alejandro en un sentido parecido–. Cambiando una palabra, «conquista permanente». Forzosamente permanente.

– ¿Por qué forzosamente?

– Si te paras en una frontera, el que está al otro lado es enemigo o puede convertirse en enemigo. La necesidad de seguridad te exige que continúes conquistando, pero entonces te

encontrarás con otro que está al otro lado de la frontera, y también tienes que conquistarlo, si quieres sentirte seguro. Así, uno tras otro, siempre habrá alguien más allá de la frontera, y si tú no lo conquistas, puede conquistarte él.

– Por lo tanto, la conquista «permanente» solo terminará con la conquista de todo el mundo.

– No exactamente. Siempre habrá algún rincón al que se le ocurrirá sublevarse.

– ¡Adelante, entonces! Aún te falta mucho.

Imperio persa o imperio aqueménida. La dinastía fundada por el rey persa llamado Aquémenes. Este imperio, en la época de Alejandro, controlaba cinco millones de kilómetros cuadrados, desde Macedonia hasta las faldas del Himalaya. Alejandro logró conquistar todo ello, pero en su cabeza había una obsesión: India.

Algunos expertos dicen que la potencia invasora era de 120.000 hombres. Otros rebajan el volumen a la mitad. No es poca cosa la mitad, puesto que hay que sumar también miles de animales. La fuerza principal del ejército tomó rumbo hacia lo que hoy es Paquistán, por el paso de Khyber. Una fuerza menor, bajo el mando del mismo Alejandro, avanzó por el camino septentrional. Dividir los ejércitos era una de sus tácticas.

Siendo de por sí un camino largo –habla Alejandro–, me topé con durísimas resistencias, sobre todo en el sitio de Aornos. Un gran número de hombres que logró huir de las batallas anteriores se refugió en aquella asombrosa fortificación natural, dispuesto a enfrentarse de nuevo contra mí. Era una montaña enorme, de más de 3.000 metros, reforzada firmemente, encima de unos desfiladeros estrechos, en la parte superior del río Indo. Tenía una cima llana y amplia, bien provista de fuentes naturales. La propia altitud estaba rodeada de montañas y era bastante extensa para la agricultura. Era inútil plantear el sitio a base de hambre. Tal amenaza debía eliminarla forzosamente, porque también yo necesitaba mis medios de suministro, desde Hidu-Kush hasta Balj. La mayor incógnita era por dónde entrar. Solamente había un acceso, muy estrecho y abrupto. Subir desde allí no era difícil. Pero lo conocían y lo defendían los sitiados, y había que encontrar otra entrada, nueva e inesperada. Me ayudaron unas gentes que pertenecían a tribus rendidas anteriormente hacia mí, porque ellos conocían el entorno.

Se sucedieron contratiempos cuyo relato sería demasiado largo. A veces ganando, otras veces perdiendo, andábamos como lagartijas extraviadas en aquellas imponentes montañas. Yo mismo salí con vida a duras penas en un lance. Para pasar de una montaña a otra, tuvimos que erigir montes artificiales de tierra. A veces, nada más levantarlos, caían al abismo. Encima de los que aguantaban, teníamos que colocar máquinas, muchas veces en vano, porque lanzaban enormes piedras desde las montañas superiores. Teníamos que retroceder, con pérdidas de muchos hombres. Oíamos gritos festivos y sonos de tambores que venían desde dentro, celebrando el triunfo. Pero nosotros, mientras ellos se dedicaban a celebrar, levantamos una montaña de tierra y de cuerdas y alcanzamos la cima principal de la propia fortificación. Cuando los defensores, atónitos, nos avistaron allí, perdieron toda esperanza y enviaron un emisario, ofreciendo la rendición a cambio de que fueran respetadas sus vidas.

Las negociaciones se alargaron tanto que –habla el biógrafo Calístenes (rebajando la exageración)– una noche tramaron un plan de fuga, temiendo que, si se rendían, serían masacrados o esclavizados, como poco antes en el sitio de Massaga. Alejandro se percató del plan y pidió a sus soldados que se retiraran, para que los defensores huyeran libremente. Comenzó la huida, y en el momento en que se creyeron a salvo, Alejandro les atacó y los masacró allí mismo. Los que se marcharon vivos podían considerarse un milagro por cabeza. Esta victoria de Aornos dejó a Alejandro el camino libre hacia Punjab, y su fama de imbatible le precedió bien implantada en la India.

– ¡Adelante, Alej! ¡Adelante! –grito–. ¿No te producen dolor los cadáveres de miles de soldados tuyos a los que has dejado atrás?

– Lo que me duele es que se mueran los más valientes.

- Ese dolor puede ser natural militarmente, pero humanamente, ¿no tienes cargo de conciencia?
- Los soldados saben que vienen a dejar su vida en favor de unos fines superiores y divinos.
- ¿Por ejemplo?
- Grecia misma. Y por supuesto, ¡el placer de la conquista!
- ¿También eso te lo enseñó Aristóteles?
- Una de las grandes nociones de Aristóteles era la polis, y para él, la polis era Atenas.
- O sea que también la sabiduría se subordina a la polis –intento pillarle.
- Subordinación, no ¡Servicio! Es por eso por lo que Atenas está haciéndose tan grande.
- Ya me imaginaba yo que en tu patrón mental habría algo así, pero escucharlo de tus propios labios es diferente. Y aterrador.
- Entonces, no nos queda otra que seguir adelante a por la India –era siempre su conclusión.

Hemos dicho que Alejandro, antes de Aornos, dividió el ejército en dos cuerpos de fuerza. Tras lo de Aornos, en la primavera del año siguiente, unió las dos fuerzas y se alió con el rey Ambhi, para atacar al rey Poros de Paura, porque este decidió hacer frente a Alejandro. El ejército macedonio era mucho mayor, pero Poros tenía un cuerpo especial: doscientos elefantes de guerra. La presencia de estos animales podría suponer el aniquilamiento de la caballería, por el pánico que infundían los paquidermos a los caballos griegos. Los dos ejércitos se situaron cada uno en una orilla del río Jhelum, hoy llamado Vitasta (en griego, Hydaspes). Los griegos en la orilla occidental, los indios en la oriental. Poros, que había llegado allí antes, estaba dispuesto a obstaculizar todo intento de Alejandro de cruzar aquel río. Como consecuencia de las lluvias monzónicas, la corriente era violenta y el cauce, profundo. Un intento de cruzarlo por la fuerza acarrearía pérdidas enormes.

Por fin –habla Alejandro–, los exploradores encontraron un punto idóneo para cruzarlo, antes del amanecer, a 30 kilómetros arriba del campamento. Aquella misma noche, una parte de mis fuerzas se trasladó allí, secretamente y sin oposición. 10.000 infantes y 5.000 caballos. El contingente mayor se quedó al mando de Crátero. Le ordené cruzar el río cuando no hubiera elefantes enfrente y cuando Poros, con toda su tropa, estuviera enfrentándose a mí. Mi contingente cruzó el río de noche, antes del amanecer, y se tomó un pequeño descanso, antes de atacar el campamento de Poros.

El rey indio se despertó, y he ahí que avista una fuerza indefinida de griegos viniendo a su posición. Poros pensó que aquello sería una maniobra de distracción, y envió un pequeño contingente comandado por su hijo, que fue deshecho fácilmente por los griegos, y el hijo del rey cayó en la batalla. Al tener noticia de ello, Poros decidió enfrentarse a mi pequeño grupo con la mayoría de sus tropas, dejando frente al grupo del ejército macedonio liderado por Crátero un pequeño destacamento que impidiera cruzar el río.

De ahí en adelante, mediante muchos y difíciles movimientos combinados y sorpresas cuya descripción sería extensa, y tras resultar por parte de los indios mil veces más muertos que por nuestra parte, la batalla terminó con la rendición total del ejército indio, completamente rodeado. La batalla fue muy larga y tremendamente sangrienta. En el ejército de Poros hubo 12.000 muertos y 9.000 prisioneros. Yo perdí unos 300 hombres. El valor y la capacidad de Poros me impactó tanto que le perdoné la vida, e incluso le permití que continuara gobernando en su nombre. Aunque herido en el hombro, lo encontré de pie y erguido, con sus casi dos metros de altura. Al preguntarle yo cómo quería ser tratado, respondió: «Trátame, Alejandro, como a un rey».

- ¡Alejandro! No puedo despejar de mis ojos una imagen un poco chusca. Poros, de casi dos metros, y tú, uno sesenta.
- ¡Y él a mis pies! –exclama Alejandro.

– ¡Hm! No sé si tu relato es del todo creíble. ¿Perdonarle la vida tú, al jefe de un ejército enemigo? En una batalla que costó tanto, ¿tan pocos muertos en tu lado y tantos miles en el otro?

– Yo soy militar tanto en la lucha como en el relato.

Los del frente contrario dicen que Alejandro fue derrotado por Poros. O, al menos, que hicieron tablas y acordaron firmar un tratado de paz. Alejandro dice que les dio él la paz a los supervivientes, pues de lo contrario estaban sentenciados. ¿A quién creer? Por una parte, la decisión de Alejandro es muy significativa. ¿No induce a la duda el hecho de que fuera aquella su última batalla y que abandonara para siempre unas conquistas que le llevaron tantos años? Argumenta que sus oficiales se posicionaron en contra de seguir hacia el éste. Que el ejército estaba derregado y en vías de desmoralización, en aquella interminable campaña. En contra de tal argumento, si su última batalla hubiera sido una victoria tan clara y exitosa como dice, es difícil que acarrearase tal agotamiento, casi una rebelión.

– ¡Es que el ganar también cansa! –dice Alejandro, en un inédito tono de resignación–. Más que el perder, muchas veces, porque el premio es la siguiente batalla.

– Pero tú querías continuar obstinadamente, y tuviste que dar marcha atrás a regañadientes –le acometo sin piedad.

– ¿Acaso podía tirar adelante yo solo?

– ¡No, Alejandro, no! Tú solo no eras Alejandro Magno. Ni siquiera Alejandro. ¡Ni siquiera Alejo! Reconoce que, como persona, fue una derrota histórica. ¿O acaso no eras una persona?

– Era lo que era y mi orgullo no puede soportar sentirse perdedor en una partida no jugada, si hubiéramos decidido seguir adelante.

La cuestión es que Alejandro –habla Calístenes (esta vez sin rebajar la exageración)– ordenó el regreso a Babilonia, no sin antes fundar dos nuevas ciudades: Alejandría de Nikaya y Alejandría Bucéfala. Dos «Alejandrías» nuevamente: Nikaya, Ciudad de la Victoria, y «Bucéfala», en honor a su caballo predilecto «Bucéfalo», muerto en la última batalla de Hydaspes. Tras enfrentarse en el camino a varias tribus pertinaces, llegó a Babilonia, donde fue atacado por una mala dolencia. Y allí murió, el año 323 antes de Cristo, en el palacio de Nabucodonosor II. Se dice incluso que murió envenenado por los hijos de su general Antípatro, llamados Casandro y Yolas, éste su propio copero. Años más tarde, Casandro, después de haber llevado a cabo una matanza completa en la familia de Alejandro, sería rey de Macedonia. Sucesión esta que concuerda muy bien con la versión del envenenamiento.

– ¡Querido Alejandro! No sé si lo sabes, pero metieron tu cadáver en un sepulcro de oro, y el sepulcro en una carroza de oro, con adornos y lujos de todo tipo, epígrafes y elementos mitológicos. Después de que, a lo largo de la historia, tantos lugares se adjudicaran su ubicación, parece que tu sarcófago, el llamado «sarcófago de Alejandro», está en el Museo Arqueológico de Estambul. Supongo que estarás dentro.

– ¡Cierto! Aquí soy lo que fui y más. Agradece a Zeus que su hijo te haya concedido esta entrevista.

– Espero que ese Zeus me perdone no poder dejar sin mencionar una cosa. La fatalidad de Calístenes.

– ¿Hm?

– ¿No sabes qué es fatalidad?

– Hmm ...

– ¡Tranquilo! Te lo explicaré. Cierra el sarcófago un momento.

Calístenes de Olinto, filósofo e historiador griego, sobrino de Aristóteles. Por recomendación de este, biógrafo personal de Alejandro Magno. Corriendo el tiempo, Alejandro conoció en Persia un ceremonial llamado *proskynesis*. De rodillas, había que golpear el suelo con la frente delante del rey, por devoción a la naturaleza divina del mismo. A Alejandro le gustó aquel ceremonial y decidió imponérselo a todos sus subordinados, lo cual

se lo tomaron a mal los macedonios, entre ellos, Calístenes. Este, en una ocasión, no se arrodilló ante Alejandro, que no se lo perdonaría.

Al poco tiempo, Alejandro tuvo que sofocar la llamada «conspiración de los pajes», y aprovechó la ocasión para acusar a Calístenes como uno de los promotores. El filósofo fue detenido y encarcelado. Uno de los generales de Alejandro, Lisímaco, era coetáneo y amigo de Calístenes, y visitaba diariamente a su amigo, el cual le dijo en una ocasión: «No conviene que me visites tan a menudo. Puedes provocar la ira de Alejandro». Lisímaco respondió: «No voy a dejar por eso de venir a visitarte todas las tardes, porque, si ven que las personas honradas han dejado de interesarse por tu suerte, todos pensarán que fuiste culpable». Al final, Calístenes murió en su cautiverio, fruto de las torturas y la inanición.

– Desgarradora historia, ¿verdad?

– Hmm ... –runrunea Alejandro, mirando al mausoleo.

– ¿Habías oído algo?

– No tengo por qué oír lo que ya sabía.

– ¡Vaya! ¿Y qué te parece?

– Que llevamos todo el día rajando. Hay que terminar esto.

– ¡Alto! Falta lo más importante.

– ¿Cómo lo más importante, después de haber corrido dos milenios y medio?

– Hay una expresión que dice «lo siento», pero yo voy a matarte «sin sentir nada».

– ¿Matarme tú? ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¡Oh, infeliz! ¡Si ya estoy muerto!

– Voy a matar algo más grande que tú. Tu memoria.

– ¡Oh, más infeliz aún! ¡Si estoy en todos los museos, libros y artes del mundo!

– Ahí precisamente te mataré.

– Te van a tomar por más loco que quien escupió a la luna.

– No todos. Ni siquiera los más. ¡Querido Bucéfalo! –llamo al caballo predilecto de Alejandro–. Ven a por tu amo.

– ¿Cómo vas a matarme ...?

– ¡Ya te he matado! –le corto en seco–. En adelante serás: «Alejandro Realmente Magno. El Mayor Criminal que ha existido en el mundo».

## CARLOMAGNO

- Yo, Carolus Magnus. Para ti, Carlomagno. Para mí, Carlos I. el Grande.
- ¿Cuáles son exactamente los fundamentos de tales nombres?
- Rey de los Francos, Caudillo de los Lombardos, Imperator Augustus.
- ¿Qué significa esa última grandilocuencia?
- ¿Acaso no has oído hablar del imperio romano?
- Algo padecí en los estudios.
- ¡Pues, atento! A tres siglos de que cayera aquella grandeza romana, soy yo quien estableció nuevamente el imperio romano occidental, desde Hispania hasta los ríos Danubio y Elba, y desde la península itálica hasta Dinamarca.
- Eso es ser más que rey.
- Rey absoluto. Emperador.
- ¡Coronado por un Papa!
- También él quería ganarse mi simpatía.
- Canonizado por un antipapa.
- Aquello fue una gamberrada.
- Venerado por la Iglesia Católica como beato el día 28 de enero.
- Lo agradezco, pero es un detalle que se me olvida fácilmente.
- Te denominabas «Coronado por Dios».
- Eso explica todo lo anterior.

Hijo de Pipino el Breve (¿quién pondría a mi padre ese ridículo apodo?) y de Laón Bertrada, la suerte le libró de la primera guerra familiar, pues a su hermano Carlomán I, cogobernante suyo, se lo llevó la muerte. (Unos bulos canallas difundieron que impulsé yo su muerte. Afortunadamente, la predilección divina se me adelantó). Con los papas, fortaleció la relación de confianza que provenía de su padre (en realidad, los sometí), y se adueñó de Italia, derrotando a los lombardos. El imperio oriental, que tenía como reina a una mujer llamada Irene, no aceptó el nombramiento de Carlomagno, pero Carlo siguió adelante. Para agrandar más lo ya de por sí grande, se urdieron planes de matrimonio entre Carlomagno e Irene, pero fracasaron. ¡Y arranca la guerra! Lo imposible por matrimonio se solucionaría por las armas. (¿Cómo si no? – ¡Sí, sí! ¡Adelante!). Al final, también el imperio oriental reconoció a Carlomagno como emperador.

- En ese momento, tu ambición debía de estar satisfecha, pero parece que reportó lo contrario.
- Después de haber logrado lo más difícil, ¡no iba a dejar de intentar lo más fácil!
- Tu siguiente conquista, Sajonia, no debió de ser tan fácil. ¡Dieciocho campañas!
- Si ganas la última, la anteriores no cuentan, incluidas las derrotas.
- ¿También las derrotas entran en tus cálculos?
- Ocurren. Soy como el pulpo. Aunque pierda un brazo, le quedan otros, hasta que se regenera el que perdió.

¿Y todos los que cayeron en esa pérdida? Carlomagno no piensa en lo que perdió, sino en la fuerza que le queda para seguir. Visto así, habrá que reconocer que constituyó un nuevo imperio germánico. Algunos dicen que dio a toda Europa su forma casi definitiva.

- ¡Gracias! –Carlomagno saca pecho–. ¿Acaso no es ese un hermoso resultado?
- El resultado, puede. Hermoso, lo dudo. Método, brutal.
- Entonces todo era brutalidad, desde la entidad menor hasta la mayor. Incluso las tribus más nimias estaban más armadas que alimentadas.
- De lo que se deduce cómo serían tus métodos –me encaro– para poner bajo el yugo del mismo imperio territorios tan diversos y numerosos, incluido el papado.

- Parece que no me tienes demasiada simpatía–. Me mira con lástima.
- Necesitaría algunos argumentos para lo contrario.

Decías mis «métodos» –habla Carlomagno–, pero yo atraje a toda Europa al cristianismo. En Sajonia me obligaron a actuar severa y duramente, hasta que cediera el tozudo politeísmo germano. No fue fácil. Incluso tras convertirse al cristianismo, estalló una violenta revuelta y hubo varios graves ataques contra la Iglesia, dirigidos por el desalmado jefe Windukind. En Verden tuve que decapitar a 4.500 sajones («tuve que», ¿eh?), porque fueron sorprendidos practicando su paganismo nativo. Eso trajo nuevos conflictos sangrientos, que duraron dos años, y tuve que trasladar a 30.000 sajones a otras regiones del imperio. Al final logré dominar a todos y quemar la mayor parte de su flota. El caudillo Windukind aceptó ser bautizado, pero no todos sus súbditos. Tuve que establecer la pena de muerte (nuevamente, «tuve que») para todos los sajones que no se bautizaran, que no celebraran las fiestas cristianas y que incineraran a los muertos. Como dice mi cronista Eguinaldo: «Terminó por fin una guerra que había durado tantos años, cuando se avinieron a las condiciones ofrecidas por el rey: renunciar a sus costumbres religiosas nacionales y dejar de adorar a los demonios; aceptar los sacramentos de la religión y de la fe cristiana; y unirse a los francos, para constituir un único pueblo».

- Ese imponente currículum necesitaría también una fuerza a su medida.
- Toda la que hiciera falta, siempre que hiciera falta.
- Quiero decir que no soy capaz de imaginar qué tamaño de fuerza podía ser.

El ejército de Carlomagno, hacia finales del siglo VIII, era un grueso de 100.000 hombres de campaña. En él se incluía una enorme tropa, reclutada en diversas regiones y tribus. Más 10.000 soldados profesionales. Más 6.000 jinetes con sus caballos. Y otro grupo de mercenarios de igual tamaño. Entre hombres y animales, 120.000 cabezas, más o menos. Más bien más que menos.

De repente, una violenta corazonada me ha advertido que sería mejor perder una guerra a que pasase por encima de ti un ejército como el que se ha descrito. 120.000 cabezas. Y caballos, y carros, y catapultas, y ballestas, y lanzas, y macutos, y alforjas, y no sé cuántos tipos de suministros y pertrechos. También elefantes, en algunas regiones. Un trompazo al pasar, y dos chimeneas al suelo. Piénsese que 120.000 cabezas, más todos esos elementos de guerra, pasen hoy mismo, por ejemplo, por encima de los 20.000 habitantes del Txorierri de Vizcaya. O por encima de los 70.000 habitantes del Goierri de Guipúzcoa. O por encima de los 20.000 habitantes de la Barranca navarra. O por encima de X habitantes de cualquier valle de Álava o de la Euskal Herria continental. Pasar, no. ¡Comer! Comer, no. ¡Devastar! ¿Como pasar una plaga de langostas? Eso mismo, pero elevando el tamaño de la langosta a las magnitudes de Carlomagno. No sé si pasaré más por la Barranca, por Goierri, por Txorierri.

- Y aún no has mencionado el sometimiento de Baviera.
- ¡Aquello sí que fue duro y sangriento!
- Tampoco has mencionado la campaña contra los ávaros.
- No fue una simple guerra, sino una sucesión de guerras.

¡Sí, Carlo! Pienso todo eso. Tú querías guerras en cadena. Que no se rompiera la cadena. Una rutina. Y la rutina era una guerra al año. Eso es lo que querías. Es decir, es eso lo que sabías hacer. Y al final, a lo largo del río Danubio, triturando a los ávaros de Panonia, se acometió el sometimiento del canato ávaro. «Se acometió». ¿Así, en impersonal? ¡Claro que no! Fui yo, Carolus Magnus. Como yo mismo llevé a cabo también las expediciones contra los eslavos, cruzando el río Elba y dominando las regiones abroditas.

- ¡Basta, Carlo! Me canso solo de contar tus operaciones.
- ¡Está bien! El cansancio es lo único que puede detener una guerra. Solo detenerla. ¡Nunca retrocesos, aunque se pierda!

- Así hablan los que están habituados a ganar. Aquellos que no recuerdan que cada victoria supone la existencia de un perdedor desgraciado.
- ¿Quién te ha dicho eso? ¡Yo sí! Recordar a todos los perdedores de uno en uno me llena de euforia. Lo que no me gusta es recordar las derrotas. Ni siquiera para corregir los fallos.
- ¡Pues, a mí sí que me gusta recordar una derrota tuya!
- Que sea breve y fácil de entender.
- La entenderás, pero un poco más tarde. Primeramente, aclaremos un misterio. Dicen que el papa León III fue atacado por los romanos y que intentaron arrancarle los ojos y la lengua. ¡Romanos arrancando ojos y lengua al papa de Roma! ¿Es cierto eso?
- ¡Cierto por mi propia muerte! –habla Carlomagno–. León III huyó y se refugió conmigo en Paderborn, pidiéndome que interviniera en Roma y restableciera su gobierno. Viajé a Roma en el año 800. Lo recuerdo porque fue un número redondo. Se celebró una reunión, le tomé juramento, León III fue declarado inocente, y se ofició una misa solemne el día de Natividad. Cuando me arrodillé para rezar en el altar de la basílica de San Pedro, el papa me colocó una corona, proclamando: «Tú eres nuestro Emperador Romano».
- Tu cronista Eguinaldo dice que tú no conocías las intenciones del papa y que no querías aquel nombramiento.
- El pobre Eguinaldo a veces no se daba cuenta del devenir de la corte. A decir verdad, en ese caso, yo mismo le ordené que lo contara así. ¿Como no iba a percatarme de aquella enorme corona que me esperaba en el altar, cubierta toda de joyas y resplandores?
- ¿Y a ti te pareció normal recibir el título de emperador de manos de un papa?
- Cinco siglos antes, un emperador (Constantino) convirtió la Iglesia en imperio. Es normal que ahora sucediera a la inversa.
- ¿O hacer que sucediera? –le chincho–. Porque sospecho que tú mandabas en ambos sentidos.
- Veo que eres algo más astuto que el cándido Eguinaldo.
- Entonces, ahora te recordaré algo que no te gustará.

Carlomagno continuaba en sus conquistas, no sabía hacer otra cosa, y en la de Italia vio que los árabes dominaban el Mediterráneo. No podía soportar que nadie fuese superior a su alrededor, y conquistó Córcega y Cerdeña, y seguidamente, las Islas Baleares. Controladas la costa catalana, Girona y demás, se encontró ante los musulmanes de Hispania. Para suerte suya, estos tampoco se llevaban demasiado bien entre sí. Los jefes musulmanes de la zona norte se sublevaban continuamente contra las autoridades de Córdoba, y a menudo pedían ayuda a los francos. ¡Qué más quería Carlomagno! Llegó hasta Zaragoza, donde, reunidos los gobernantes musulmanes de allí, de los alrededores, de Cataluña y de Huesca, ofrecieron un gran homenaje al gran rey de los francos, a cambio de ayuda militar. Carlomagno vio en ello una excelente oportunidad para extender ya su autoridad, ya la cristiandad, y se lanzó a ocupar la península ibérica. Quiso lanzarse, porque la propia Zaragoza no cayó tan rápidamente como él había pensado. Más aún, se le presentó la batalla más dura a la que tuvo que enfrentarse en toda su carrera. Habiendo llegado tan lejos, el pensamiento y la gran probabilidad de sufrir allí una derrota provocaron en él tal vértigo que decidió volver a casa. Y a la vuelta, a propósito o en venganza de su anterior cobardía, arrasó completamente Pamplona. Desde allí pensó que la retirada más apropiada y de menor riesgo sería el paso de Roncesvalles. Allí estaba esperándole la venganza de Pamplona, que acarreó el suceso más famoso de todo su reinado y el más desdichado para él mismo.

Los cronistas oficiales dicen que atacaron a la columna de retaguardia, pero los vascones que se hallaban allí apostados no podían ser tan necios como para dejar pasar al grueso del ejército. Los vascones se abalanzaron en las estrechas y profundas gargantas del paso de Roncesvalles, y bien con armas, bien con la lluvia de piedras lanzadas desde las alturas, sembraron la destrucción entre los hombres, caballos y carros de Carlomagno. Allí murieron

muchos nombres famosos del ejército, siendo el más sonado Rolando, quien luego inspiraría la famosa *Chanson de Roland*. El malherido ejército de Carlomagno cruzó la Euskal Herria continental hacia Aquitania, mientras se le desprendía por el camino su harapiento ropaje.

– Tú también, Carlo, guardarás memoria de Rolando. Debía de ser sobrino tuyo. Dicen que cayó muerto en Roncesvalles.

– ¿Sobrino mío? ¿Muerto en Roncesvalles?

– ¿Acaso no te interesa recordarlo?

– No sé si será falta de interés o qué, pero el caso es que no me acuerdo.

– ¡Pues menudo relato fabula a tu favor la llamada *Canción de Rolando*!

– No necesita fábulas quien posee cuantas verdades quiere.

– Entonces nos dedicaremos a tocar el olifante.

– ¡Del olifante sí me acuerdo! Me empeñé, pero no pude aprenderlo bien.

– Corno demasiado pequeño para ti, aunque el nombre parezca indicar lo contrario.

– ¡Eso es verdad! Temía tragármelo.

Es, en efecto, un misterio cómo podía ser un hombre tan grande, tan alto, de cuello tan grueso. Su madre le decía: «¡Vas a crecer demasiado, Carlo! Te van a llamar *grandullón*». Y Carlo: «¿Y qué puedo hacer? ¿Dejar de comer?». Dejar de comer no, Carlo, ¡pero comer un poco menos, sí! Tal vez, aprender algo más, en lugar de andar siempre probando armas. «¡Carlo! –su madre le decía casi a diario–. Te conviene aprender a leer. Escribir no es tan imprescindible, ¡pero leer!». Carlo se empeñaba, pero las letras eran demasiado pequeñas para su cabeza. ¿Cómo podía ser «Magnus», sin saber leer? Está claro. Era Carlomagno, hijo de Pipino el Breve. Era amigo del papa. Como dice el rey sarraceno Marsil en la *Canción de Rolando*: «Habladme de Carlomagno. Ya es muy viejo. Debe de tener más de 200 años. ¡Por tantas tierras ha paseado su cuerpo! ¡Tantas estocadas ha recibido su escudo! ¡Tantos opulentos reyes se vieron por su culpa convertidos en mendigos! ¿Cuándo estará harto de guerrear?

¡Pues, no, Carlo! No aprendiste a leer, porque siempre estabas haciendo la guerra. Incluso al dormir, soñabas con la guerra. No eras un zoquete. Además de tu propia lengua, sabías latín. Comprendías también el griego. *Grecam vero melius intellegere quam pronuntiare poterat* –dice tu querido cronista Eguinaldo. «Comprendía el griego mejor de lo que lo hablaba». Pero lo que tu madre quería era que aprendieras a leer, no sé para qué. Entonces y ahora, las armas son siempre armas, y las madres, mandando siempre lo contrario a lo que uno desea.

– ¡Compañero! –se levanta ante mí el hombracho–. Has dicho grande, alto, grandullón, de grueso cuello y cosas así, pero no has dicho que yo era blanco de pelo, alto, una imponente belleza de distinguida hechura. Mira cómo me han pintado, como un monarca ideal. En muchos cuadros aparezco en iconos con gran parecido a Cristo. Un hombre de complexión robusta, más bello imposible, que a menudo supera al mismo Cristo. Todo eso no puede provenir de ser simplemente grandullón.

– Y en días señalados, vestías una diadema espectacular y vestidos bordados y llenos de joyas.

– ¿Quién sino el supremo emperador podía vestir de esa forma?

– Tu biógrafo Eguinaldo se esmeró en alabar tu carácter discreto y comedido.

– Eguinaldo era demasiado honrado, a veces hasta un tanto ingenuo.

– ¿Quieres decir que tú le ordenabas qué y cómo escribir? –le lanzo.

– ¡Jamás! Ya tenía él suficiente instinto como para interpretar mi mente. He dicho que era hasta un tanto ingenuo, pero no. Era algo asceta. Más que algo. ¿El propio nombre suyo, Eguinaldo, no te sugiere algo?

– No hemos mencionado lo más grande.

– ¿Más grande que lo de Cristo?

– Más o menos. Tu ascenso al trono se presenta como la encarnación de Dios en la Tierra. ¿Te lo creíste?

– ¡Lo creyeron! –afirma Carlomagno–. No iba yo a reventar las creencias de los espíritus honrados.

– ¡Método castizo ése! –replico en tono burlón–. Primero obligas a creer, y luego, a respetar a los creyentes.

– Nadie hizo ninguna mala sospecha en todo el imperio.

Todo concuerda –escribiría hoy Eguinaldo–. Carlomagno era muy católico y devoto, y mantuvo con los papas una relación muy estrecha durante toda su vida. Ellos tenían también necesidad física de los emperadores, digamos necesidad militar, para defenderse de los invasores. Y a Carlomagno le venía muy bien la aprobación moral del papa. En el fondo, siendo un imperio cristiano, la colaboración beneficiaba a ambas partes. Otra cosa era la supremacía. Carlomagno pronto impuso la supremacía del emperador por encima de la del papa. Se las tuvo tías con alguno que había establecido el papado como lo supremo. Pero la fuerza de Carlomagno era militar, y la del papa, solamente moral. Así, si el papa era el representante de Dios en la tierra, el emperador era la encarnación de Dios en la tierra. La teología podía recurrir a los misterios que quisiera, pero el espíritu de las armas no dejaba vía alguna para la duda.

– ¡Carlo! ¿No te hastías de tantas guerras y tantos temas de guerra? ¿No tienes otra idea en tu cabeza?

– ¿Qué puedo tener en mi cabeza más que lo que he hecho durante toda la vida?

– Pues, yo ya me he aburrido de esta conversación.

– ¿De qué otra cosa hablaremos entonces?

– Yo creo que dentro de tu misma familia tienes cosas interesantes que contar.

¡Ay, mi familia! No siempre resultó de la casta del padre. En la primera época de paz que pudo disfrutar mi gobierno, empecé a dar a mis hijos cargos cada vez más importantes, para que fueran asumiendo responsabilidades. Siendo ungidos por el papa, hice reyes a los dos hijos más jóvenes. Carlomán, con el nombre de «Pipino», tomó el reinado de Italia, y el más joven, Luis, fue proclamado rey de Aquitania. Eduqué bien a ambos en las costumbres del reino y demás conocimientos necesarios, y les ofrecí cierto control sobre esos territorios, pero siempre, por si acaso, reservándome el poder para mí. No permití ninguna insubordinación por parte de mis hijos, hasta el punto de que a uno de ellos, Pipino el Jorobado, tuve que desterrarlo, a raíz de una revuelta en la que él participó.

– Comprendo tu proceder para con tus hijos, pero también tuviste hijas.

– ¡Muy queridas!

– Tan queridas que siempre las mantuviste en casa, a tu alrededor.

– ¡Y todas contentas!

– Pero no les diste permiso para casarse.

– ¡Pues, no! Y creo que lo entendieron. El imperio recién constituido estaba lejos de consolidarse. Si las hijas empezaban a casarse con este o con aquel, se corría el riesgo de que surgieran y se extendieran ramas laterales que se rebelarían contra la rama principal.

– Las hijas, entonces, ¡criadas doncellas de casa!

– ¡Alto, alto! Yo permití a mis hijas todo tipo de relaciones extramaritales, honré a sus amantes y amé también a los hijos bastardos que engendraban.

¡Ay, Carlo! La grandeza del imperio y su unidad no se pueden permitir tales libertades y libertinajes. Entiendo que lo permitieras, porque eras la encarnación de Dios, por encima del papa. Cosas mayores hicieron –y permitieron hacerlas!– los dioses de César y de Alejandro Magno. Pero tus hijas no tuvieron suerte y felicidad duraderas. A tu muerte, tu hijo Luis –¿lo sabes?– las desterró de la corte y las envió a conventos elegidos precisamente por ti. ¿Acaso tuviste una previsión tan calculada y retorcida? ¡No respondas! Me conformo con saber que

una hija tuya, Berta, tuvo una relación, tal vez también un matrimonio, no sacramental, con el famoso Angilberto, prior de una abadía, entre otros oficios. Tuvieron al menos dos hijos. Esa noticia sí que la debiste de saber, porque Angilberto fue colega tuyo de corte, y porque moristeis casi a la vez. La hija de un emperador archicatólico con el venerable prior de una abadía, relación no sacramental, dos hijos, y encima, un marido santo. San Angilberto. Y la madre de los niños, Berta, en el convento. ¡O tempora! ¡O mores!

No es menos curioso –¡felicidades, Carlo!– cuántas esposas y cuántas amantes tuviste. Veinte hijos de diez esposas o amantes conocidas. Y no cualesquiera nombres: Guersuinda, Madelgarda, Rutilda, Amaltruda, Regina, Adelinda, Adeltruda ... Y otras desconocidas, Dios sabe cuántas. En un reinado de cuarenta años tuviste tiempo para toda clase de conquistas. Un relato de la Edad Media te sitúa en el infierno, donde un animal enrabiado se dedica sin descanso a devorar tus genitales, los cuales se regeneran permanentemente. Menos mal que Dante, en su *Divina Comedia*, situó a tu espíritu «en el cielo de Marte», junto a «los soldados de la fe». Algunos desenterraron tu cadáver incorrupto y lo levantaron a un trono, con la vestimenta más vistosa. Otros abrieron tu sepulcro y te trasladaron a un sarcófago, envuelto en los mayores lujos del cielo y de la tierra. Ahora dicen que estás en la catedral de Aquisgrán, totalmente quieto. También a gusto, supongo. Estás ahí, ¿verdad?

– ¡Soy Carlomagno! Puedo hablar desde todas las distancias. ¿A qué viene esta entrevista que nadie se atrevió a hacerme jamás?

– Ha sido una preparación para lo que viene a continuación.

– ¿Que puede venir después de una eternidad?

– ¡Carlo! ¡Vengo a matarte!

– ¿Acaso no morí hace doce siglos?

– No debidamente. Voy a matarte de verdad.

– ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¡Pero si estoy muerto!

– No totalmente. Voy a matar tu memoria.

– ¡Pero si soy «Magno»! ¿Cómo vas a aniquilar a una figura histórica, si no la más histórica, admirada en los pedestales de todo el mundo?

– De los pedestales no podré quitarte, porque tienes protectores poderosos, pero sí voy a arrancarte de las mentes de personas juiciosas.

– ¡Ay, infeliz! ¿He aceptado entrevistarme contigo para que llegues a esa paranoia?

– ¡Sí, Carlo! Suelta tu última «risa-magna». Estás muerto en las memorias sanas. En adelante, perdurarás como una de las grandes cimas de la Historia Criminal de la Humanidad.

## EL PAPA INOCENCIO IV

– Yo, el Papa Inocencio IV.

Una figura humana monumental, acostada boca arriba. «Monumental», porque no sé si no es un monumento. La cabeza metida en una potente tiara, la cara descubierta, las manos también, la izquierda agarrada al báculo, a lo largo del cuerpo una tira del alba rojiza desde la nuca hasta los pies, una hilera de botones ídem, intentando diferenciar el color, y el resto del entorno recogido en un manto rojo, ancho, largo. Una franja de las medias rojas en la parte baja de los pies, que se ven a modo de anillos, y zapatos blancos de punta aguda. Deben de ser colores pintados, porque es difícil que sean piedras adheridas. Ahí está o yace el Papa Inocencio IV. No está claro que la vestimenta sea natural o pétreo. Dentro puede haber un cuerpo incorrupto o simple piedra. Da igual. Habla.

– ¿Cuál es la gracia de ese tu número ordinal?

– Querrás decir «Vucencia».

– Creía que no hacía falta. Tengo entendido que la muerte iguala a todos

– Entonces, repite la pregunta.

– ¿Cuál es o cuáles son tus gracias?

– El Papa 180 de la Iglesia Universal.

– ¿Qué significa exactamente «universal»?

– La autoridad sobre todos los poderes del cielo y de la tierra.

– Aunque parezca una pregunta sin fundamento, ¿es esa tu única gracia?

– No sé qué puede haber más arriba –Inocencio mira hacia el techo.

– Más arriba tal vez no, pero sí más importante.

– ¿Empezamos la conversación en intriga?

– Más bien en misterio. Intentaré señalarlo en su lugar.

Nombre de nacimiento: Sinibaldi dei Fieschi. Parece la alzada del vuelo de una ave cantora. En la época del cónclave que eligió como papa a Sinibaldo, quien llevaba el control de todos los alrededores de Roma era Federico II Hohenstaufen. (Este parece una ave acústica). En realidad, Federico dominaba también los Estados Pontificios. Así, intentó controlar también la elección del papa, pero la mayoría de los cardenales se posicionó en contra.

Cuando fue elegido Inocencio IV, Federico II envió mensajeros para acordar la paz. ¿La paz? Sí. Federico II había sido excomulgado por Gregorio IX. Quería por encima de todo un pacto con la Iglesia, pero sin renunciar a tener su poder y su influencia en las decisiones de la Iglesia. Inocencio tenía una mentalidad totalmente hierocrática. Es decir, estaba convencido de que el poder de la Iglesia, y, concretamente, el del papa (es decir, el suyo), provenía directamente de Dios, y que él debía estar por encima de los gobernantes, y de los reyes y reinas.

– ¡Supremo Inocencio! Conocerás aquel dicho de: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

– ¡Caramba! ¿Vienes con el Evangelio leído?

– No hay nadie en el mundo que no haya oído ese mandato. Parece que tú lo tienes olvidado.

– ¿Cómo voy a haber olvidado algo dicho por Aquel cuyo representante directo soy yo?

– ¿Quieres decir Jesucristo?

– ¿Quién si no?

– No sé. Esperaba que un papa pronunciara su nombre directamente.

– ¡Pues, lo pronunciaré con espíritu y corazón! –Inocencio se golpea el pecho–. Soy representante Jesucristo, el hijo de Dios.

– ¿Y cómo entiendes el mencionado dicho? ¿Por encima de todas las almas y por encima también del César?

– No hay ningún César que no tenga un alma –zanja Inocencio.

– Pero no creo que Jesucristo pronunciase aquella frase en ese sentido.

– ¿Le vas a explicar tú a un papa el sentido de los dichos de Jesucristo?

– ¡Cierto! Sigamos a lo nuestro.

Como condición para conciliarse, Inocencio exigió a Federico que confesara el daño causado a la Iglesia. No costándoles poco, llegaron a un acuerdo por ambas partes el 31 de marzo de 1244. En él se reconocían las posesiones de la Iglesia, sobre todo los Estados Pontificios. Y el emperador liberó a los obispos partidarios del papa que estaban presos.

– ¿Obispos presos así, en multitud?

– ¿Qué te sorprende? –inquire Inocencio–. A Jesucristo lo crucificaron.

– No sé si esa comparación está bien traída, pero en la Edad Media ocurrían cosas raras.

– ¡Demasiado raras! Piensa que yo, siendo papa, tuve que huir a Lyon a refugiarme.

– ¡Eso es lo más raro sin duda! –me sorprende sin ningún fingimiento–. Después de firmar la paz, ¿un papa fugitivo?

– No me sentía nada tranquilo en Italia, porque las milicias imperiales continuaban allí.

Inocencio IV, con la excusa de refugiarse, llevaba pensada su venganza. Nada más llegar, convocó el Concilio de Lyon. Al emperador no le gustó nada. Pero Inocencio vio que su posición era sólida, y en aquel concilio ecuménico lanzó graves acusaciones contra el emperador, y le privó de los títulos de rey y de emperador. La pugna, cómo no, estaba nuevamente servida. Al poco tiempo, Inocencio IV dictó la bula *Agni sponsa nobilis*, que establecía el poder supremo de la Iglesia sobre los gobernantes. Federico II, sintiéndose expoliado, organizó las tropas para hacer frente al papa. Inocencio, por su parte, sintiéndose fortalecido, organizó una cruzada contra el emperador, movilizándolo a los príncipes alemanes, y al mismo tiempo, promovió un alzamiento contra el emperador en diversas ciudades del norte de Italia. ¡Menudo movimiento, cuando aún no se habían inventado los trenes! Y consiguió la victoria, el 26 de mayo de 1249.

– ¡Inocencio vencedor! Esto merece un alto.

– Sí que lo merece. ¡Necesito un descanso! –suspira Inocencio, como si fuera el momento del fin de la batalla.

– La pausa nos ayudará a pensar con tranquilidad –me inclino a su favor–. Porque me ha asaltado una gran preocupación.

– ¿Un descanso tranquilo y una gran preocupación son compatibles? –duda Inocencio.

– No tal vez en mi caso, pero en el tuyo ...

– Habla claro, sin meterte en oscuridades.

– ¡Muchas gracias! –me animo–. He aquí, claramente, la razón. Te he visto imponer la supremacía de la Iglesia sobre todos los césares. Yo creía que tu terreno era solamente espiritual. Y mira por dónde, acabo de descubrirte como jefe de las tropas. Militar guerrero, como Julio César, Alejandro Magno, Carlomagno ... No diré que asombroso, pero para mí ha sido totalmente inesperado.

– ¡No sé por qué! –se incomoda Inocencio–. A no ser que tú mismo seas uno de aquellos herejes que se multiplicaron como piojos.

– Para tener piojos, hace falta también un poco de cabeza –añado.

– ¡Pues, empléala! –se calienta Inocencio–. ¿Cómo quieres hacer que se rinda de otra manera un emperador excomulgado, que causó a la Iglesia tanto dolor, saqueo y humillación?

– Tengo bien aprendido esperar de los emperadores cualquier cosa, pero jamás llegué a la malicia de pensar que la supremacía de un papa pudiera descender hasta la milicia. Yo creía que en el «santo arsenal» de la Iglesia habría otras maneras.

Noto enojo en la mirada de Inocencio. Diría incluso que odio, si no fuera papa. Tendrías que saber –pienso que quiere decir su silencio– que, aun después de muerto Federico II, sus sucesores, reyes, príncipes y caciques de los alrededores, provocaron permanentes conflictos y saqueos contra mí, hasta incluso hacer tambalear la dirección espiritual de Roma.

¡Y sí! Cuando Apulia se convirtió en propiedad del papa, el gobernante de ella, Manfredo, con la ayuda de los sarracenos, derrotó a las tropas papales en Foggia. Corría el 2 de diciembre de 1254. ¡El Santo Padre, derrotado! Las «tropas» del papa.

– ¿Querías oír eso? –ha llegado la palabra desde la grieta de alguna piedra.

No le he respondido, porque me ha parecido moverse la tiara de su cabeza. Inocencio IV, enfermo, murió en Nápoles, el 7 de diciembre de aquel mismo año. No me he atrevido a decírselo a él, pero todos dicen que murió por el efecto que produjo en su deteriorada salud la noticia de aquella derrota. Creo que me ha notado lo que estaba pensando, porque ha exclamado con un suspiro chirriante:

– «¡Sic transit gloria mundi!». (Así transcurre la gloria del mundo). Lo transcurrido en mi mundo no ha sido tan glorioso.

Me ha dado pena, pero he pensado: «¡Pues, no! No puedo echarme para atrás, cuando falta lo más importante».

– ¡Venerable Inocencio! Espera un poco. Para cerrar esos ojos, tienes toda la eternidad.

– Di pronto lo que tengas que decir. La claridad me hace daño.

– Al principio te he anunciado que había una cosa más importante, que era lo que en realidad te iba a decir.

– ¡Dilo! –ordena Inocencio con acritud.

– *Ad extirpanda*. ¿Qué te dice eso?

– Una bula promulgada por mí.

– ¿Recuerdas sobre qué?

– Tendría que repasar los detalles.

– Yo te daré uno. Un pasaje de la bula *Ad extirpanda* dice:

«Además, el funcionario o rector debe lograr la confesión bajo tortura de todos los herejes que ha apresado, sin dañar el cuerpo o causar peligro de muerte, porque son, en verdad, ladrones y asesinos de las almas, y apóstatas de los sacramentos de Dios y de la fe cristiana. Tienen que confesar sus errores y acusar a los otros herejes que conocen, así como a sus cómplices, a los encubridores, a los correligionarios y defensores, de la misma forma que se obliga a las personas malignas y a los ladrones de los bienes del mundo a acusar a sus cómplices y a confesar las maldades cometidas».

– ¿Reconoces ese pasaje?

– ¿Cómo no voy a reconocer el principal mensaje de aquella bula?

– Entonces vamos bien. En primer lugar, aclárame lo siguiente: «Confesión bajo tortura, sin dañar el cuerpo». ¿Cómo se lleva a cabo eso que parece una contradicción?

– Aplicando técnicas adecuadas –dice Inocencio a bote pronto.

– ¿Técnicas espirituales que no rocen el cuerpo?

Intuyo que la entrevista está a punto de romperse. La cuestión es que, en aquella bula, Inocencio IV promulgó la confesión bajo tortura y la extendió a la Iglesia universal. Porque el ámbito del papa es «universal». Es decir, el universo. Dejando de lado pequeñas incoherencias en la conversación, ha confirmado claramente que proclamó con plena conciencia la confesión bajo tortura. Ante tal contundencia, me he atrevido a contradecirle:

– Yo creía que la tortura, como método legal, era una brutalidad.

– ¡Qué palabra más altilocuente! –se mofa Inocencio.

– Tú ejerciste de jefe en conflictos militares y fuiste fugitivo –quiero apretarle–. ¿Te sucedió alguna vez ser torturado?

– No tuve esa suerte.

– ¡Pues lo siento de verdad!

Está claro. La bula *Ad extirpanda* de Inocencio IV legitimó la tortura como método de confesión. Y aunque en el pasaje mencionado de la bula se puntualizaba «sin causar peligro de muerte», es difícil creer que se lograra torturar sin tal peligro. Además de la tortura, Inocencio IV fue el primer papa que decretó la «muerte» de los herejes reincidentes. ¡Muerte! Para quienes no se avenían a renunciar a las creencias contrarias a las posiciones teológicas de Vaticano, ¿cuál sería el castigo? ¡La muerte! El método sería el fuego, la horca, la guillotina, la cruz ... La bula *Ad extirpanda* de Inocencio IV sería ratificada por los siguientes papas Alejandro IV y Clemente IV. No era, pues, una doctrina puntual, sino una posición orgánica de la Iglesia.

Puedes argumentar a favor de Inocencio IV que hubo claros antecedentes de tal bula casi desde un siglo antes. Lucio III, el papa 171, promulgó la bula *Ad abolendam*. «Ad abolendam diversam haeresium pravitatem». *Para extirpar las diversas maldades de los herejes*. Condenando a cátaros, valdenses y arnaldistas, aquella bula se convirtió en una herramienta efectiva contra cualquier disciplina que se apartase de la ortodoxia católica. Se dejaba en manos de la autoridad laica el «castigo físico» de los herejes. Quiere decirse que lo que aquella bula imponía e impulsaba era que el poder laico aplicase el castigo físico. No hace falta decir que el término exacto de tal «castigo físico» no era otro que la tortura. Así, aquella bula se convertiría en el embrión de la Santa Inquisición. He aquí lo que dice el pasaje más significativo:

«A las anteriores medidas (...) añadimos que cada arzobispo u obispo, en solitario o a través de un diácono o de otras personas honradas y adecuadas, una o dos veces al año, inspeccionará las parroquias donde se sospeche que viven los herejes, y en ellas obligará a tres o más personas de buen nombre, o si es necesario, a toda la comunidad, bajo juramento, a hacer saber al obispo o al diácono si conocen algún hereje o a alguien que realice reuniones secretas, o a quien se aleje del modo de vida, costumbres o andanzas comunes de los feligreses».

Así, se fijan las medidas contra los herejes en un tribunal permanente. Tribunal episcopal. Todo ello en cuanto a la actividad interna de la Iglesia. A cargos laicos externos a ella se imponen también deberes precisos. Así se ordena:

«Juren los condes, barones y otros nobles que van a ayudar a la Iglesia a encontrar y castigar a los herejes, si no quieren ser excomulgados y privados de todos sus bienes y derechos. Juren también todos los demás, bajo juramento, que denunciarán ante los obispos o sus delegados a todas las personas de las que se sospecha que viven en herejía o participan en sociedades secretas. Visiten los obispos, una o dos veces al año, todas las ciudades y pueblos de la diócesis, para descubrir a los sacrílegos. Sean entregados a la mano secular aquellos que han sido declarados herejes por los obispos y que no han confesado su crimen. Y sean también considerados infames para siempre y depuestos de sus empleos».

– ¡Inocencio! ¿Puedes hablar?

– Escucho.

– Entonces, teniendo en cuenta todo ese paquete que venía antes de ti, tú no hiciste más que implantar una precisión terminológica, ¿no es así?

– ¡Vaya manera más retorcida de hacer una pregunta! –gruñe frunciendo el ceño.

– ¡Perdón! Los papas quizás no habéis cultivado demasiado la capacidad de comprender. Esta es la pregunta: Lo que el papa anterior a ti Lucio III decía («entregar a los sacrílegos a la mano secular») y el término «tortura» que tú implantaste, ¿acaso no son lo mismo o casi lo mismo?

– Puede pensarse que sí, pero hay que pensarlo. Todos no lo pensaban, y menos lo pensaban igual. Yo no inventé nada, pero había que precisar el término, sin dejar resquicio alguno a la duda. No lo agradecieron poco los siguientes papas y cristianos.

- ¿No pensaste que la «confesión bajo tortura», o simplemente, «la tortura», es la mayor brutalidad que puede concebir el ser humano?
- ¡Uf! ¡Otra vez esa altilocuente palabra! –exclama Inocencio con aversión.
- Entonces, yo también, como tú, haciendo una aportación, en lugar de «brutalidad», diré «crimen». Tú debes de conocer bien ese término.
- ¡Sí que lo conozco!
- Entonces, ¿no pensaste que la tortura es uno de los mayores crímenes que puede inventar el ser humano?

Inocencio se ha quedado callado, echando la cabeza hacia un lado, como si viera pasar una cucaracha. Sé lo que está pensando: «¿Cómo voy a decirle a este, que tal vez ni siquiera tiene fe, que el papa no es un ser humano, sino el representante de Dios? ¿Y que Dios tolera todo tipo de crímenes, en un misterioso silencio, para luego, un día ...? ¡Bueno! ¿Para qué continuar explicando nada a los incrédulos?»

- Tú, Inocencio, habrás oído y a menudo predicado que creer en Dios ha de ser un acto libre.
- Eso es precisamente la fe: una voluntad libre rendida ante Dios.
- Y la voluntad que elige otro camino ... ¿rendida al fuego? ¿A la tortura?
- No lo has comprendido –dice Inocencio paternalmente–. La fe en Dios tiene que ser necesariamente libre, porque no se puede concebir la libertad de apartarse de Dios.
- De lo que se deduce que la libertad es una opción de dirección única.
- ¿Acaso Dios no es único? –se acalora Inocencio–. ¿Tan difícil es comprender que la opción natural de una voluntad es la fe?
- ¡Bien! Acabemos este diálogo insecticida.
- Llevamos medio día de cháchara, y todavía no me has dicho a qué has venido.
- ¡A matarte, Inocencio!
- ¿Matarme? ¿Por qué?
- Porque yo también sé matar.
- ¡Pero si estoy muerto hace siglos! –se burla Inocencio pontificalmente.
- Tu memoria pervive, pero mereces morir, porque en lo solemne de una bula, legitimaste la brutalidad de la tortura. O si prefieres, el crimen de la tortura. ¡Y porque la practicaste!
- ¡No me atemorizas! –se le arruga la mirada–. Seguiré siendo recordado y honrado en todas la piedras, lienzos y papeles en los que he estado hasta el presente.
- Está bien que sigas en los papeles, como testimonio de una condenada memoria. No sabes cuánta gente se aliviará y cuántos se alegrarán con la sentencia que llevas ahora.
- ¿Cuál es exactamente esa sentencia?
- En adelante, tú serás uno de los mayores males de la historia.

## ISABEL I DE CASTILLA

- Yo, Isabel I de Castilla.
- ¡Un honor, señora! ¿Cuáles son tus gracias?
- Varias. Las más grandes, dos. Reina Católica e Imperio español.
- ¿Acaso la primera, más que gracia tuya, no es el regalo de un papa?
- ¿Qué gracia más grande hay que el regalo de un papa?
- Dicho así, parece razonable, pero ese papa era Alejandro VI, que tuvo fama de tratante sumamente depredador.
- Yo no percibí nada de eso.
- Ese mismo papa te concedió una distinción honorífica el año 1500: «Rosa de Oro de la Cristiandad». ¡Grandiosas palabras ciertamente!
- Otra gracia conmovedora.
- Por algo te concedería tal título –insisto–. Ya conoces la fama que tenía ese papa. Según la opinión pública, «no se puede intentar salvar la reputación de Alejandro VI».
- No lo sé –declara Isabel con aire esquivo–. Nosotros vivíamos más lejos de Roma que Roma de nosotros.
- ¡Pero si Alejandro VI era valenciano!
- Yo no miro el origen de los papas.

Sorprender así a solas a Isabel I de Castilla me ha causado una expectación nerviosa, en la medida en que también me da miedo. La sangre me impulsa al embate, pero el instinto me ordena prudencia. A un político y pensador mundialmente famoso y querido le oí decir recientemente: «España vive todavía con Isabel I». Tengo que tragar o vomitar cinco siglos para llegar al inicio. Por otra parte, Isabel muestra una cara angelical. Su habla es suave, como si rezara el rosario, tal vez porque así lo aprendió, pero es igual. Tengo que tratarla bien, porque es importante que hable como siente.

- La segunda gracia, Isabel. esa sí, ¡esa es tuya! –le digo con franqueza–. El Imperio español es, sin duda, gracia tuya.
- ¡Y orgullo! –exclama con convicción y fuerza.
- Fuiste también «Señora de Vizcaya».
- Y de Aragón, y de Sicilia ...
- No siga. Estamos mencionando las «mayores» gracias.
- ¿Mayores que esas? –me rebate.
- No lo sé. Dejémoslas por ahora. Ya aparecerán en su lugar.

La vida de Isabel en el poder descollaría, sobre todo, por su matrimonio con el príncipe Fernando de Aragón, con bula papal de dispensa incluida. Siendo ellos primos segundos, no podían casarse sin tal dispensa. Bajo una apariencia de dificultad, puede decirse que lo consiguieron fácilmente. Un trueque, por mediación del delegado papal Rodrigo Borja: Isabel y Fernando serían dispensados y estos concederían la ciudad de Gandía al hijo de Rodrigo Borja.

Aparte de cuestiones canónicas y de tratos, fue una boda peculiar. En primer lugar, fue un arzobispo (Alfonso Carrillo) quien aconsejó a Isabel que eligiera como prometido a Fernando de Aragón. Todo debió de desarrollarse en el secreto más absoluto.

- ¿Es eso cierto, Isabel?
- Es cierto, sí. Éramos demasiado jóvenes aún.
- O sea, que también Fernando dio el sí.
- ¡Por supuesto! Más con el corazón que con la cabeza.

Al de un tiempo se celebró la boda. Fernando salió de Zaragoza disfrazado de criado y acompañado por solo seis personas. Cuatro días más tarde se celebró la ceremonia de boda, con bendición incluida de sentido político, de manos del arzobispo Carrillo.

– ¿Vamos bien, Isabel?

– ¡Sí, sí! Solo recordarlo me produce temblor.

– ¿Y lo del día siguiente? ¿Lo recuerdas?

– ¿Recordar qué?

– «El matrimonio fue debidamente consumado en la cámara nupcial ante un selecto grupo de testigos». ¡Isabel! ¿Ese último detalle es también cierto?

– Era preceptivo.

– ¡Ay, oscuras almas del limbo! ¿Cómo acumuláis los reyes y reinas costumbres tan vergonzosas y ridículas?

Isabel y Fernando pronto se convertirían, por medio de otro papa, en «Reyes Católicos». Costándoles bastante más, Isabel y Fernando conquistaron el reino nazarí de Granada. Y participando en una red de alianzas matrimoniales, lograron que su nieto Carlos heredase las coronas de Castilla y Aragón. También las de otros territorios europeos, lo cual convirtió a Carlos en emperador del Sacro Imperio romano.

Volviendo a ellos, Isabel y Fernando se adueñaron del trono. ¿Cómo? Tras una larga guerra. Primeramente, contra Enrique IV, en el conflicto de sucesión de su mismo nombre. Luego, en la guerra de sucesión de Castilla, contra los partidarios de Juana, la otra aspirante al trono. Juana era sobrina de Isabel. El hecho de ser consanguíneas y familiares no suavizó la cruel guerra de sucesión de Castilla, que duró cuatro años.

– Parece que el ser «católicos», o sea, «los Reyes Católicos», fue la recompensa de largas guerras.

– Eran tiempos convulsos.

– ¿Tiempos convulsos o vosotros conquistadores?

– No veo dónde está el matiz. Entonces, o conquistabas, o te conquistaban.

– ¡Oh! ¡Qué fatalismo más desdichado!

– Más o menos –admite Isabel, no sé si con frialdad o naturalidad.

– Después de la guerra de Granada, ¿fue también fatalismo expulsar a los judíos de sus reinos?

– ¡No sabes lo que acabas de mentar! –como si un moscón le hubiera dado en la cara–. Cada judío era un explosivo bajo los pies. Incluso una vez expulsados, había que alejarlos, si querías sentir un mínimo de seguridad.

– ¿No era ese un método bastante salvaje para ganar una guerra?

– ¿Qué podíamos hacer? ¿Matarlos a todos?

– También hicisteis eso, no con pocos, no pocas veces.

– ¡Pero no con todos, y no siempre!–. Ya no sentía ningún moscón en la cara.

¡Claro que no! Era la Reina Católica, y obligaban a convertirse al cristianismo. Porque la unidad religiosa de la corona hispánica era uno de los mayores bienes. ¿Bajo pena de muerte? Si hacía falta, ¿por qué no? Eso está lejos de una fe libre, pero cuando ves la horca, todo encaja.

Había por allí un tal Don Álvaro de Luna, que lideraba uno de los dos bandos nobiliarios. Parece que no era del gusto de Isabel, y había que quitarlo de en medio. Lo hizo ella más bien, porque todo se hizo impulsado por Isabel. Quitar, quitar ... Don Álvaro fue apresado, juzgado y degollado en la Plaza Mayor de Valladolid. Dicho así, causa impresión, pero no fue para tanto. La plaza estaba tan abarrotada de gente que no se veía bien la ejecución.

– ¡Incluso las calles laterales estaban a rebosar! –confirma Isabel–. Eso me inquietó, pero también me tranquilizó contemplar semejante gentío, ansioso de gozar del fin de Don Álvaro.

No hay duda de que Isabel era valiente –habla el obispo de Segovia–. Sobre todo, defendiendo a sus hijos. Nos asombró lo que hizo en el Alcázar de Segovia por salvar a su primogénita Isabel. «¡Alto, señora ¡Alto, por favor! –le rogué de rodillas yo, obispo de Segovia–. Va a perder la vida de su majestad ante esos salvajes». Isabel seguía adelante sobre su caballo, hacia el alcázar. Hizo a todo galope un trayecto de 60 kilómetros, para sofocar un motín contra el alcaide guardián del alcázar, malgastador y tiránico. El alcaide no le importaba lo más mínimo, pero allí vivía su hija, al cuidado de su amiga Beatriz. Cuando la reina entró en el alcázar, dejó abiertas las puertas para que los sublevados pudieran entrar. Viendo así a la reina y escuchadas sus hermosas palabras, el motín se aplaca y la hija se salva.

Los relatos se inflan siempre –digo yo–, tanto cuando se trata de gente superior, como cuando habla un obispo. Pero sí. Es lógico que una madre haga tanto y más, aunque sea una reina. También en la guerra de Granada debió de ser decisiva la intervención de Isabel para reanimar a las tropas, que estaban a punto de rendirse. Su marido Fernando le imploró: «Preséntate en el campo de batalla para levantar la moral de las tropas». Isabel lo hizo, tomando por compañía a unas damas y a su primogénita. El impacto fue inmediato. Cansados de mantener un asedio tan largo, las tropas a punto de rendirse revivieron, y fue la población sitiada en la ciudad de Granada la que comenzó a rendirse.

– Eso parece más un milagro que una victoria.

– Lo que quieras, pero Granada fue conquistada.

– Y puede decirse que entonces arrancó el Imperio español.

– ¡Sí! La unidad de España fue una base esencial.

De todas formas –habla Isabel–, mi gracia principal no fue, propiamente, el «Imperio español», sino creer e impulsar la hazaña de Cristóbal Colón. Creer no fue fácil, pero una vez conseguido, ¿quién podía negar ayuda para una gesta tal? Tuve numerosas críticas y reacciones políticas en contra, dentro de la misma corte y entre los científicos de la época. Desde el no obstinado al último sí, hubo largas y difíciles negociaciones. Había unos pocos como Colón y algunos científicos favorables a él, que decían que tenía que haber necesariamente desde el Oeste un camino más corto al extremo Este de Asia. Y en el trayecto, quién sabe cuántas islas y tal vez un continente.

Al océano Atlántico –continúa Isabel– lo veían todos como interminable. Nadie que había partido hacía allá había regresado. Pero, poniéndonos a soñar, ¿si ocurriera el milagro de llegar hasta algo inesperado? ¿Si fuera llegar, tal vez, no a una superficie de tierra, sino a una tierra de oro? Aquel año, las arcas de la Corona de Castilla no estaban boyantes para una ayuda tan grande, pero nunca es difícil sacar dinero de una partida para meterlo en otra. Colón me dijo: «Si no lo hacemos nosotros, y no lo hacemos pronto, otros lo habrán hecho a finales de este siglo. Los daneses tienen un plan muy avanzado. También en Lisboa andan dando vueltas a la idea».

Ese fue el empujón que necesitaban las dudas de Isabel. ¡Hay que hacerlo! Y partieron. Parecía que se iba a conseguir algo importante, porque ya en el camino recibían claras señales. La cuestión era tener capacidad para seguir adelante, porque no imaginaron que fuera a ser tan lejos. Iban e iban, y llegó un punto en el que estaban condenados a continuar. Tras haber realizado una travesía tan larga, no había posibilidad de regreso. Era demasiado tarde para arrepentirse.

– Según las referencias de mis expertos, Toscanelli y otros –habla Isabel–, el extremo de Asia estaba más cerca de Occidente que del Este. La convicción empezaba a flaquear, pero no había otro remedio que seguir navegando. ¡Y he allí que por fin llegaron a la isla Guanahani! Yo, casi exhausta, me vi siendo la más rica del mundo.

¡Y yo, asno Balaam, pensando! ¿Qué quería Colón de verdad? ¿Una aventura? ¿Una hazaña? ¿Una experiencia insuperable? ¿Una cima del orgullo? ¿Un desafío sobrehumano? Balaam piensa: «Tiene que ser algo más práctico. Aquel hombre era genovés, de una tradición

de comerciantes marinos natos. ¡Pero, bueno! Eso no quiere decir nada. El origen de las personas no puede explicar una iniciativa tan descomunal. Dejémosle ir y luego veremos».

– ¿Y tú, Isabel? ¿Qué esperabas cuando decidiste ayudar a Cristóbal Colón?

– Así de repente, no sé qué decir.

– Tres embarcaciones y 80 hombres, más suministros y arsenal.

– La expedición se completó con facilidad. Lo incierto era el final.

– Te lo recordaré. Salida: 3 de agosto de 1492. Regreso: 15 de marzo de 1493. Siete meses y medio. Quedarías maravillada, ¿no?

– Maravillada y aturdida. ¡Descubrir un continente nuevo!

Este es el momento que deseaba yo de boca de Isabel. Y de pronto, me quedo agarrotado. No sé cómo y por dónde atacar, porque no me enfrento a una simple persona, sino a cinco siglos. A cinco siglos como cinco estratos de piedra. Aunque me encuentre encima de la losa de Isabel, siento que su espíritu atraviesa todas las superposiciones, desde abajo hasta arriba. Alzando la cabeza para inspirar hasta el fondo, le digo casi susurrando:

– ¡Isabel!

– ¿Qué? –ella también, como si hubiese captado la intención.

– ¿Dices «descubrir» un continente «nuevo»?

– ¡Encontrar! ¡Descubrir! –exclama Isabel con entusiasmo.

– ¡Isabel! No quisiera arruinar tu eternidad, pero ¿encontrasteis el «nuevo» continente vacío?

– No entiendo la pregunta, o no la he oído bien.

– ¿En aquel continente no vivía nadie? –preciso en tono burlón.

– ¿Pero ¿cómo no iba a vivir nadie?

– ¡Isabel! –me planto sobre la piedra—. Hablemos claro. ¿Por qué llamáis «descubrimiento» a la llegada a un continente en el que desde miles de años antes vivían civilizaciones enteras?

– ¿Cómo ha de llamársele entonces?

– Pues, por ejemplo, con unos términos que son muy usuales para ti: *invasión, conquista* ...

– ¡Esas vendrían luego! –afirmó Isabel, como una evidencia natural.

– Luego ... Luego vendrían esclavitudes, expolios, genocidios ...

– ¡Y cuántas cosas buenas! –me corta Isabel, sin negar lo anterior.

– Cosas buenas. ¿Por ejemplo?

– Por ejemplo, una hermosa lengua.

– ¿Con la destrucción de cuántas lenguas hermosas?

– Por ejemplo, excelentes universidades.

– ¿Cuántos indios se matricularon?

– Por ejemplo, avances de todo tipo.

– ¡Alto, Isabel! ¡Alto!

Parece que está anticipando toda la retahíla de los siglos posteriores. Lo que Isabel dice es que unos avances selectivos justificaban todas las violencias anteriores. Arrancó un imperio español donde, según se decía con orgullo, nunca se ponía el sol. ¿Cómo podía conseguirse aquello sino aplicando todas las violencias? No se conoce otra manera. Isabel no dudó. Aunque cursara algunas órdenes en favor del buen trato a los indios y contra la esclavitud, en el balance general fueron corazonadas anecdóticas y de imagen.

– ¡Isabel! Tú eres la principal responsable de la ocupación depredadora de América.

– ¡Dios mío! ¡Cuando estaba a punto de que me hicieran «santa»!

– Te harán, como te hicieron «católica». Pero ni eso ni nada impedirá que seas tú el sujeto principal de la colonización asesina de América.

– ¡Tenía también a mi marido, eh!

– Con decir «tú», está dicho también él.

– ¡Ay, Virgen Madre del Pilar! ¡Cuántas cosas hermosas dejamos hechas allí!

¡Sí, Isabel! Esas «cosas hermosas» están de sobra contadas en las historias de nuestras escuelas. También te tocó sufrir, desde luego. Lo creemos. De lo que deducimos que eras incluso lista, aunque tal don no sea un distintivo de reyes y reinas. Entenderás enseguida la pregunta.

– ¿Hmm?

– Si el «descubrimiento» hubiera sido en sentido inverso, ¿qué piensas que habría tenido que hacerse para que hoy toda España hablase quechua?

– Tendría que pensarlo.

– No lo pienses. Recuerda lo que hicisteis.

Isabel sabe bien que fue muy adulada, y que continúa siéndolo. Pero a nosotros no nos interesan los relatos de la adulación. Nos interesan otros relatos. Por ejemplo, cómo Isabel la Católica fue una conquistadora empedernida. Y ya sabemos de qué única forma se puede ser conquistadora. Pensemos cómo sería su espíritu casi beatificado. En su testamento rogaba a sus sucesores que se empeñasen en conquistar todo el Norte de África para la cristiandad. La gran América no le bastaba. ¡Y, qué casualidad, aunque ella no podía saberlo! Cinco siglos después, partió desde el Norte de África un alzamiento matón que traería una guerra civil sangrienta, seguida de una dictadura brutal.

– Y, mira por dónde, Isabel, la llamada Dictadura de Franco, en su propaganda, os utilizó profusamente como símbolos a ti y a tu esposo. ¿Entiendes por qué no es preciso ponerse a contar vuestras «cosas hermosas»?

Dejando a un lado la evolución depredadora de las conquistas y del imperio, hay otra cuestión especialmente dolorosa, aunque seguramente a ti, Isabel, te parecerá la obra más gloriosa. Sabrás que la Santa Inquisición, fundada 300 años antes de ti, fue implantada en el Reino de Aragón en 1249. Y luego, cuando unisteis Aragón con Castilla, se extendió a ambos reinos. Y su campo de acción se extendería a los territorios conquistados que se llamarían América. Todo ello impulsado directamente por la monarquía hispánica. Ahí estás tú, Isabel, y ahí está tu esposo Fernando.

También sabrás que el papa Inocencio IV, para asegurar los objetivos de la Inquisición, legitimó la tortura, recibiendo la confirmación de los papas siguientes. Y sabrás, cómo no, que Tomás de Torquemada, tu confesor particular, fue el primer inquisidor general de Castilla y Aragón, por deseo y decisión tuyos y de tu esposo. A ti no te lo parecerá, pero sabrás que el nombre de Torquemada ha quedado para siempre como símbolo de la crueldad, de la intolerancia religiosa y del fanatismo. Sabrás también por qué: porque para conseguir confesiones, generalizó el empleo de la tortura. Y porque estableció que quienes fueran hallados culpables –¡y qué fácilmente se hallaban!– fueran quemados en la hoguera. Todo ello, como tú bien sabes, sucedió bajo tu mando, ad maiorem dei gloriam.

– ¡Madre mía, jamás cuanto mereces alabada! ¿Cómo has permitido que yo tuviera que escuchar toda esta andanada?

– ¡Isabel! Hay que terminar esta maldita historia.

– ¡Sí, a poder ser! No estoy acostumbrada a que nadie me hable tan mal.

– La cosa no va a terminar en palabras.

– ¿Qué más necesitas?

– ¡Matarte!

– ¿Matarme? ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¡Pero si ya morí!

– No debidamente. Voy a matar tu memoria.

– ¡Más difícil aún! Soy el símbolo de todo un imperio, y un hito de toda una humanidad.

– Lo serás para el imperio, pero no para una humanidad sana.

– ¡Pero si la historia ya está hecha!

- En la humanidad hay historias muy diferentes. ¿Quieres escuchar cuatro de ellas?
- ¿Por qué no, tras haber escuchado todo lo anterior?
- He aquí unos títulos posibles: «Historia dolorosa de la humanidad». «Historia triste de la humanidad». «Historia afortunada de la humanidad». «Historia criminal de la humanidad». ¿Dónde crees que encaja tu persona?
- Llegados a este punto, ponme donde quieras.
- Donde quiera yo, no. Donde te corresponde. Desde hoy en adelante, tú serás una de las cimas principales de la Historia Criminal de la Humanidad.

## LUIS XIV DE FRANCIA

- Yo, Luis XIV de Francia.
- ¿Y?
- El reinado más largo de la historia. 72 años y 110 días. Y ...
- ¡Basta, basta! Lo de ser el más largo no puede superarse con nada. Tu apodo ...
- Eso mismo iba a decir yo, pero no me has dejado –se enfurruña Luis XIV.
- Casi es más propio que lo diga yo, porque ¿cómo puede alguien denominarse a sí mismo «Rey Sol»?
- ¡Uno mismo y todos! Tú mismo lo sabías.
- ¿No te parece algo bastante bobo? Una bola de fuego ... ¿tú?
- ¿Por qué no, si era superior?
- ¡Ah! Lo de la legitimación divina y demás.

Al representarse Luis XIV a sí mismo como «Sol», algo de razón tenía, porque en su entorno había reunido a los planetas políticos, militares y culturales más famosos de la época: Bossuet, Colbert, Le Brun, Le Nôtre, Lully, Mazarino, Molière, Racine, Turenne, Vauban, Corneille...

- ¡Mazarino! –me atrevo–. ¿Cómo admitiste como primer ministro a un cardenal?
- El estaba allí antes que yo. Había sido lugarteniente del cardenal Richelieu.
- Régimen eclesial. En realidad, Mazarino era un cura. Luis XIII le había nombrado cardenal. Al morir este, Luis XIV era un niño de cinco años, y tomó la regencia su madre Ana de Austria, que nombró primer ministro a Mazarino.
- ¡Ay, Mazarino! ¡Listo y hábil! –exclama el Rey Sol.
- ¿Es por eso por lo que se convirtió en el más rico de Francia y, tal vez, del mundo?
- La habilidad vale para todo.
- Me extraña cómo no te disputó el título de Sol.
- Ya te he dicho que era listo –el Rey Sol–. Bien sabía él que brillaba más como un planeta real que como un sol incierto. Porque yo tampoco era un ingenuo.
- ¡No, Catorce! Eso no se me habría ocurrido ni en una comedia de Molière. Un ingenuo no edifica el Palacio de Versalles. 2.153 ventanas y 67 escaleras. Supremo en solemnidad e insuperable en astucia.
- En «orgullo» habrás querido decir –matiza Catorce, con gesto incluido.
- ¡No, Catorce! En «astucia» –matizo yo también, con gesto equivalente.

Quisiste erradicar los residuos del feudalismo –sigo yo, tomando una distancia cinemal: abordándolo como un ser ausente–. Habías comprobado que los nobles y los aristócratas eran peligrosos. En cualquier lugar surgían traiciones, impaciencias, ambiciones, rebeldías. ¿Qué se podía hacer? Obligar a una buena parte de los nobles y aristócratas a vivir en Versalles. Gratis. Colocados todos juntos, estaban forzados a uniformar la competencia entre ellos hacia tu presencia, a ver quién era más amigo tuyo, quién más favorito tuyo.

Todos tus pasos, hasta los más nimios, los convertiste en ceremonias. En cuanto te levantabas de la cama, allí estaba en formación un grupo de nobles (más la servidumbre) para desearte los buenos días y para hacerte todas las reverencias que hicieran falta. Cuando pasabas a limpiarte los dientes (cuando te los limpiabas), había allí otro grupo de nobles, según el orden establecido en las listas. Uno te ofrecía el cepillo, otro te ponía la pasta de dientes, a veces incluso te los cepillaba, como para calcular la edad de los caballos. Para bajar las escaleras, otra hilera de nobles en cada flanco, con todos los ademanes protocolarios.

En el salón del desayuno, a derecha e izquierda, mientras te abrían las mermeladas y zumos del día, un montón de nobles en pie, en actitud de veneración, hasta que tú les

ordenaras sentarse o retirarse de tu vista. Tú, mientras tanto, hacías como que los contabas de uno en uno, como un flamenco observando a su bandada.

Y así todos los movimientos del día, tanto privados como oficiales. Y así, no solo con los residentes nobles del palacio, sino con todos los mandatarios y embajadores que acudían a reuniones diplomáticas y negociadoras. El «Sol» debe calentar las cabezas de todos. Calentar y quemar, porque no tolera que haya en medio ninguna nube. Según la terminología técnica, monarquía absoluta. Estado totalmente centralizado. Decías que no eras «ingenuo», pero puedes serlo tranquilamente. Nadie te lo notará.

– ¡Pero, Luis! Sin ninguna mala intención. ¿Para qué necesitabas 1.000 pelucas y 413 camas? ¿Y 67 escaleras?

No hay respuesta. Continuaré preguntando.

– ¿Por qué aparecías siempre con zapatos de tacón alto y con esas colosales pelucas?

Ídem. Pues, lo intentaré de nuevo.

– ¿Necesitabas tanto carnavalismo para sentir que quien iba dentro era alguien?

Me ha hecho un gesto de escupirme a la cara. A veces me da la impresión de que la peluca le impide oír. ¡Mil pelucas! Calándose una cada minuto, lo suficiente para cubrir todo un día. Un día despierto, claro, porque no es imaginable que durmiera también con peluca. ¿O sí? ¡Y cuatrocientas trece camas! Es comprensible, dado que era un cazador empedernido. Lo más comprensible, lo de los tacones altos, siendo él de pequeña estatura. Dicho llanamente, un hombrecillo. Pero con tacones como zoquetes y pelucas a juego, parecía «grande». Como nadie le decía lo contrario, se creyó que era «grande».

El palacio de Versalles, originalmente, era un edificio de caza, construido por Luis XIII. Su hijo lo convirtió en un fastuoso palacio. ¿Por qué construyó un palacio de tal extravagancia y por qué trasladó allá la residencia de la monarquía? ¿Porque odiaba París? No. Versalles era un lugar enorme y conmovedor para recibir en él a representantes para temas de estado y a autoridades extranjeras. Allí no se distraía la atención en la capital y en las gentes, sino totalmente sobre el rey. La vida de la corte se centraba en la grandeza. Los cortesanos llevaban una vida de lujo, ropajes de gran magnificencia, celebrando siempre cenas, representaciones, festividades ... Y vicios, cuantos quisieran.

En realidad, muchos nobles se encontraron forzados a abandonar toda su influencia o a quedar a expensas de los subsidios y ayudas reales, para mantener la forma de vida tan cara de Versalles. Tal situación propició que los nobles dejasen de intentar retomar el poder, por los problemas que su poder pudiera traer a la corona. No tenían otro quehacer ni posibilidad de hacer otra cosa que ser invitados a cenar con el rey o llevar una vela cada uno, cuando el rey se retiraba a sus aposentos. ¿Qué habitación toca hoy? La 211. ¿Se levantará también en ella? Eso lo dirá el devenir del sueño. ¡Duerma bien, Luis! Si es así, me levantaré en la cama en que me acosté. ¡De acuerdo! Mañana por la mañana tendrás otra cohorte a la espera de que te levantes.

Un estado totalmente centralizado necesitaba también una religión única. La Iglesia católica. A todos los derechos de los hugonotes y protestantes calvinistas, ¡fuego! ¡Y adelante las «dragonadas»! ¿Qué es una «dragonada»? Casi preferiría que lo explicases tú mismo, Luis, porque a mí me da escalofrío contarlos directamente.

– ¡Qué gallina eres! Los «Dragones» eran militares –habla Luis–. Soldados y oficiales.

Entonces, se desplegaban las tropas en las casas de los protestantes y tenían derecho a comer y beber en ellas. Y dicho claramente, a hacer lo que quisieran: saquear bienes, violar a las mujeres ... Era una manera muy efectiva, por un lado, para alimentar y tener contento al ejército. Y por otro, para que los habitantes de aquellas casas emigrasen adonde pudieran o se convirtiesen al catolicismo. Hubo algunos de estos últimos, pero la mayoría eligió marcharse en tromba. La cuestión es que la comunidad protestante quedó prácticamente desbaratada.

– ¡Buena, Luis! Eso parece más que una monarquía absoluta.

– ¡Mucho más! –exclamó Luis con firmeza–. Durante mi largo reinado, Francia se convirtió en la primera potencia europea, y su poderío militar imperó sin cesar.

– Pero la pugna con España –le objeto– marcó toda tu infancia.

– No tanto. No me dejaron que me percatase de nada. Mi infancia fue feliz.

– Pero luego, en tu gobierno personal, tuviste que enfrentarte a tres grandes conflictos continentales: la Guerra Franco-holandesa, Guerra de los Nueve Años y la Guerra de la Sucesión Española. Además de esas tres, tuviste que disputar numerosas guerras más cortas.

– ¡Y salí victorioso en casi todas! Digo «casi», pero creo que las gané todas.

– En tiempos de paz ...

– En tiempos de paz –me corta–, mi pensamiento era preparar la siguiente guerra.

¡Vaya! Es, pues, la guerra lo que define la mente de Luis. Mientras su cabeza transitaba por una mixtura de comercios, venganzas y confrontaciones, intuyó que la guerra era el medio ideal para engrandecer su gloria. Enseñó a sus diplomáticos que su trabajo era crear ventajas tácticas y estratégicas para el ejército francés. Cuando murió el año 1715, dejó a su nieto, quien luego sería Luis XV, un reino poderoso, aunque medio arruinado.

Luis XIV nació como cualquiera, pero no en un lugar como el de cualquiera, el 5 de septiembre de 1638. Sus padres fueron Luis XIII y Ana de Austria. Vino al mundo como un don divino, porque sus padres necesitaron 23 años en conseguir un sucesor. Fue bautizado como «Louis-Dieudonné», es decir, «Dado por Dios». No es de extrañar que luego tú, Luis, pensaras que eras divino. Es decir, que eras Dios. «Sol» en la tierra, a cuyo alrededor debían girar todos los planetas y toda Francia. Dicho claramente, es decir, dicho por ti mismo, «el Estado soy yo».

Guerra de los Treinta Años. Toda Europa en guerra. Catástrofe. Al menos la mitad de la población aniquilada por masacres, hambrunas y enfermedades. La guerra terminó al fin con las Paz de Westfalia, y en Francia comenzó una guerra civil llamada *La Fronde*, nombre que evoca los tiragomas que portaban los sublevados en la primera insurrección de París. Tú, Luis, aún eras menor de edad. Tu padre, siendo su primer ministro el cardenal Richelieu, comenzó una gran centralización, a costa de la nobleza. Al cardenal Richelieu le sucedió el cardenal Mazarino. En el parlamento estaban los colegas de la nobleza y los altos cargos de la Iglesia. «¿Restrungen nuestra autoridad y ahora, encima, nos cargan de impuestos?». Ordenaron quemar todos los edictos financieros de Mazarino. Insurrección. Algunos parisinos encolerizados irrumpieron en el palacio real, exigiendo ver al rey.

– Al ser conducidos al salón real, dicen, Luis, que se quedaron mirándote a ti. Y tú fingías dormir. ¿Por propia iniciativa o aconsejado por tu madre?

– No lo sé. Todavía era un niño. Lo que sé es que los encolerizados parisinos se marcharon totalmente tranquilizados.

– ¡Vaya susto, eh!

– Has dicho que yo dormía.

– Pero tu madre Ana, comprendiendo el peligro que corrían la familia real y la monarquía, huyó de París contigo y con los cortesanos.

– Para mí, un bonito viaje más. Además, al poco tiempo se firmó la Paz de Westfalia y teníamos al ejército de nuestra parte.

– Dirás lo que quieras, pero de buena te libraste, «niño de Dios».

– ¡Es que lo era! –dice más seguro que el sol–. ¿A qué tenía que temer?

Motivos para el miedo sí que los había. Nada más terminar la primera Fronde (insurrección), comenzó la segunda. Nobles de todos los niveles, príncipes y princesas, nobles de largo linaje, incluidos los ascendientes reales, y también representantes del clero, se sublevaron contra el poder real. Fue entonces cuando Luis le cogió ojeriza, o al menos gran desconfianza, a la nobleza. ¿No es así?

La guerra contra España seguía e iba para largo. Los franceses, súbitamente, obtuvieron el apoyo militar de Inglaterra, encabezado por Oliver Cromwell. La alianza anglo-francesa derrotó a los españoles en la batalla de Dunkerque. De ahí llegó el Pacto de los Pirineos, firmado en el río Bidasoa.

– ¿En el río Bidasoa? –pregunto casi de sobresalto.

– ¡Sí! –afirma Luis–. Ahí se estableció la frontera pirenaica entre España y Francia.

– ¿Ese pacto determinó la partición en dos de Navarra, separando la Navarra Alta de la Navarra Baja?

– ¡Sí! Porque yo había sido también rey de Navarra.

– ¿Ese pacto trajo tu matrimonio con una infanta de España, María Teresa de Austria?

– ¡Sí! Y la boda se celebró en San Juan de Luz, en la iglesia de San Juan Bautista.

– ¿Aquí? ¿Casi en la cocina de los vascos?

– ¡Sí! Y la primera misa de boda, en Hondarribia.

– ¡Vaya, vaya! ¿Y la primera noche en el María Cristina de San Sebastián?

– No recuerdo ese nombre.

– ¡No, no! No lo puedes haber oído. ¡Menuda tortugona fue ella! Perfecta para congeniar contigo. Por algo lleva su nombre el hotel más famoso de San Sebastián.

¿Otra guerra? Sí. Esta en la Provincias Unidas de los Países Bajos. Yo a ti, tú a mí, Brabante para mí, el otro para ti ... Intereses cruzados y ambiciones insaciables. Tú, Luis, no tuviste muchas dificultades para quitar a los Países Bajos Flandes y el Condado Franco, pero la Provincias Unidas se unieron a Inglaterra y Suecia en la Triple Alianza, y tuviste miedo de entrar en una guerra de grandes dimensiones. Parece que no eras tan divino, y aceptaste firmar el Pacto de Aquisgrán. Flandes para ti y el Condado Franco para España. La cosa no terminó ahí. Tú querías guerra. Querías ocupar también Estrasburgo, y lo hiciste con facilidad. Durante tu mandato, el poder de Francia se amplió enormemente. También se multiplicaron las colonias en tierras extranjeras, en América, África y Asia. El explorador René Cavalier reclamó para Francia la ribera del río Misisipi, denominándola Luisiana en tu honor. ¿Qué más voy a decirte? Te movías en tu propia espuma. En tu propia sangre.

– ¡No eras tan torpe, Luis! Me hace gracia tu estrategia en el Palacio de Versalles. ¿Era así realmente?

– Realmente y fácilmente –asiente Luis con orgullo–. Podía ser torpe, pero entre mentes torpes, una fuente de luz. El poder de la nobleza y el clero se había reducido, al tener yo a los nobles bajo mi control en Versalles. Desde allí no tenían posibilidades de organizar rebeliones e insurrecciones en sus territorios.

– ¿No se aburrían de subir y bajar tantas escaleras?

– Seguramente sí, pero estar al lado del rey era la única manera posible de recibir favores y privilegios.

– Una vida monacal, por así decirlo.

– ¡Oh, no! Había diversiones sin cesar, con fiestas y entretenimientos de todo tipo. Molière, por ejemplo, iba continuamente a Versalles. Y todos allí, atontados, y el rey cada vez más endiosado.

Luis XIV declaró también otra guerra, que también la ganó en gran medida. Primeramente, estableció la exclusividad de la Iglesia Católica. *Cuius regio, eius religio*. De quién la región, suya la religión. Para ello había que prohibir todas las demás creencias. Un edicto, y adelante. Así deshizo el protestantismo en Francia, obligando a miles de personas de aquella creencia a emigrar clandestinamente.

– «¿Obligar a emigrar clandestinamente»? ¿Cómo es eso?

– Es que la emigración estaba prohibida. Por ello, eran muchos más los castigados y convertidos forzosamente.

Bien. El catolicismo, única religión de Francia. Y ahora, el «galicanismo». Es decir, la supremacía de la Galia, por encima de la Iglesia Católica y de Roma. Si el poder del rey provenía de Dios, ¿por qué no iba a ser él la autoridad religiosa suprema de Francia? El poder del papa, debilitado. Entre las diversas medidas de Luis XIV, sin su visto bueno el papa no podía enviar a sus delegados ni los obispos podían salir de Francia. Ningún agente del gobierno podía ser excomulgado por actividades en su quehacer oficial. No se podía acudir al papa sin el consentimiento del rey. Además, el rey podía promulgar leyes eclesiásticas. Y las normas papales, sin el beneplácito del rey, no eran de aplicación en territorio francés. Todo ello estaba recogido en un documento llamado *Declaración del Clero Francés*, el cual no fue aceptado por el papa, pero Luis XIV hizo caso omiso.

«Suya» era, por ejemplo, la tan comentada relación matrimonial con María Teresa. Luis no le era fiel. Tuvo multitud de amantes, entre las que había nombres famosos de Francia. En su segundo matrimonio, con Madame de Maintenon, parece que actuó con mayor fidelidad, tal vez porque fue un matrimonio morganático. Es decir, un rey o reina con un simple ciudadano, o al revés.

Volviendo a la religión, llevó a cabo el proceso de unificación religiosa, decretando mediante un edicto la expulsión de los judíos de las colonias francesas. Posteriormente, promulgó el Edicto de Fontainebleau, revocando el Edicto de Nantes, el cual, promulgado en 1598 por Enrique IV de Francia, había proclamado la libertad de conciencia y la libertad de culto para los protestantes calvinistas. El nuevo edicto de Luis XIV ordenaba que todo clérigo que no se convirtiera al catolicismo fuese desterrado. Las escuelas e instituciones protestantes fueron prohibidas. Y suma y sigue. Por ejemplo, decía:

«Las personas pertenecientes presuntamente a la Religión Reformada podrán, hasta que Dios les ilumine como a los demás, continuar en su comercio y disfrutar de sus bienes, sin que nadie les moleste o impida (...), a condición de que no se dediquen a practicar dicha religión, y que no se reúnan para rezar o con la excusa de tener servicios religiosos».

Lo que más me sorprende del citado texto es esa frase que se suelta de pasada: «Hasta que Dios les ilumine como a los demás». No necesita explicación alguna, ¿verdad?

El mencionado Edicto de Nantes fue el final de las llamadas Guerras de Religión, las cuales hicieron temblar por completo a Francia. El mismo Enrique IV, que hasta entonces había sido protestante, tuvo que convertirse al catolicismo, para poder acceder al trono. Creencias a merced del asentamiento de las nalgas. El edicto proporcionó paz y tolerancia.

Ahora, su revocación, ordenada por Luis XIV, trajo de nuevo graves consecuencias políticas y diplomáticas, causando en Europa un sentimiento antifrancés. Tanto católicos como protestantes organizaron una unión llamada Liga de Augsburgo, pacto defensivo, por una parte, y alianza ofensiva contra Francia, por otra. En dicha alianza participaron el emperador del Sacro Imperio y diversos gobernantes del imperio que componían los estados alemanes, tales como el Palatinado, Baviera y Brandemburgo. Las Provincias Unidas o Países Bajos, España y Suecia se sumaron también a la Liga. Tras una compleja evolución de numerosos intereses cruzados y de ambiciones inconfesables, Inglaterra, que al principio se había quedado al margen, decidió unirse a la Liga, también llamada la Gran Alianza.

– Y tú, Rey Sol, en tu salsa, dispuesto a una guerra contra todos.

– ¡Que se llamó «Guerra de los Nueve Años»! – exclama Luis con aire triunfal.

– ¿Acaso te colma eso?

– ¿Cómo no va a colmarme, si las tropas francesas dominaron la situación? Muchas y grandes victorias.

– También alguna que otra derrota, según he podido saber.

– ¡También! Cuando las victorias vienen en cadena, una derrota ocasional te reaviva.

Será verdad, porque, de saberlo alguien, tiene que saberlo Luis XIV. Y así, uno que gana, otro que cede, uno que recupera lo perdido, otro que se prepara para la siguiente batalla, una

guerra de nueve años en casi toda Europa. Y, por fin, la paz, en el Pacto de Ryswick. Esto para ti, eso para mí, a cambio tal, como recompensa cual. Luis XIV, por ejemplo, devolvió Luxemburgo, pero conservó Estrasburgo. Y así otras muchas cláusulas. La cosa es que las fronteras de Europa, nuevamente, las determinaron una guerra sangrienta y las pretensiones de las élites militares y gobernantes.

– Y tú, Luis, altivo y emplumado, en tu zoo de pavos de Versalles.

– El pavo me gusta. El zoo, no tanto. Las guerras no son zoológicas.

– Pero qué deprimente es la paz, ¿verdad?

– No había tiempo para deprimirse, porque la Guerra de Sucesión española estaba casi en marcha.

Una excusa redonda. Carlos II estaba muy enfermo y no tenía sucesor a quien dejarle el trono. Y la corona española era una grandísima herencia: España misma, Nápoles, Sicilia, Milán, los Países Bajos españoles y un imperio colonial enorme. ¿Quién heredaría todo aquello? No faltaban candidatos: Felipe V de España, los sucesores de Felipe III y IV de España, María Teresa de Austria, el Archiduque Carlos de Austria, Leopoldo I, Leonor del Palatinado, Guillermo III, José Fernando de Baviera, Margarita Teresa de España, Jacobo Francisco Estuardo, Marlborough, Eugenio de Saboya, el emperador José I... Y, en medio de todos y en todos los flancos, Luis XIV. Una tupida lista de nombres, es decir, uno de los muchos fenómenos que haría de la historia algo repugnante para siempre. Tú mismo, Luis, conoces bien todo eso, porque lo tuyo no era sino disparar y recoger aves. Cuántos caían o cuántos se quedaban en el suelo, eso no le incumbía al pavo de Versalles.

¡Pero también el pavo envejece! –habría contado un Molière si se lo hubiesen permitido—. Y se le clarea el plumaje. ¿Cómo reponer las plumas perdidas de forma que parecieran tuyas y naturales? A ti no te importaba eso. Tus peinadores, vestidos y rascadores se las quitarían a la gente más lozana de la corte y te injertarían plumas al acostarte, y a la mañana siguiente, la eminente brigada que acudiría a levantarte exclamaría: «¡Buenos días, Supremo Señor! ¡Qué vitalidad la tuya! Las plumas que faltaban anoche te han brotado sanísimas». Y el pavo, orgulloso y emplumado como siempre.

La que fue tu cuñada Isabel Carlota te describió así al poco de tu muerte:

«Sin ser perfecto, nuestro rey tenía grandes y bellas cualidades, y no mereció ser tan difamado y despreciado a su muerte por parte de sus súbditos».

Ya sé que entre esos difamadores no estarían los famosos nombres arriba mencionados como Molière, Racine, Corneille, La Fontaine, Le Brun, Mignard, Rigaud, Lully, Couperin, Charpentier, Lalande, Boulle, Voltaire, Bernini, Leibniz, etc. No quiero tomar a tales figuras como objetos de juicio, sino como ejemplos de una categoría de mundo. Un espíritu travieso de mi interior me pregunta:

– ¿Por qué consideras siempre cómplices de autoridades violentas a los militares, y no a los artistas?

– No me atrevo a responder directamente. ¡A ver, Molière! ¿Por qué prosperasteis vosotros bajo el amparo de Luis XIV?

– Tú no te has atrevido a responder, ¿y me preguntas a mí? –Molière.

– ¡Estás muerto! ¿Qué te importa ahora? –le digo.

– Mi memoria vive. Pero me atreveré, haciendo otra pregunta. ¿Cómo crees que se puede prosperar «de otra manera»?

– ¿Quieres decir que el arte debe ayudar al poder?

– Mira la historia –se explica Molière—. Existe también un suicidio artístico, pero no es para presentarlo como una recomendación general. Lo mío es la comedia.

– ¿Por si acaso?

– Eso lo has dicho tú.

Está bien. Si he comprendido algo, diría que también las tragedias son «por si acaso». Incluso la lírica puede ir por ahí. ¿La música? Ya sé que tú, Lully, anduviste encantado bajo la protección de Luis XIV. Me duele que un Leibniz definiera a Luis XIV como «uno de los reyes más grandes que jamás ha existido». No menos me duele que un Voltaire dijera que su reinado fue «una época eternamente memorable», o que «la época de Luis XIV» fue el «Gran Siglo». ¡Qué le vamos a hacer! También los autores que admiramos tienes sus olores.

Tú, Luis, fundaste la *Academia Real de la Danza* y la *Academia de la Ópera*. También fundaste la *Comedia Francesa*. Renovaste, ampliaste y mejoraste el museo del Louvre. Amaste e impulsaste el ballet, y tú mismo fuiste un apasionado bailarín en la primera mitad de tu reinado. En realidad, en tus planes, el ballet tenía también la sutil finalidad (¡sutil, pero clara!) de una herramienta política para mantener el poder sobre el Estado. Lo introdujiste con fuerza en las funciones sociales de la corte, distrayendo eficazmente la atención de los nobles de acciones políticas. Divertiros bien, y solo eso. En efecto, todas tus inquietudes artísticas no fueron obstáculo para que tú te dedicaras a una guerra y a un saqueo permanentes. Y a dedicarte dentro de Versalles a la más alta opulencia y a la extrema vanidad. Porque esos fueron tus distintivos personales más sobresalientes: opulencia y vanidad. El duque de Saint-Simon, escritor de las famosas memorias de Versalles, dijo:

«No había nada más apreciado por él que el halago. Para decirlo más claramente, la adulación. Cuanto más amplia y burda fuese esa adulación, con tanto más deleite lo recibía. Su vanidad fue incesantemente alimentada. Hasta los propios predicadores lo lisonjaban desde los púlpitos».

Incluso el reinado más largo tenía que terminar alguna vez, para frustración de todas tus ansias de grandeza. No fue un final agradable. El régimen y la corte entraron en decadencia. La hegemonía de Francia en Europa iba en descenso. Tu política colonial se resquebrajaba. Y, sobre todo, estaba a punto de estallar el malestar social causado por las hambrunas que padecía el pueblo llano.

Pero tú, a quien el obispo Antoine Godeau llamó «el sustituto divino», continuaste fiel y confiado en ti mismo hasta la muerte (1715) como motor único del reino y de todos los súbditos. ¿Estás a gusto en la basílica de Saint-Denis de París? Parece que sí, porque al cabo de tres siglos y más, te encuentro ahí. Pero tienes que levantarte.

– ¿Levantarme yo? –se irrita Luis–. ¡Me faltan diecisiete huesos en las piernas!

– También te faltarán en la crisma, pero te ayudaré.

– ¡Estás loco! –gruñe Luis–. Acabas de declararme muerto, ¿y ahora quieres que me levante?

– Tu muerte ha sido anulada –le digo.

– ¿Me vas a dejar en esta situación para toda la eternidad?

– Yo te mataré como es debido.

– ¿Matarme? ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¡No llegas ni a loco! ¡Pero si soy la cima de la Historia Universal!

– ¡Ahí es precisamente donde te mataré! En adelante, serás la cima de los mayores criminales de la Historia Universal.

## CATALINA II DE RUSIA

- Yo, Catalina II, emperatriz de Rusia.
- ¿Tus gracias, aparte de tus títulos?
- Engrandecedora y modernizadora de Rusia.
- Yo añadiría también otra gracia.
- ¿Acaso de Rusia ...
- ...engañadora?
- ¿Esa es una gracia? –se sorprende Catalina.
- En tu caso, sí.

Érase una princesa alemana llamada Sofía que con el tiempo Rusia ... ¡No! Esto lo tengo que dejar para el final. En Alemania, como era habitual entre los gobernantes de las dinastías de aquel entonces, recibió su formación de una maestra doméstica francesa, que le enseñó a leer, escribir y hablar francés. Hizo que leyera a Corneille, Racine, Molière, La Fontaine y autores así. Era una chiquilla espabilada. Un pastor luterano y capellán castrense llamado Wagner completó su educación, dándole clases de religión, geografía e historia. Según las memorias del citado Wagner, tenía fama de marimacho, y aprendió a manejar la espada con rapidez y gozo. Era princesa, pero no de familia rica. En cambio, la madre de Sofía tenía parientes ricos, nobles y de sangre real. Sofía les cayó muy bien, y así comenzó su escalada, protegida por ellos.

En el Sacro Imperio Romano-Germánico (Alemania), había entonces más de 300 entidades soberanas, muchas de ellas pequeñas y de poco poder, siempre compitiendo entre ellas, a ver cuál superaba a cuál. Siendo Sofía muy inteligente, prepararon toda su infancia para que fuera esposa de un alto gobernante. Y también, claro está, para mejorar la posición de la casa. Así, además de su alemán de origen, aprendió francés, la lengua franca de las élites europeas de entonces. Y también la teología luterana. En resumidas cuentas, recibió la educación estándar de una princesa alemana del siglo XVIII. Y su carrera fue ascendiendo sin cesar, hasta convertirse en una gran duquesa de Rusia. Después de diversos pasajes que no interesan aquí –todos en sentido ascendente–, con 33 años, Sofía se convirtió en emperatriz de Rusia. Catalina II. Si ese fue un acontecimiento sorprendente, no fue menos llamativa la entronización de Sofía. ¿Cómo os la imagináis? Derrocando a su esposo Pedro III.

- ¡Uf! –refunfuña Catalina–. ¡Cuánta basura ha añadido la historia a ese derrocamiento!
- ¿Acaso no fue verdad? –pregunto.
- Sí fue verdad, pero, ¿cómo?
- Pues, cuéntalo tú misma. A mí solo me interesa la verdad.

Yo conocí con 10 años a mi futuro esposo y primo segundo, el cual llegaría a ser Pedro III de Rusia, sobrino de Isabel I. Isabel llevó al chico a la corte con el fin de que fuera su sucesor, y con la intención de prepararlo para ello. No lo moldearon mucho. Me pareció repugnante. ¡Tenía un cutis tan pálido! Y, encima, aficionado al alcohol. ¿Querrás decir «alcohólico», ¿no? Cuando yo aún tenía 12 años, una gran corte nos recibió en Moscú a mí y a mi familia. ¡Piensa dónde estaba, recién entrada en la adolescencia! Pero yo tenía ojos agudos y de largo alcance. Allí conocí a Isabel I, zarina de Rusia. Al no tener ella hijos propios, había puesto sus ojos en mí, como esposa de su sobrino Pedro. Y mira por dónde, me dan un título ostentoso: la Gran Duquesa Catalina Alekseyevna. Pensé: «¡Tengo que saltar la adolescencia!». La operación («la diplomacia», escuché luego) no fracasó por poco, por culpa de la intervención de mi madre Juana Isabel, una mujer inteligente y ambiciosa. Emocionalmente fría y socialmente incansable trepadora, estaba muy metida en las intrigas y chismorreos de la corte. Estaba tan obcecada con hacerme emperatriz de Rusia que la zarina Isabel se enervó y la

despachó de Rusia, acusándola de espiar al rey de Prusia. Aun así, yo siempre gusté a Isabel. Y cuatro años después se celebró la boda, teniendo yo 16 años.

– En tus memorias escribirías –le recuerdo– que tú te quedaste en un extremo del castillo y Pedro en el extremo opuesto.

– ¡Aun así, estaba demasiado cerca!

– Alguna vez tendríais que juntaros, siquiera para parecer casados.

– No es muy decente que lo diga yo –suelta Catalina–, pero creo que era impotente. Tras ocho años, seguía yo sin tener hijos.

– Y Pedro se echó un amante.

– Y yo uno y varios, entre las figuras prominentes de la corte. Y otros muchos hombres luego, durante mi reinado.

– ¡Caramba! –exclamo, como si no supiera nada–. ¡Vaya una autoridad más ejemplar, en un estado tan hermético como Rusia!

– ¡Pues, yo sí me introduje! –Catalina lanza una risa sesgada.

– Sigue contando. Esto se está poniendo interesante. Hemos empezado con el derrocamiento de tu esposo Pedro III.

– Eso no lo puedo contar.

¿No? Pues, entonces, lo contaré yo. Catalina se hizo popular entre diversos grupos políticos que se oponían a su esposo. Entabló amistad con la hermana de una amante de su esposo, llamada Dashkova, quien la presentó a unos poderosos grupos políticos contrarios a Pedro. Catalina, por su parte, estuvo relacionada con los planes militares contra la zarina Isabel I, seguramente con la intención de eliminar posteriormente a Pedro III. Al mismo tiempo, tuvo un niño, Pablo, cuyo padre no estaba claro quién era. También tuvo una niña, Anna, que viviría solo 14 meses, y de la que tampoco se sabía quién era el padre, porque la promiscuidad de Catalina era manifiesta.

En 1762 murió Isabel I, y Pedro III se convirtió en emperador. Y Catalina, ¡emperatriz! A los seis meses, el casquivano emperador cometió un grave error político: se retiró a Oranienbaun con sus guardias y amigos, dejando a su esposa en otro palacio, cerca de San Petersburgo. Catalina –¡esta es la mía!– no desperdició la oportunidad. Decidió tomar el poder por la fuerza y derrocar a su esposo con el apoyo de poderosos amigos (y amantes) que ella sabía que la apoyarían. Salió del palacio y se fue al Regimiento de Ismailovsky, donde, en un fogoso discurso, pidió a los soldados que la protegieran de su esposo. Luego, con el Regimiento de Ismailovsky, se fue al Cuartel de Semenovsky. Allí, el clero, al que antes había ganado a su favor, la esperaba para nombrarla dueña única del trono de Rusia. ¡Hecho! Cuarteles más clero, resultado seguro. Allí comenzó su verdadero reinado como Emperatriz de Rusia, con el nombre de Catalina II.

– ¡Buena faena, Catalina! ¡Buena! –exclamo.

– No sé a qué te refieres –titubea Catalina–. ¡Recuerdo tantas cosas «buenas»!

– Una, al menos, clarísima: en tu primera actuación como emperadora, ¡mandaste detener a tu esposo! Eso es algo más que bueno. ¡Y le hiciste firmar su abdicación!

– Pues no creas que puso muchas pegas para dejar el trono –dice Catalina.

– ¿Porque te tenía miedo?

– No creo que fuera capaz ni de tener miedo.

– Dejar el trono tiene que hacer sentir algo, aunque no sea más que vergüenza.

– ¡Qué va! –Catalina se deleita en la burla–. Tan solo pidió a cambio una hacienda tranquila, su viejo violín, suministro de tabaco y vino de Borgoña.

– O sea, que un golpe incruento.

– Digamos vinolento –matiza burlona Catalina–. Se vengó emborrachándose como una cuba.

– ¿Y ahí se acabó?

– Murió a los tres días en Ropsha.

– ¿Murió o lo mataron? –aprieto un poco–. Porque murió estrangulado. Se dice que por orden tuya.

– ¡También eso tenía que inventarlo alguien! –Se irrita Catalina con desprecio–. ¿Qué necesidad tenía yo de matar a un deshecho humano como él?

– También mataste a otros posibles candidatos al trono. Por ejemplo, a Iván IV.

– Esos eran otro tipo de personajes.

El ser «otro tipo de» le ha parecido razón suficiente. Será verdad, porque me ha dejado sin saber por dónde tirar. La cuestión es que los vinos de Borgoña se quedaron sin destino. Hubo también intentos de derribar a Catalina y entronizar a su hijo Pablo, pero ninguno de ellos llegó a buen puerto. La guadaña de Catalina funcionó bien, y reinó hasta su muerte, durante 34 años.

– ¡Catalina! Una y mil veces me sorprendo de cómo llegaste a ser emperatriz de Rusia, siendo tú alemana de origen.

– Rusia estaba entonces muy atrasada en comparación con los europeos. Éramos admirados y envidiados. Y tampoco yo era una cualquiera. Sabía alemán de familia, aprendí francés como si fuera de familia, y también dominé el ruso.

– ¡Pues, bien que conservaste el acento alemán!

– Eso daba categoría.

– ¿Unas lenguas y un acento –la espoleo– eran crédito suficiente para ocupar la cima de Rusia?

– Pues, a decir verdad –Catalina se sincera–, ni yo misma sé claramente explicar el fenómeno. Solo sé que sucedió.

– ¡Ya, ya! Que sucedió está claro. Y escribiste tus memorias en francés.

– También eso fue una categoría más –se empavona Catalina– para ser la suprema emperatriz de Rusia. Yo creo que fue eso lo que me hizo tan famosa.

Es difícil comprender la historia oficial. ¡Veamos! Catalina subió al poder el año 1762. Al año siguiente invitó a los colonos alemanes a emigrar a Rusia y se asentaron en el bajo Volga, donde fundaron una pequeña localidad, Dobrinka. Al cabo de cinco años, habría cien poblaciones como aquella. 30.000 alemanes, en aquella primera colonización. Nadie protestó. ¿Hay que pensar, entonces, que los rusos, más que herméticos, eran algo cortos?

– Podía ser porque eras temible –la provocho.

– Me esforcé en serlo. Si fue por eso, un mérito más a mi favor.

A decir verdad, Catalina tuvo mucha relación y amistad con los grandes ilustrados de Francia: Montesquieu, Diderot, Voltaire, D’Alembert ... Con Voltaire, incluso una larga correspondencia de años. En sus memorias dice que era difícil importar a Moscú las ideas de aquellos franceses.

– ¿Era difícil o te echaste atrás?

– ¿Por qué iba a echarme atrás?

– Porque eras muy hábil en aparentar una cosa y hacer la contraria –le digo sin ambages.

– Eso parece una acusación.

– Todos dicen que fuiste una mente tan erudita como engañosa empedernida.

¡Eso bien lo sé yo! Soy Grigori Potiomkin, «el principal amante» de Catalina, como ella misma confesaba. No tanto a mí como a los otros. ¿Qué digo yo? Pues, que sí. Era como un caballo ardiente. He dicho a propósito «caballo» y no «yegua». Hablando claro, me gustaba, aunque no tanto como para calificarla «mi gran amor». Pero era Gran Emperatriz. En gran medida, por mi apoyo político. Pero yo también era más grande a su lado. Y es cierto. Era inteligente y estudiosa. Y ostentosa. A los pocos meses de ser entronizada, oyó que el gobierno francés había amenazado con hacer parar la publicación de la *Enciclopedia*. A Catalina no se le ocurrió otra cosa que proponer a Diderot que podría concluir su gran obra bajo su protección. El altivo gobierno francés bloqueó enseguida la iniciativa.

Cuatro años más tarde –continúa Grigori–, Catalina intentó encarnar los principios de la Ilustración Francesa en forma legal. Fue un intento brillante. Yo no era muy partidario, pero ¿a quién no le fascina la brillantez? Catalina convoca en Moscú una Gran Comisión. ¡Pero que muy grande! Casi un parlamento consultivo, compuesto de 652 miembros. Una masa de funcionarios, nobles, burgueses y agricultores de diversas nacionalidades. ¡Menudo amasijo! La comisión debía analizar las necesidades y recursos del imperio ruso. Si el dicho dice «cuantas entes, tantas mentes», aquello fue «cuantas multiplicado por tantas». Catalina elaboró ella misma las «instrucciones para la orientación de la asamblea». Yo pensaba ... Bueno, no pensaba nada. Tras más de doscientas sesiones ... ¡Calcula! 200 sesiones x 652 mentes x otras tantas ideas = ... ¡Puf! La comisión se disolvió como había empezado: sin conseguir nada más allá de teorías. En el fondo, temor a los principios democráticos. Pero el resultado fue espectacular: una imponente teatralización de Catalina.

– ¡Pero, Catalina! –objeto–. No se puede tirar para adelante y quedarse atrás.

– Yo abro puertas y ventanas. Si luego el viento las cierra, ¿qué voy a hacer?

Soy Alexander Radishchev. Es cierto, sí, que en el reinado de Catalina II se abrió el camino a la «occidentalización» de Rusia. El aumento de libros y diarios trajo debates intelectuales y una crítica social a la Ilustración rusa. Así, en 1790, se publicó el *Viaje de Petersburgo a Moscú*. Formulé un ataque rabioso contra el sistema de servidumbre y contra la autocracia. Solo podía hacerlo con rabia, sabiendo dónde me movía. Catalina se asustó con la Revolución Francesa, y yo, iluso Radischev, fui apresado y enviado a Siberia. ¡También en aquel entonces era Siberia grande y fría!

– ¡Pero, Catalina! –le echó en cara–. Te asustaste con la Revolución Francesa, pero también cuando asesinaron a Luis XVI de Francia. Tus ideas y tu corazón palpitante, ¿hacia dónde se encaminaron entonces?

¿Qué denunciaba Radischev? El derecho sobre la servidumbre, el cual permitía el comercio de las personas como animales, destrozando a las familias. Denunciaba las miserables condiciones de vida, los castigos corporales, la carencia de los derechos humanos más básicos. Y además de permitir tal situación, en ello se fundamentaba el absolutismo de una monarquía.

Al morir Catalina II –habla Radischev–, Pablo I de Rusia, el hijo repudiado por Catalina, me indultó y volví a casa, muy enfermo por las penalidades y carencias del exilio. Pero mis ideas no cambiaron ni un ápice, aunque algo se congelaron en Siberia. Continué reclamando el fin del absolutismo a favor del igualitarismo, participando en la llamada «Comisión Legisladora». A muchos de mis colegas, no sé si a la mayoría, pero sí a los más poderosos, les rechinaban los dientes, evitando incluso sentarse a mi lado. Comencé a recibir amenazas de un nuevo exilio y pensé: «¿Qué hago yo aquí?». Decidí suicidarme.

¡Pobre Radishchev! Ni siquiera en esa fatal decisión tuvo suerte. Ingirió el veneno a las nueve de la mañana, y tras una larga agonía, murió por la noche, por no haber calculado bien la dosis.

Yo, Aleksei Ropstov, joyero real de Moscú, encargado del equipo de joyeros. Éramos los que adornábamos la cabeza de Catalina. Exclusivos. Coronas, diademas, agujas, peines, peinetas, tiaras, cadenas, trenzas, turbantes, cintas, pinzas, sombreros, gorros, cuernos ... ¡No! Miento. Los objetos de tela no nos correspondían. Solo metales y joyas. El cuello también era de otro equipo. Y el cuerpo, ni tocarlo. ¿Las orejas pertenecían a la cabeza? Pues, no. Los pendientes no entraban en nuestro quehacer. Catalina siguió tan triunfalista como comenzó. ¡Y atención! El comienzo no fue un camino de rosas para nosotros, ¡eh! Su coronación trajo la creación de uno de los mayores tesoros de la dinastía Romanov: la Corona Imperial Rusa. ¡No poco nos costó hacerla! Más que hacerla en sí, hacerla adecuadamente. Porque, ¿cómo había de hacerse, en proporción, variedad, elegancia, solemnidad, con todas las calificaciones gloriosas, una corona tan enorme, compuesta de dos medias esferas, una de oro, otra de plata,

representando los Imperios romanos de Oriente y Occidente? ¡Y, ojo! Eso no es nada. La corona lleva 75 perlas y 4.936 diamantes indios, completados con hojas de laurel y roble, símbolos estos del poder y la fuerza. Y rematando la corona, una espinela de rubí de 398,62 quilates y una cruz de diamante. Y calculando todo eso y otros mil detalles, al final ... ¡una corona de 2,3 kilos! La cual, desde entonces, fue la corona de coronación de todos los emperadores Romanov, hasta la abolición de la monarquía en 1917. ¡Menos mal que nos libramos de tener que hacer una corona nueva y personalizada para cada emperador!

– ¡Catalina! ¿Cuánto pesa tu cabeza? –pregunto.

– No lo sé. ¿Puede saberse?

– Yo tampoco lo sé, pero para ponerse una corona así se necesitará también un soporte pesado.

¡Sí, Catalina! De una humilde princesa alemana alcanzaste la cima de Rusia. ¡Pero qué cima! Hasta en lo alto te labraste una férrea altitud. Al llegar al poder y al gobierno del imperio, conseguiste el apoyo de generales y almirantes de gran éxito. Ratificaste el llamado *Documento sobre la libertad de la nobleza*, emitido durante el breve mandato de tu esposo Pedro III. «Libertad de la nobleza». ¡Excelente revolución social! Liberaste a los «pobres nobles» de Rusia del servicio militar o estatal obligatorios. Y siendo ellos una clase tan constructiva, la edificación de grandes y numerosas mansiones cambió la imagen de Rusia, todas ellas construidas en el estilo clásico elogiado por ti. Modernizaste Rusia por el derrotero de la Europa occidental. Pero el servicio militar obligatorio y la economía continuaban dependiendo de las clases bajas. La mayoría de los rusos eran soldados y siervos. Ahí terminaba la libertad de estos. Pero la exigencia del estado y de los terratenientes privados era cada vez mayor, para mantener tales cortes y tales mansiones, y no tuviste más remedio que dejar que se fuera agudizando más la explotación del trabajo de siervas y siervos. Gracias a la libertad concedida por ti, los nobles quedaron consolidados como clase privilegiada y como servidores directos de la autocracia rusa. Es decir, servidores tuyos.

Por todo ello y por otras medidas en la misma dirección, diversas rebeliones surgieron a lo largo y ancho de la gran Rusia. Soy Yemelian Pugachov. Cosaco. La historia ha dado mi nombre a la rebelión más famosa. En 1773 pusimos en jaque a toda Rusia. ¡Catalina! Desde el componente salvaje de la sangre que llevamos los cosacos, niego tu autoridad. Ya ves que las numerosas comunidades y etnias que sentimos la carga del estado centralizado de Rusia, los obreros industriales de los Montes Urales y los campesinos que esperan liberarse de la servidumbre, todos nos hemos unido en una rebelión masiva. ¡Sí! ¡Rebelión! Contigo no hay salida. Dirás que la principal preocupación de tu régimen imperial es la guerra contra Turquía y que nosotros la aprovechamos para pillarte a ti a contrapié Y sí. También eso es verdad, porque para enfrentarse a ti, se necesitan muchas circunstancias a favor.

Y los rebeldes de Pugachov controlaron un gran territorio en el valle del río Volga. Pero al final ... Al final, entre las innumerables circunstancias, siempre falla alguna. El ejército regular aplastó sin piedad la rebelión en 1774. La esperanza duró un año, que no es poco. Pugachov fue ejecutado.

¿Qué no es poco? –pregunta Catalina–. Yo no soy cosaca, pero sí, tal vez, de sangre más salina que la vuestra. La sublevación de Pugachov me hizo pensar mucho, y sobre todo, me enseñó mucho sobre la administración provincial de Rusia. Hay que reorganizarla. Rusia es demasiado grande para controlarla entera desde Moscú.

Y Catalina dividió Rusia en provincias y distritos, según estadísticas de población. A cada provincia le asignó una amplia administración, destacamentos policiales y un aparato judicial. Muchos nobles asumieron tareas importantes en el gobierno provincial. Así, la autoridad imperial dejó los principales puestos en manos de aristócratas de confianza. Estos, obedientes a la zarina –y receptores de sus favores–, aseguraban que el poder central llegase a todos los rincones del imperio. Si antes se había extendido el ahogo por toda Rusia, ahora se expandió la asfixia.

– ¿Decís «asfixia»? –pregunta Catalina–. Ahora mismo os daré un respiro.

Y Catalina desarrolló intensamente el expansionismo de Rusia, y el Imperio ruso se agrandó rápidamente. Si no se podía por vías diplomáticas, por conquista. Hacia el sur se anexionó el canato de Crimea. Al mismo tiempo, colonizó los territorios de la Nueva Rusia en las costas del Mar Negro y del mar Azov. Al occidente, la Mancomunidad compuesta por Polonia y Lituania estaba gobernada por un antiguo amante de Catalina. Otro calentón concertado: partió en dos el territorio, y el imperio ruso se anexionó la parte más grande. ¿Qué hay al éste? ¿Acaso no fueron los rusos los primeros europeos en colonizar Alaska? ¡Pues, adelante con la América Rusa! Así, tanto al norte como al sur, al éste y al oeste, Rusia, que ya era enorme, se hizo ahora más grande y más poderosa, al nivel de los estados europeos. Todo ello trajo el crecimiento del imperio, pero también el aumento de peleas, al absorber de golpe tantas etnias diferentes: ucranios, bielorrusos, judíos, polacos ... Numerosas sublevaciones por doquier, pero, al final, el imperio siempre gana. Y siempre castiga implacablemente. Y el sistema explotador de la servidumbre, mucho más asfixiante, al servicio de los nobles y del estado.

– Estarás orgullosa, ¿verdad? –le digo tentando sus ojos con mis cejas.

– Si me concretas de qué, podremos hablar de razones.

– Dejaste un imperio mucho más grande que el que cogiste –concreto con una razón tonta.

– Eso no es motivo de orgullo. Era mi deber.

– ¿«Agrandar» un imperio es un deber? –pregunto con intención más clara.

– Deber, deber ... ¡Natural!

– ¡Ah! ¡Eso sí lo entiendo! –me echo atrás, como desinflándome–. Por eso tuviste que sofocar tantas guerras y rebeliones.

– ¿Y sabes qué es lo mejor? –Catalina se anima–. Logré arrinconar el imperio otomano a su península, dejándolo sin ánimo para más guerras.

– Lo has dicho en un tono arrogante.

– ¡Pues, sí! No soy mujer de grandes sentimientos, pero no me avergüenzo de mostrar los que tengo.

Soy Catalina Dashkova, hermana de la amante del marido de Catalina. Nos hicimos amigas, aunque no íntimas. Catalina no admitía sentimientos demasiado cercanos, y hacía bien. Yo diría que no era «altiva». Lo suyo era orgullo. Orgullo mental. El mecenazgo impulsado por ella trajo el desarrollo de las artes en Rusia, mayor que el de cualquier soberano anterior o posterior. Abrazó los ideales de la Ilustración y se consideró a sí misma como «una filósofa en el trono». Cuidó mucho su imagen de extranjera y buscó con ahínco ser considerada en Europa una monarca ilustrada y civilizada, aunque muchas veces jugase en Rusia el papel de tirana. Porque también eso es necesario en una zarina. Y sí. Aunque proclamó el amor a los ideales de la libertad y la igualdad, hizo más que cualquier otro soberano anterior para que siervas y siervos se sometieran más a su tierra y a sus señores.

Muchas gracias, Dashkova, por tus opiniones cortesanías, pero yo soy Voltaire. Catalina fue un mecenas de la literatura y de la educación. Fundó el admirable museo del Hermitage, con su excelente colección de arte. Para reunir un patrimonio artístico igual o superior al de algunas cortes europeas, gastó enormes cantidades de dinero en comprar cientos de pinturas y esculturas. A veces, colecciones enteras de los nobles y magnates de Francia e Inglaterra. Fundó el famoso Instituto Smolny para jóvenes damas nobles.

– ¡Pero Voltaire! –le digo–. Fracasó en el intento de crear un código con las ideas de Montesquieu. ¡Eso no lo has dicho!

– ¡Está bien! Lo reconozco.

– Pero di, sobre todo, por qué.

– No lo sé. No puedo decirlo –Voltaire.

- ¿Acaso no sabes que tuvo que vivir una grave contienda con los campesinos, porque la presión social que padecía la gente era lamentable?
- Puede ser. A mí no solía decirme nada de eso –Voltaire.
- ¿No te dijo que el principal amor de su vida había sido el príncipe y militar Grigori Potiomkin?
- A mí no me interesan esas cuestiones.

Yo sí sé algo. Soy Diderot. Tuvimos una larga relación epistolar. Sobre todo, era ella quien escribía. En su largo mandato, Catalina tuvo muchos amantes, con los que siempre se mostró muy generosa. Tenía medios, claro, y mientras eran sus favoritos, los ascendía a altos títulos. Incluso tras un simple romance, les concedía grandes bienes en tierras y en servidumbre. Conmigo quería un romance «enciclopédico». No entendí lo que quería decir, ni se lo pregunté, porque era bastante retórica dando explicaciones. Eso sí. Su último amor, el príncipe Platón Zukov, que era cuarenta años más joven que ella –lo sé bien, porque se le notaba–, le acarreó grandes quebraderos de cabeza, por ser caprichoso y extravagante. Yo creo que Catalina lo trataba como un peluche, pero parece que era un peluche urticante.

«Muchos amantes». Eso no lo podía saber Diderot. Muchos años después de morir Catalina, se difundió en Rusia una versión brutal de su muerte: que había muerto en un intento de que la penetrara un caballo. ¡Eso no, Catalina! Eso no lo creo ni yo. No puedo creer que la Rusia Soviética difundiese tal infamia. No porque no fueras capaz, sino porque no eras tan depravada en ese terreno. Sí que supo Diderot, o podía saberlo, qué expresión del oficio se extendió sobre ti: «Catadora de amantes». No se lo voy a preguntar a la propia Catalina, porque sé que respondería que eso es un gran mérito a su favor.

–¡Catalina! –le digo–. Perdona, pero no puedo dejar de mencionar una cuestión bastante fea. Con tu primogénito Pablo actuaste con asombrosa dureza.

– Pablo no era hijo de mi esposo –aclara Catalina–, sino de mi primer amante, Serguei Saltykov.

– ¡Oooh! El chico, físicamente, se parecía a Pedro III. No puedes hacer nada contra la naturaleza.

– Los parecidos son características que se adquieren en la vida–. Catalina a lo suyo.

– La cuestión es que sí era, al menos, hijo tuyo, y que tú quisiste apartarlo de la sucesión.

– Mi intención era –dice Catalina– que la corona pasase a mi nieto mayor Alejandro. El título se quedaba en la misma sangre.

– ¿Y para ello, una madre tiene a su hijo medio desterrado en Gatchina y Pavlosk, para no permitir discusiones sobre su autoridad en ningún lugar?

– Estuvo muy bien donde estuvo –se ratifica con firmeza Catalina.

– Demasiado bien, según parece, porque, al morir tú, se coronó emperador con el nombre de Pablo I. Entraste en la eternidad perdiendo la última batalla.

– Estoy bien donde estoy.

Catalina II murió el 5 de noviembre de 1796. Fue sepultada con una corona de oro en la cabeza y un vestido bordado de plata en el cuerpo. Sus reliquias están en la catedral de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo. ¡Que estén!

– ¡Catalina! –la llamo–. Sal un momento de la eternidad.

– ¿Acaso no estábamos hablando?

– He bajado yo adonde estás tú. Ahora sube al tiempo.

– ¿Para qué?

– Para enviarte yo de vuelta.

– ¿Y eso?

– Para matarte.

– ¡Pero si estoy muerta! –dice Catalina con risa ruidosa.

– No como se debe. ¡Tengo que matarte yo! –le hablo al oído.

- ¿Por qué?
- Porque yo también sé matar.
- ¡Estás loco!
- ¡Catalina! Voy a matar tu memoria –le susurro en la otra oreja.
- ¡Uf! –refunfuña–. Mi memoria está en todas las historias y en los grandes museos.
- Sigue estando, porque fuera de ellos, tú serás desde ahora una de las mayores cumbres de la Historia Criminal de la Humanidad.

## ARTHUR INGEL

– Soy Arthur Ingel en todo el universo.

– Algún otro don tendrás en un territorio tan amplio.

– Pax Britannica. El imperio más grande de la historia. ¿Qué más hace falta?

Menos tampoco. 35 millones de km<sup>2</sup>, y la cuarta parte de la población mundial. Dicho de otro modo: el imperio británico, que ha poseído el mayor número de colonias en la historia del mundo. 120, por delante de Francia, con 80.

– ¿Quieres oírlo de otra manera? –se ofrece Arthur Ingel.

– Sí, a no ser que sea la misma cosa.

– ¡Pues, mira! Las fronteras del mundo de hoy día, más del 50%, se establecieron como resultado del imperialismo británico y del francés. Otra característica: en el Océano Atlántico, entre 1600 y 1885, el 36% del comercio de esclavos fue operado por el imperio británico. Por Francia, el 30%.

– ¿Eso te enorgullece?

– ¿Por qué no? –responde Arthur con toda frescura–. El 90% de los países del mundo, en algún momento de su historia, ha tenido que sufrir una invasión británica. Solo 22 países se libraron del roce con los británicos.

– Tales cifras merecen más que un orgullo. ¿Cómo llegaste a tan vastas dimensiones?

Ser una isla –contesta Arthur Ingel– tiene grandes ventajas. Entre ellas, la incompreensión de los habitantes continentales. No podemos dejar de ser originales. En este caso, nuestra originalidad es un simple realismo. Nuestro imperio expandió por todo el mundo la tecnología, el comercio, la lengua inglesa y el gobierno británico. Nuestra supremacía imperial trajo un crecimiento económico espectacular para el Reino Unido, y el peso de nuestros intereses se impuso a lo largo y ancho del mundo.

– Los protagonistas principales de todo ello serían los esclavos –digo.

– ¡Sin duda! Protagonistas fundamentales.

– ¿Aquellos esclavos tenían alma?

– ¿A qué viene el tema del alma en una cuestión comercial? –pregunta Arthur de mala gana.

– ¿Eran personas?

– No eran bonobos.

– ¡Menos mal! ¿Y el trato que se les daba?

– Se les proporcionaba un medio de vida. Y dejaban sus lugares de origen, de forma que se gestionara mejor el hambre en ellos.

Cuando el hambre era una riqueza. El inicio del Imperio británico puede situarse en el momento en que Inglaterra se lanzó a una actividad efectiva más allá de los mares, en 1485, cuando Enrique VII inició la política marina. ¿No es así, Arthur? Ahí está vuestro rey, abriendo líneas para el comercio de la lana y erigiendo un sistema moderno para la flota mercante. Ello supondría un gran crecimiento de los astilleros de la isla y de la navegación. Las flotas mercantes ofrecerían sólidas bases a las instituciones comerciales.

– ¿Voy bien, Arthur?

– ¡Adelante! Si hay algún error, te interrumpiré.

Dichas instituciones serían muy importantes en el futuro recorrido del imperio, como, por ejemplo, la Massachusetts Bay Company o la British East India Company. Más tarde, Enrique VIII fundaría la Royal Navy y la Armada Británica. Buques de guerra, puertos, muelles y faros por doquier, y avances importantes en artillería. En una palabra, todos los recursos marinos necesarios para ampliar el imperio, acabando por el camino con todo con lo que hubiera que acabar. (Ante esta afirmación no me ha interrumpido, así que será cierta). Enrique

VIII. ¡Vaya tipo! Un animal agresivo (también en asuntos amorosos), mucho más de lo que han sugerido películas y obras teatrales.

– Y tú, Arthur –le suelto–, feliz observándolo todo. ¡Inglaterra apropiándose del mundo!

– ¿Acaso no es como para estar feliz?

– «Puertos, muelles y faros por doquier». Pero, ¿cómo se hace todo eso en lugares y civilizaciones tan diferentes?

– Lo cuestión es aplicar una gradación idónea.

– Gradación ... Eso no me aclara nada.

– ¡Sí! –habla Arthur Ingel con una sublimidad británica–. Hay cinco niveles, tantos como los dedos de una mano: seducción, engaño, soborno, amenaza y demostración de fuerza.

– A ver si lo interpreto bien –me esfuerzo–. Vas a un rincón marino supuestamente adecuado y empiezas a contar esto y lo otro y lo de más allá, mostrando cosas que ellos no tienen y asombrando a la gente nativa. Eso sería seducción. Lo del engaño no lo comprendo tan bien.

– ¡Oh! El engaño es una ciencia. Hay muchas formas de engaño: promesas, trueques ventajosos, romances simulados... ¡Bueno! No voy a empezar a explicar técnicas que son más viejas que Matusalén.

– Está bien. Creo que he comprendido algo. Lo del soborno diría que también, aunque en un lejano rincón desconocido...

– ¡Sí, hombre! –nueva sublimidad–. No hay rincón que no se halle jerarquizado de alguna manera. En todas partes hay jefes o jefecillos, o quienes tienen algún prestigio social, los cuales suelen estar deseando de ser sobornados.

– También entiendo lo de la amenaza. Lo que no entiendo muy bien es lo de la demostración de fuerza. ¿Qué es eso? ¿Pin-pan-pun?

– ¡No! Solo demostrar. Coges a un grupo de nativos –emplea Arthur un tono didáctico–, jefes incluidos, los metes en un buque de guerra, les enseñas todo el armamento, y ... ¡Sí! Un par de estruendos por el ojo de un cañón, y no escucharás ni siquiera suspiros. Como si estuvieran muertos.

– ¿Y esa «demostración» cuándo se convierte en «utilización»?

– Cuando hace falta. Es decir, bastante a menudo. Pero eso no cabe en los cinco dedos. Arthur se ha instalado en su total placidez británica.

Una parte del reinado de Isabel I –1577-1590– fue época de gran riqueza, en la que se cimentaron los principios del imperio británico, que comenzó su expansión por los mares con John Hawkins y más tarde con Francis Drake, el cual dio la vuelta al mundo. Fue el tercero en ello, tras Magallanes y Elcano. Atracó en algún lugar de Norte de California y reclamó para la corona británica la llamada Nova Albion (Nueva Inglaterra).

– Se dice que fue el asesor personal de Isabel, llamado John Dee, quien utilizó por vez primera el término «imperio británico». Eso quiere decir, Arthur, que, para asignar un término tan preciso, la realidad estaba bastante configurada.

– ¡Pues, claro! –asiente Arthur–. ¿Cómo vas a poner nombre a una cosa que no existe?

– Puede ser algo que se desea.

– Lo que se desea no es tangible. Los ingleses hemos sido siempre empíricos, y no vanos metafísicos como los intelectuales europeos.

– ¿Qué quieres decir con lo de «vanos metafísicos»? –pregunto sintiéndome aludido.

– Palabras sobre palabras para que una oculte la otra, como cuando en un túnel avistas a lo lejos una pequeña claridad y te vuelves hacia atrás para continuar ensombreciendo palabras con palabras.

He tardado en asimilar la comparación. Mientras tanto, el rey de España, Felipe II, prepara la invasión de Inglaterra con su Armada Invencible. Isabel de Inglaterra refuerza también su flota y, finalmente, la «invencible» resulta derrotada. Pero tú, Arthur, no me has dicho que Hawkins y Drake eran piratas que hacían expediciones financiadas por vuestra Isabel I.

– ¿Tenía que haberlo dicho? –se ríe Arthur–. ¡Qué imperio más necio sería el nuestro si empezamos a publicar nuestras tácticas de guerra!

La enemistad con España no terminó con la derrota de la «invencible». También Inglaterra organizó una contra-armada, pero esta vez fue derrotada. España continuó siendo el imperio dominante de los mares, hasta que, en 1604, Jacobo I de Inglaterra negoció el Tratado de Londres. Allí se acabaron las enemistades con España, e Inglaterra estableció el primer asentamiento en Jamestown (Virginia), en 1607. Fue entonces cuando el Imperio británico comenzó a tomar una forma global, fundando en Norteamérica 13 colonias. El origen de los Estados Unidos. Y lo mismo en las provincias costeras de Canadá. Allí comenzó también la colonización de pequeñas islas del Caribe, como Jamaica y Barbados. Las colonias del Caribe, productoras de azúcar, eran las más importantes y rentables para Inglaterra. En ellas, la esclavitud se convirtió en la base de la economía. Las colonias americanas producían tabaco, algodón y arroz en el sur, y material naval y pieles de animales en el norte.

– ¡Vamos demasiado rápidos, Arthur! «Fundaron», «comenzó», «se convirtió», «producían»... ¿Así, sin más? Yo no veo ahí gradación alguna de cinco dedos mencionada más arriba.

– No había tiempo para recorrer toda la escala.

– ¿O acaso no fue lo más efectivo comenzar desde el inicio con la fuerza?

– ¿Por qué no también eso? –alza los hombros Arthur–. Cuando el río coge fuerza, no se entretiene en rascar orillas.

– Por medio de guerras y colonias, el imperio británico iba extendiéndose. Así, logró controlar Nueva Ámsterdam, la que luego sería Nueva York. Y todo ocurrió rápidamente. ¿Acabando con todo con lo que hubiera que acabar?

– Es que también los franceses estaban apoderándose de todo. (Razonamiento de colegiales).

– ¿A cuántos indios y nativos hicisteis desaparecer?

– ¡Buf! No nos ocupamos de contarlos –Arthur–. Ni siquiera se habrían podido contar, porque osos, buitres, coyotes, fieras carroñeras y quebrantahuesos que abundaban por allí despejaban el terreno en un santiamén. (Jamás se me había ocurrido tal argumento). Había que matar indios sin incluso necesidad, porque, de lo contrario, las fieras se habrían lanzado sobre nosotros. (Para captar este argumento hay que pensar un poco).

– Todo eso me suena a fábula imperial, para camuflar las guerras en la literatura. (Ni yo mismo entiendo claramente lo que acabo de decir).

– También para eso hay que ser capaz –justifica Arthur–. ¿No has oído nunca que la guerra es un arte?

– Sí que he oído esa barbaridad.

– Pues yo te diré que es el arte supremo.

– ¡Vale, vale! No lo precises, por favor.

Vamos ahora a Oceanía. ¿Mediste alguna vez, Arthur, la distancia que hay entre Canadá y Australia? Veloz como un rayo, hoy en Nueva York, mañana en Melbourne. ¿Así ibais por el mundo? Pues, sí. Así ibais, como de un balcón a otro. James Cook exploró la costa este de Australia en un viaje científico al Océano Pacífico. ¡Y caramba! Entre sus descripciones científicas, reafirmó el continente como propiedad de Gran Bretaña y le asignó un nombre muy de su casa: Nueva Gales del Sur. En el dossier que el botánico Joseph Banks, compañero de viaje de Cook, presentó al gobierno, recomendó aquella colonia como idónea para ubicar en ella una prisión. ¡Y así fue! En 1787, enviaron la primera expedición de condenados, y llegaron en 1788. ¿Todos vivos? Difícilmente. Gran Bretaña siguió enviando condenados a Nueva Gales del Sur. ¡Como para que fueran de visita las familias!

Conquistaron también Nueva Zelanda, para la migración desde la isla británica. Así, la población indígena de aquella zona sufrió guerras y, lo que es peor, enfermedades. Y en menos de un siglo, se redujo en un 70%. También allí se necesitarían fieras carroñeras y

quebrantahuesos. La cuestión es, Arthur, que las colonias de Nueva Zelanda y de Australia se convirtieron en fecundas exportadoras de lana y oro, y Melbourne en la ciudad más rica del mundo y la más grande del imperio británico, después de Londres. Fueron en exploración científica, ¡y mira!

– ¿Cuántos nativos se enriquecieron, Arthur?

– Ni se podían ni contar.

– ¿Tantos?

– Ninguno.

América era grande y estaba lejos. El antiguo sistema colonial británico comenzó a decaer. Los colonos americanos empezaron a engallarse, incluso a rebelarse, y la guinda del pastel fue que Inglaterra intentara subir los impuestos en las colonias norteamericanas. Aquello trajo como consecuencia la Guerra de la Independencia, a la que se sumaron todos los imperios coloniales de Europa, unos apoyando a los rebeldes, abiertamente o de forma encubierta. Tras largas y entrecruzadas batallas, las colonias americanas del norte consiguieron la independencia, lo que supuso el nacimiento de los Estados Unidos de Norteamérica. Y para Inglaterra, la pérdida de una gran porción de su imperio.

– No estás contando correctamente todas las cosas –dice Arthur Ingel–. La pérdida de una gran porción del imperio supuso importantes ventajas para Inglaterra, porque, por un lado, seguía controlando el comercio con sus excolonias, y por otro, no tenía que pagar nada en defensa y administración de las mismas. Tal experiencia trajo la expansión de las colonias autogobernadas, como, por ejemplo, las colonias habitadas por los blancos en Canadá y Australasia. Irlanda, en cambio, al estar tan cerca de Inglaterra, fue incorporada al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Y Gran Bretaña siguió manejando el 30% del comercio mundial. ¿Eso es perder?

Cuando Arthur Ingel se señala el pecho con ambas manos como diciendo «¡ven!» al viento, hay que entender que es una auténtica demostración de seguridad imperial.

– El claro ejemplo de la arrogancia británica –le suelto– es vender una derrota como victoria.

– ¿Y qué fueron los Estados Unidos de América sino una extensión de Gran Bretaña?

– Algo entiendo, pero tu interpretación es absurda –digo en claro tono de ofensa.

– Entonces no has captado la clave del don inglés –Arthur.

– Si me lo explicas de forma que pueda pillarlo...

– El don de los ingleses es salir ganando en guerras perdidas.

– ¡Vaya! Será por eso por lo que ... A decir verdad, no sé qué será.

Bueno, creo que lo sé. ¡Arthur Ingel! ¿Conoces la *British East India Company*? Si no encima, estuviste debajo de ella. ¿Conoces la batalla de Plassey de 1757? La ganasteis. Y la provincia india de Bengala cayó bajo dominio británico. Y en el siglo siguiente, en el diecinueve, el control de la Compañía se extendió a toda la India.

En 1842, la fuerza de la Compañía Anglo-India fue destruida totalmente en la batalla de Gandamak, en Afganistán. Cinco años después, tras la sublevación de los cipayos, los territorios de la Compañía pasaron a estar controlados por la administración de la Corona Británica. La Reina Victoria (1837-1901) fue proclamada, en 1876, emperatriz de la India Británica.

– Y tú, Victoria, lo aceptaste como un gran merecimiento –le reprocho.

– ¿Hice algo malo? –pregunta la Reina Victoria.

– Algo lejano, diría yo. ¿Sabes dónde cae la India respecto de Londres?

– El extremo sur mucho más cerca que el norte. El mar lo une todo. –Puede ser una razón.

– ¡De acuerdo! El mar es tuyo –admito, para ver hasta dónde podemos llegar.

– Eso valió tanto para la India como para Ceilán (Sri Lanka), Birmania, Malasia, Hong Kong, una parte del Imperio chino y diversos territorios de Asia...

- ¡Si, sí! Y las antes mencionadas Nueva Zelanda y la costa éste de Australia y Melbourne y ... etc. Lo que quería saber era si tu conciencia recibió bien el ser reina de la India.
- ¿Por qué había de recibirlo mal?

Ahora soy yo el que ha quedado sin palabras. No hay forma de romper el círculo vicioso. Hemos vuelto al punto de partida. Ya que tuvieron lugar también las Guerras del Opio, es razonable pensar que la Reina Victoria quedó opiada. «Época Victoriana». Época opiada. Todos opiados. Lo que pasa, Arthur, es que la Paz Británica, que creíais que iba a ser eterna, comenzó a resquebrajarse. Al ser el primer país industrializado, conseguisteis materias primas y mercado en todo el mundo accesible. En el siglo XIX, la situación comenzó a tambalearse poco a poco, porque también otras potencias comenzaron a industrializarse y a utilizar la maquinaria del estado para garantizar mercados y fuentes de suministro. Os vino una competencia real. La industrialización del imperio alemán y de los Estados Unidos avanzó rápidamente, venciendo al modelo británico y francés del «viejo» capitalismo. La proporción del Reino Unido en el comercio mundial empezó a bajar, no solo en los países que estaban industrializándose, sino también en la competencia de los mercados en los países menos desarrollados del tercer mundo. ¿Me sigues? No de muy buena gana, según parece.

Lo siguiente lo escucharás con más gusto, Arthur. África se convirtió en vuestro principal objetivo y el de las «nuevas» expansiones imperialistas. En 1875, solo Etiopía y Liberia quedaban fuera del control europeo. Y, claro: entre las grandes potencias europeas, más Estados Unidos y Japón, surgió una gran competencia y se desencadenaron guerras permanentes por el dominio y el control directo de aquellos territorios. La cuestión es que el Reino Unido salió bastante airosa de esa rivalidad imperialista. Entre 1885 y la primera guerra mundial, tenía bajo su control el 30% de la población africana. Francia menos, Alemania y Bélgica mucho menos, e Italia solo el 1%. El control de la población significaba, sobre todo, la explotación de la mano de obra, de las materias primas y de las riquezas.

Y la explotación conllevaba, en este caso, la negra verdad de un fácil juego de palabras: «ex». Todo lo que había de bueno en aquellos inmensos territorios o que podía utilizarse para algo lo consideraban «ex». ¡Se lo llevan! ¡Felicidades, Arthur Ingel! Si el objetivo del proverbial pragmatismo de Gran Bretaña era ese, se cumplió a la perfección. Comenzamos a leer la lista de vuestros territorios en África, y mira lo que viene: Camerún, Gambia, Mauricio, Kenia, Nigeria ... ¡hasta veinticinco! Establecer colonias era para vosotros como ir a por percebes. Arthur hace un gesto con la cabeza, como pareciéndole muy justa la comparación.

– ¡Arthur! He decidido terminar.

– ¿Terminar en lo mejor?

– ¡Justamente en lo mejor! Ya sé que la decadencia os llevó hasta muy abajo, pero no quiero acabar mostrando compasión.

– ¿Qué es lo que quieres hacer? –pregunta Arthur, frunciendo visiblemente el ceño.

– ¡Voy a matarte!

– ¿Matarme? ¿Por qué?

– Porque yo también sé matar.

– ¡Pero si estaba muerto!

– ¡No, Arthur! Te mataré yo. Es decir, mataré tu abominable memoria.

– ¡Ah! ¿Eso era todo? Creo que te va a costar más que desmontar el imperio.

– ¡No, Arthur! El imperio está fuera de mi alcance, pero tú estás aquí. En adelante, serás uno de los mayores criminales de ese universo del que presumías al principio.

# HISTORIADORES, PENSADORES Y DEMÁS ARTÍFICES

Una ficción: *La Historia se escribe para que no se repita lo ocurrido.*

La verdad: *La Historia se ha escrito de modo que pueda seguir repitiéndose.*

También os atraparé a vosotros. Ya pensaré cómo.